

*Lo que siento*

**POR TI**



**UN PADRE SOLTERO EN BUSCA  
RECUPERAR A SU PEQUEÑA HIJA**

**EMILIA HOVER**

# **Lo que siento por ti**

## **Un padre soltero que busca recuperar a su pequeña hija**

---

---

***EMILIA HOVER***

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

*Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.*

*Gracias por dedicar su valioso tiempo a leer mis líneas.*

*Gracias a cada una de ustedes.*

## CONTENIDO DE LA NOVELA

CAPÍTULO UNO – ALEJANDRA

CAPÍTULO DOS - CARLOS

CAPÍTULO TRES - ALEJANDRA

CAPÍTULO CUATRO - CARLOS

CAPÍTULO CINCO - ALEJANDRA

CAPÍTULO SEIS - CARLOS

CAPÍTULO SIETE - ALEJANDRA

CAPÍTULO OCHO - CARLOS

CAPÍTULO NUEVE - ALEJANDRA

CAPÍTULO DIEZ - CARLOS

CAPÍTULO ONCE - ALEJANDRA

CAPÍTULO DOCE - CARLOS

CAPÍTULO TRECE - ALEJANDRA

CAPÍTULO CATORCE - CARLOS

CAPÍTULO QUINCE - ALEJANDRA

CAPÍTULO DIECISÉIS - CARLOS

CAPÍTULO DIECISIETE - ALEJANDRA

CAPÍTULO DIECIOCHO - CARLOS

CAPÍTULO DIECINUEVE - ALEJANDRA

EPÍLOGO - CARLOS

EPÍLOGO - ALEJANDRA

# CAPÍTULO UNO – ALEJANDRA

Manuel vio hacia los alrededores de la calle y se fijó en el final de la angosta vía. "Vaya... ¿escuchaste ese estruendo? Casi me quedo sordo". Un hombre encendía su motocicleta para marcharse. "De ahora en adelante, siempre oirás ese sonido".

"Este local era mi única opción para abrir mi tienda. Y sé que a los motociclistas les gustan bastante las tortas. Incluso podría sugerir que preparemos un pastel decorado con cuero y calcomanías", dije mientras introducía la esponja en mi cubo y la froté dentro del líquido para que se llenara de espuma.

A Manuel, el amado esposo de mi hermana, le encantaba expresar sus opiniones y tener siempre la razón. Y esa vez no sería distinto. "Quizás no haya sido buena idea después de todo", dijo.

"Muy bien, Alejandra. Quedaron como si acabaran de instalarlas. Ya hice todo lo que me correspondía. Lo único que falta es poner las tortas en los mostradores", dijo Luisa, mi hermana, salió mientras se limpiaba sus manos en sus pantalones. Había limpiado la parte interna y ahora veía las ventanas que yo había limpiado.

Vi un auto entrando en el estacionamiento frente a nuestra tienda. Manuel anunciaba su llegada mientras cubría sus ojos por el radiante sol. "¿Y ese que viene ahí quién es?", preguntó con inquietud.

"Debe ser el inspector", le dije. Giré para lanzarle a Manuel una mirada seria. "Yo hablaré con él. Recuerda: esta es mi tienda". Yo necesitaba aprobar todos los ítems de la inspección y no me gustaba la forma de dirigirse a los inspectores que usaba Manuel. Necesitaba recibir el visto bueno de ese inspector, pues todo relucía de lo limpio que estaba y nos preparábamos para abrir al público el siguiente lunes.

El inspector entró. Nos saludamos y le mostré el local. Chequeó que todo estuviera en orden y cumpliera los requisitos de su lista. Pero al llegar a la cocina, todo se convirtió en un desastre.

"¿Cuándo planeas abrir? Te lo pregunto porque está tapado el desagüe y tienes que abrirlo cuanto antes. Tampoco tienes el fregadero adicional que se exige.

Veo que los congeladores tienen una temperatura muy alta y las luces del techo son muy bajas, lo que impide la visibilidad". Parecía que no tuviera escrúpulos. Para él, todo se reducía a negocios.

"El lunes, pero planeaba preparar tortas este fin de semana". Había esperado la visita de ese inspector desde la semana anterior, y su llegada imprevista no me había dado tiempo para arreglar nada, especialmente el fregadero adicional o las luces bajas. Sentí lástima de mí misma por mi situación.

El inspector salió y recorrió el local. "Se han esforzado bastante. Puedo volver el domingo, antes de que abras, para ver si hiciste los cambios y aprobar el local. Sí, podría parecer que es imposible, pero te queda tiempo todavía. He visto restaurantes en peores condiciones y lo han logrado". Salió de mi tienda, no sin antes darme un pedazo de papel.

Manuel y Luisa entraron a la cocina cuando él salió. "¿Cómo te fue?", me preguntó Luisa. Me miró fijamente y luego me abrazó cuando vio mi expresión.

Le mostré el trozo de papel luego de separarme de sus brazos. Las luces y el resto de cambios no me importaban mucho, podrían arreglarse rápidamente, si tuviera el dinero para hacerlo, pero el fregadero sí me preocupaba. "No muy bien. El asunto principal es el fregadero adicional. Hay que tener uno para que nos lavemos las manos, y tiene que estar ya instalado para este domingo".

"Ya casi no tengo dinero. Si no puedo arreglar esto, no podré abrir la tienda", dije, tragando grueso para poder decir lo que pensaba.

"Pídelo prestado". Manuel encogió sus hombros como si su sugerencia solucionara todos mis problemas. Luisa concordaba con él.

"Podríamos ir al banco y Manuel nos esperaría aquí. No creo que gastes demasiado en lo del fregadero". Ella le dio un leve codazo a su esposo y él asintió.

"Solo hay un detalle: ya pedí un préstamo bancario y rechazaron mi solicitud". No quería reconocerlo delante de ellos, pero mi exnovio estropeó mi historial crediticio.

Luisa me miró con extrañeza. "No entiendo. ¿Por qué el banco rechazaría tu solicitud?".

"Pedí un préstamo bancario y rechazaron mi solicitud. Es el único detalle", les

dije, aunque no quería reconocerlo delante de ellos. Sin embargo, mi exnovio estropeó mi historial crediticio.

Luisa me miró con extrañeza. "¿Por qué el banco rechazaría tu solicitud? No lo entiendo, hermana".

Luisa no se quedaría con la expectativa de mi respuesta, aunque yo había evitado referirme a mi última relación, que había sido un paso en falso en mi vida. "Esteban no pagó su motocicleta".

"¿Esteban? ¿El malnacido de Esteban?". Luisa hablaba con un tono de voz que hacía sentir peor. "Ustedes nunca se casaron. Eso no debería afectar otra solicitud", me dijo.

"Yo firmé su solicitud de préstamo. En síntesis, estaba a mi nombre".

Luisa se molestó y empezó a caminar con agitación. "Alejandra, tú eres la hermana mayor, la que tiene más experiencia, pero parece que no aprendiste nada de los problemas de nuestros padres. Hablo de sus problemas económicos, que nos perjudicaron a todos. Por lo que veo, te dejaste joder por ese idiota".

"Sí, lo sé. Y que me lo digas ahora no es útil en ningún sentido. Tengo muy claro que soy una idiota. Dicho sea de paso, la estúpida tienda de motocicletas está aquí al lado", le dije con resignación.

"¿La compró allí? Carajo". Por primera vez, veía a Manuel así. Parecía que no sabía qué decir.

"¿Estás contento por lo que me pasa? Busqué miles de opciones porque no sabía qué hacer, hasta que encontré este lugar, que parecía ser el único accesible. Ahora escucho el rugido de esas motos, y recuerdo cómo la cagué".

Luisa suspiró profundamente, frenó sus pasos y me miró. "Ya, guarden silencio", nos pidió. "¿Tienes algo para instalar el fregadero?", me preguntó.

"Sí, pero si abrimos y no tenemos buenas ventas, quebraré. Solo cuento con eso. Ese monto era mi respaldo".

Manuel vio el piso mientras Luisa hablaba. "No creo que se gaste tanto en un fregadero", dijo.

"Manuel, ¿sabes instalar un fregadero?". Ya anticipaba su respuesta, así que le hice otra pregunta. "¿Cuánto me costaría la mano de obra?".

"Te ayudaremos si te hace falta". Entendí que ellos tampoco tenían dinero.

"No, Luisa, no te preocupes. Esta es mi tienda. Es mi obligación resolverlo. Yo lo haré". Además, era el momento de avanzar y sentir que podía tomar decisiones correctas tras el deslave económico que había sufrido con Esteban, con quien siempre sufrí por mis malas decisiones, y ahora pagaba las consecuencias.

"Si necesitas ayuda, solo dilo", dijo Luisa, sonando aliviada.

Oí sus palabras y me sentí calmada. "Contactaré a todos para ver quién puede ayudarme. Y si ustedes pueden ayudar, échenme una mano con las luces y el desagüe tapado. Alguien podría venir el sábado a instalar el fregadero".

"Claro, por un buen precio", dijo Manuel. Luisa volvió a darle un leve codazo y él se disculpó.

"No dice las cosas con mala intención", dijo Luisa mientras él abandonaba la tienda y llevaba una bolsa de desechos hacia el pote de basura.

"Sí, lo entiendo. Pero igual me molesta un poco". Suspiré mientras veía por la ventana. La tienda de motocicletas de al lado se mostraba frente a mí. Luisa se acercó para verla junto a mí. Puso su cabeza sobre mi hombro mientras contemplábamos el sitio, lleno de motos negras.

"Quizás esa tienda le pertenezca a un hombre adinerado y soltero. Un hombre que necesite a una chica linda que sepa preparar pasteles". Luisa sonrió mientras yo negaba con mi cabeza.

"No lo creo. No me queda tiempo para citas. Esta tienda es mi único esposo. Además, los motociclistas son todos iguales. Pareciera que la misma tijera los cortó a todos. Además, no quiero tener otra relación con otro motociclista después de lo de Esteban".

"No tendrías que tener una cita. Él podría venir y comerse tu torta". Ambas sonreímos con su comentario. Cuando se trataba de personas a las que les tenía mucha confianza, Luisa hablaba con palabras muy sucias en ciertos momentos, aunque con el resto de la gente era una persona reservada, casi anticuada. Yo también le jugaba bromas fuertes de vez en cuando.

Pasé ante la oferta. "Para nada. Quizás solo tenga unos ochenta años y ande buscando una jovencita para cogerla y ya", le dije.



"Tal vez estés equivocada. Y si tienes una buena relación con él, podrías beneficiarte, teniendo su local tan cerca". Sí. Él podría saber muchas cosas, no solo sobre motos, como Luisa decía. Podría tener razón. Incluso, podría saber cómo instalar un fregadero.

"No quiero empezar a salir, aunque pudiera ser amistosa con él. La cagada de Esteban fue grande y todavía no me siento lista".

"Yo creo que sí lo estás. Alejandra, necesitas relajarte, recomenzar. Tu vida no puede limitarse al trabajo. Ustedes terminaron hace muchos meses, casi un año. Me parece que sería bueno para ti conocerlo. Y si es joven y atractivo, invítalo a comerse tu torta caliente y jugosa".

Reímos a carcajadas y Manuel entró. "¿Cuál es el chiste?", preguntó.

"Ninguno", retomamos el trabajo después de responderle simultáneamente. La cercanía del lunes era como una daga en nuestros cuellos.

# CAPÍTULO DOS - CARLOS

Limpié la grasa de mis manos y luego guardé el trapo en uno de mis bolsillos cuando noté a Luisa. Se acercó a mi escritorio y me vio maliciosamente. Era una mirada que me demostraba que quería algo más que un presupuesto o que le contara sobre motocicletas. "¿Necesitas algo?", le pregunté.

Rió con mi pregunta. Vi su ropa ajustada mientras meneaba su rico trasero. "Necesito arreglar algo. Estoy segura de que sabes cómo hacerlo". Recorrió mi cuerpo con su mirada. Cuando se encontró con mis ojos, yo también miraba los de ella y estaba a unos centímetros de su boca.

"Claro que sí. Pero recuerda que este es un sitio solo para hacer negocios. Te lo dije la última vez. Sin importar tus sucias fantasías, no podemos hacerlo aquí". Julia y yo nos conocíamos hacía dos meses. Había llevado la motocicleta de su novio para hacer algunas reparaciones. Luego fueron a recogerla, pero la pelea entre ellos fue tan grande que tuve que llevarla a su casa, consolarla y hacerle el amor como nunca se lo habían hecho, según lo que ella misma dijo.

"Las dos últimas veces no le prestaste atención a eso", me dijo al mover su cabeza y agitar sus largos cabellos rojizos. Sus grandes ojos azules me contemplaban con malicia. Bajó sus vaqueros con lentitud, incitándome, y sus bragas negras se mostraron ante mis ojos. Vi la silueta de su enorme culo y mi pene se estremeció.

Estaba de espaldas y se giró para besarme. Me acerqué más a ella y recordé que se sentía feliz de que la cogiera por detrás. Se sentía feliz con eso y con muchas otras cosas. No era yo el más indicado para juzgarla.

Tomé su delicioso culo, y con mis dedos bajé un poco más sus pantalones. Me dio un beso lento y delicado, pero ansioso.

Con mi mano bajé su cremallera. Sentí su culo tenso con mi otra mano. La llevé más adentro, metiendo mis dedos entre sus muslos y su clítoris. Una de sus manos, por su parte, fue hacia mis pantalones y buscó mi pene. Lo apretó con fuerza, y me arrancó un gemido de placer. Ella gritó y rió cuando le azotó su culo.

Llevé mi mano a su cadera. Toqué su vagina, sedienta y humedecida, como si ya gritara por mi pene. Tomé su cabello con furia mientras ella gemía. "Así me gusta", me dijo.

"Tienes mucha hambre hoy, ¿no?, zorrита". Susurré esas palabras en su oído. A ella le encantaba que le hablara así. Asintió cuando terminé de hablar.

Entré con fuerza en su vagina y sentí sus profundidades. Estaba excitada. "Así es. Hoy tengo mucha hambre de ti", dijo, y me dio un leve codazo.

Sus tetas caían sobre mi escritorio, con sus duros pezones tocando las herramientas regadas en la mesa, y el frío del metal aumentando su excitación, mientras ella se ajustaba a mi ritmo y yo me movía dentro de ella sin parar, rebotando sobre sus nalgas en un ritmo cada vez más frenético.

Mi mano seguía en su largo cabello, pero después fui por su garganta. "Hazlo", me pidió. Así me lo había rogado la última vez que lo habíamos hecho. Sabía que quería que la ahogara mientras se lo hacía.

Sus gritos de placer fueron tan fuertes que tuve que callar su boca con mi mano cuando presioné su garganta con algo de fuerza y se vino tan fuerte que casi cae al piso. Me llenó el pene de sus exquisitos jugos.

Iba a seguir haciéndole el amor para que se viniera por segunda vez cuando escuché un ruido. Tenía que ser un cliente. "Mierda". Daniel, mi mano derecha en el taller, habría entrado por la puerta trasera. Ellos solo entraban por la puerta principal.

Sacudí el pene sobre ella y subí mis pantalones apresuradamente y Julia se quejó. "¿Es un chiste?", me preguntó con un tono serio que reemplazaba la malicia de su voz.

"Necesito unos minutos", dije y no era precisamente una solicitud. "¿Qué puedo hacer por usted?" dije cuando salí al frente del local, y un hombre alto y delgado, vestido con un traje elegante, me esperaba. Su rostro era arrogante. Vio las motocicletas y los avisos en las paredes.

"¿Usted es Carlos López?" dijo al giró y verme con sorpresa. Noté algo extraño en el hombre. Era la primera vez que lo veía y aparentemente era un funcionario o alguien de una importante empresa privada.

Oí un ruido en la parte trasera y Julia dijo "lo lamento". "Lo soy. ¿Quién me

necesita?", le respondí al hombre.

El hombre me miró con nerviosismo y sacó un papel de su bolsillo. Apenas tuvo tiempo de dármele, pues casi se lo arranco. "Con esto puede darse por informado. Feliz día para usted". Giró de nuevo y corrió como si su vida corriera peligro.

"Mierda". Leí el papel para saber en qué problemas estaba metido. En el papel estaba un nombre que me hizo entender todo de inmediato. *Ana*. Entendí de inmediato que no eran multas por pasar una luz roja, no había estacionado mal y no tenía incidentes en la calle. Era algo más grave.

Ana era el demonio en la Tierra. Era mi exesposa y también era la madre de mi hija, que había enloquecido repentinamente y había decidido demandarme por la custodia total de nuestra hija. Julia aún me esperaba en el fondo. Regresé y la vi ya incorporada sobre sus pies y con el culo frente a mí. "Por fin", me dijo, con sus ojos abiertos de par en par. Se inclinó y abrió sus piernas. Esperaba que yo terminara la labor que había dejado incompleta.

"Tienes que irte. Ya terminamos aquí".

"Cariño, ¿ya perdiste tu erección? Puedo ayudarte", dijo, y me miró con molestia, pero luego sonrió con malicia. Humedeció sus labios y luego se agachó. Levantó sus bragas y sus pantalones. Estaba lista.

Negó con su cabeza y puso sus dedos sobre mi cremallera. "Dije que debes irte. Es en serio", le dije a continuación.

"Julia, lo siento, pero no es el mejor momento para mí. Vete", dije mientras tomaba su brazo con fuerza.

Volteó y con su mano lanzó las herramientas al piso. "Jódete, pedazo de pendejo", me dijo mientras sacudía la puerta. Corrió, esperando que yo la siguiera y me disculpara, pero no lo hice.

Las cosas iban de mal en peor con mi exesposa. Vi el documento otra vez, con asombro. Debía ir el martes a la audiencia, lo que significaba que solo tenía cuatro días para prepararme. Apenas me dejaba tiempo para planificar cómo me presentaría, y aparte tenía que arreglar una motocicleta para un cliente importante. Debía pedirle ayuda a Daniel, lo que quizás lo molestaría terriblemente. Pero no tenía opciones. Se trataba de mi hija.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando un ruido desde afuera atrajo mi atención. Vi por la ventana. Una persona tenía que ser la causante de ese ruido, pues ningún animal podría ser tan escandaloso. Era un maldito gordito en chancletas, con apenas la fuerza suficiente para levantar las bolsas y lanzarlas a la basura. Era uno de los encargados del local de al lado.

Aparentemente era un buen tipo. Eso me había molestado un poco al saber que habían alquilado la tienda que estaba justo al lado, el local que planeaba usar para ampliar mi negocio de motocicletas. Para completar la cagada, los dueños iban a abrir una pastelería. Nada que me beneficiara, como un bar o un boliche. No. Una *pastelería de mierda*.

Vi al sujeto levantando las bolsas. Después llegó una mujer. Ese sujeto tenía la dicha de estar al lado de una linda rubia, que quizás era su pareja, lo que no era mi caso.

Revisé mi teléfono para saber la hora exacta. Busqué mi chaqueta y metí el papel que me destrozó el alma en uno de los bolsillos. En la pantalla de mi celular, los ojos cándidos de Celeste aparecieron en la pantalla. Era la inocencia de su vida iluminando la mía. Tomé mi chaqueta y me la puse.

Podía esperar más para cerrar el local, pues aún era temprano, pero decidí salir. Podía ir a casa de mi madre y encontrarme con ellas una vez que regresara mi hija de la escuela. Me preocupaba saber que Celeste estaba bien. Y también me preocupaba indagar todo lo necesario para que Ana no dañara la inocencia de mi hija, buscando quedarse con ella todo el tiempo para volver conmigo. Ana no quería el bienestar de nuestra hija. Sí, Celeste necesitaba estar con ella. Era su madre. Y todos los seres humanos necesitan estar con sus madres. Pero Ana ya era alcohólica, y solo le interesaba emborracharse hasta el amanecer, sin preocuparse por su hija.

Encendí mi motocicleta, pero una linda morena estaba lavando las ventanas exteriores de la pastelería. Usaba una linda ropa ajustada con botas negras. No sabía si era la dueña o solo una ayudante, pero supuse que pronto lo descubriría. Una blusa blanca abrazaba sus ricos pechos. Ella se agachó a mojar su esponja y vi sus tetas desde la distancia. *Bueno, ahora me siento mejor.*

Sin embargo, el papel casi salía de mi bolsillo, y recordé todo lo que estaba viviendo. No permitiría que nada ni nadie me quitara a mi hija, así que

emprendí el camino a casa de mi madre a mucha velocidad.

\*\*\*

Ya era la mañana del lunes, y a la horrenda carta que había recibido de Ana se había unido el desastre del fin de semana. Lo único bueno era que había podido planificar algo con Celeste y mi mamá había dicho que podía ayudarme. Me bañé con agua tibia, tratando de sentirme mejor, pero no lo logré. Nada me hacía sentir mejor.

Daniel, por otro lado, era mi gran amigo y un tipo serio y responsable. Iba a tener que hacerse cargo del local él solo, así como hacer mi trabajo en mi ausencia. Él no iba a exigirme nada, pero me gustaba agradecerles a las personas que se portaban bien conmigo así que iba a deberle el favor.

Busqué una toalla para secarme y me vestí. Celeste estaba en un rincón de la cama, profundamente dormida, pero debía despertarla. Sus manos colgaban sobre su pecho. Apenas si veía sus ojos por el cabello desordenado sobre su cara. Toqué su hombro. Ella sabía que si me acercaba a ella era para despertarla.

"Celeste, hoy debo irme temprano. Por favor, despierta. Sabes que mi amigo Daniel me espera y se molesta si no llego a tiempo", le dije.

Giró mientras bostezaba. Empezó a hablar, pero sus frases eran incoherentes. Aún estaba somnolienta. Detestaba levantarse temprano y necesitaba un buen rato para sentirse a gusto, lo que me hizo recordar que sus cabellos y sus ojos azul celeste eran como los de su madre, pero su humor matutino era como el mío.

Ella llegó al comedor con su ropa favorita y se sentó. Su desayuno ya la aguardaba sobre la mesa. "¿Vendrá mi abuela por mí otra vez?", me preguntó con curiosidad.

"Quizás yo vaya por ti el viernes", le respondí. Entendía por qué me preguntaba eso. Quería que la buscara en mi motocicleta, cosa que nunca había hecho. Temía que su cabello se le desordenara, pero después eso no parecía importarle.

"Perfecto. Tal vez pueda ver a Luis". Iba siempre al extremo, como su madre. Sonrió y encogió sus hombros.

"Me parece que eres muy joven como para tener un novio", le dije. Si algún niño quisiera salir con ella ahora, que tenía seis, se arrepentiría. Y lo mismo pasaría si algún chico rebelde quisiera salir con mi hija cuando cumpliera dieciséis.

"Solo está en mi clase. No es mi novio. Ayer me empujó y le dije que tú lo pondrías en su lugar".

No pude evitar una sonrisa. "Celeste, no puedo golpear a un niño. Y debes evitar amenazar a las personas. Me llevarían a la cárcel si golpeo a alguien y nadie te prepararía el desayuno que te gusta".

Mordió su tostada después de empaparla en avena. "Sí, ya me lo has dicho. Solamente quiero que se asuste. Tu amigo Daniel también podría venir. Luis cree que están en una banda de rock", dijo.

Me sorprendí como nunca. "Mentir es algo muy malo, Celeste".

"¿Pero sí *puedo* golpearlo en la cara?", dijo, y suspiró mientras lucía pensativa.

Quise decirle que lo hiciera, pero evité hacerlo. Tal vez el niño se merecía recibir su golpiza, pero sentí que no podía hacerlo. "No. No debes golpear a Luis o a ningún niño, pero haremos un trato. Si lo hace de nuevo, cuéntale a tu profesor, y si vuelve a hacerlo, lo golpeas". Ella sonrió de felicidad cuando llevé mis puños lo más alto que pude. "Yo hablaré con tu profesora cuando haya problemas".

"¿Entonces Daniel y tú vendrán el viernes?", me preguntó.

"Lo intentaré, pero no sé si Daniel pueda ir". Sonrió de nuevo y golpeó mis hombros.

\*\*\*

Llevé a Celeste a la escuela, fui a mi casa a buscar mi motocicleta y fui al local. "Vaya. Llegaste temprano", dijo Daniel al verme llegar. Estaba sorprendido de verme.

"Sí, para preparar café para los dos". Sirvió café para él y fue hacia una silla. Están vendiendo donas en la pastelería aquí al lado. Acaban de abrir".

"Me sorprende que hayan inaugurado tan rápido, pero seguro que pronto cerrarán. No están preparados para escuchar tanto ruido de motocicletas ni ver a los tipos musculosos y de aspecto desagradable que vienen por aquí", le dije. Ví que tenía una bolsa con donas. Sacó una y me ofreció la que quedaba en la bolsa rosada, pero me negué con la cabeza.

"Pues la chica que me atendió no le prestó mucha atención a mi aspecto. Nuestro dinero también vale para comprar donas".

"¿La chica que te atendió? ¿Hablas de la dueña de la tienda?", le pregunté.

Tomó café para mojar la dona en su boca. "Sí, ella. Está buenísima", dijo. "Y es muy linda".

Recordé a la chica que había estado lavando las ventanas. Las dos aparentemente eran muy hermosas, pero yo solo pensaba en cogerme a una. Ví por la ventana del taller, tratando de descubrirla de nuevo mientras lavaba las ventanas. Me acordé de sus ricas tetas.

"Su nombre es Alejandra, como el del anuncio de la pastelería. Podrías ir a darle la bienvenida".

Alejandra. Lindo nombre. "No. Las mujeres en mi vida solo están trayéndome problemas. Por un lado, está Celeste, que quiere que asuste a su idiota compañerito de clases. Por otro está Julia, que vino la semana pasada, y, por último, la enviada del demonio, Ana, y su nueva ocurrencia". Salí del cuarto de descanso. Daniel vino detrás de mí. Empecé a recoger las herramientas que Julia había lanzado al suelo en su ataque de ira.

Daniel se inclinó y recogió dos destornilladores. "Imagino que estabas bastante molesto como para tirar todo esto", dijo.

"Esto lo ocasionó Julia. Se molesta cuando le dan una respuesta negativa". Tocó mi frente con su mano como si quisiera revisar mi temperatura y descartar fiebre. Sabía cómo hacerme reír.

"¿Le dijiste que no a Julia? ¿Estás bien? ". Daniel sabía que me había cogido a Julia e incluso nos había encontrado en plena acción en una ocasión.

"Lo hice para que no venga más".

"Bueno, puedes ir a saludar a Alejandra. Esa dulce chica sí podría venirse contigo". Había una expresión de desafío en su mirada. Como si me retara a



hacerlo.

"Podría conocer a una mujer linda e inteligente. Una mujer que Celeste pudiera conocer también y sentirse bien con ella". Bebí el resto de mi café caliente y salí del local. "Iré", le dije. No iba a rechazar un desafío así. Nunca lo había hecho y esa no sería la primera vez.

Contemplé la pastelería frente a mí. *Pastelería de Alejandra*. Pude leer el anuncio en la ventana reluciente que la chica había limpiado.

Cuando entré, Alejandra estaba muy ocupada. El sonido de las campanas anunció mi presencia. Un señor mayor recibía un pequeño pastel de sus manos. Hice un leve ruido con mi garganta y el anciano giró como si acabara de despertar.

Sí, era Alejandra, la dueña de la pastelería. Lo supe por la etiqueta en su camisa. "Caballero, ya lo atiendo", dijo. Cuando la saludé, sentí una pequeña erección.

Ella sonrió y yo también lo hice. "Puedo esperar", le dije. Llamó al anciano para darle su cambio. Él se despidió y salió de la tienda.

Vi el local, y sentí que Celeste estaría feliz de ir a ese lugar. Decidí que debía llevarla alguna vez. Las paredes estaban pintadas de rosa y la decoración era negra. En el mostrador, los pasteles más cremosos y hermosamente retocados que había visto en toda mi vida. Más pasteles se ubicaban sobre el otro mostrador, cubiertos con grandes aureolas de vidrio y detrás una gran sección con galletas rellenas.

En su gorra pude leer el lema de su tienda: *Ven a conocer el lugar más dulce de nuestra ciudad*. "¿Qué quisiera comer?", me preguntó. Vio el mostrador, como si quisiera mostrarme todo lo que había, y vi los pasteles bajo mis hombros. También me fijé en ella. Usaba una ajustada camiseta rosa, del mismo tono de la decoración del local. Sus vaqueros negros también hacían juego con los colores de la pastelería.

"Me gustaría comer un trozo de pastel de frutas". Me pregunté cómo sería el lugar más dulce del cuerpo de Alejandra. Pensé que con suerte podría saborearlo pronto.

"Me alegra que lo pidas. Eres el primer cliente que pide un trozo de mi pastel", dijo Alejandra, y sonrió con mi petición. Sus ojos marrones me

iluminaron. Sacó la gran torta y la puso sobre otro mostrador, mientras yo le daba otro sentido a sus palabras. "¿Lo comerás aquí o quieres llevártelo?".

"Lo comeré aquí. De hecho, vine a presentarme. Soy Carlos Pérez. Soy el dueño del taller que está justo al lado", dije después de ver las mesas desocupadas. Decidí mantenerme allí mientras no llegaran más clientes. Apunté con mi dedo hacia mi tienda mientras con la otra sostenía mi torta.

"Oh... Hola, Carlos. Soy Alejandra Aponte. Es un gusto conocerte. Puedo servirte café, si quieres. Es gratis, y es mi bebida especial durante la semana de inauguración". Acepté y ella me sirvió una taza. Pagué mi torta y me senté en una de las sillas rosa de las mesas negras circulares. Se acercó y vio por la ventana.

Probé su torta y me encantó. "Vaya. Este sí es un buen pastel". El sabor me hizo sentir feliz.

"Me alegra que te guste. Lo hago como lo preparaba mi abuela. Ella ganó varios premios en el Concurso Anual de pasteles de Terranova, cuando todavía había ferias de ese tipo".

"Debe estar orgullosa de ti", le aseguré.

"Mi abuela ya falleció, pero quiero creer que sí está orgullosa. ¿Entonces eres el dueño del taller? Uno de tus trabajadores vino antes que tú. Me pareció escucharle decir que se llama Daniel". Pronunció ese nombre como si no estuviera segura de que realmente se llamara así.

"Así es. Daniel es el único que trabaja para mí y tenemos bastante trabajo pendiente. Pronto tendrás a muchos motociclistas hambrientos entrando por la puerta de tu pastelería a toda hora". Recordé mis planes para ampliar mi tienda, pero no quise parecer molesto.

Ella salió corriendo hacia la cocina cuando un fuerte ruido se oyó desde el fondo. El sonido se detuvo, pero la molestia de ella se mantuvo. Oí su fuerte voz lanzando improperios, seguido del metal cayendo. El ruido era tan fuerte que se oía afuera, así que fui hacia la cocina a ver lo que sucedía.

"Alejandra, ¿sucedio algo?".

En sus manos estaba la manija de la puerta de su horno y en sus ojos las lágrimas estaban a punto de salir. "Sí, Es mi horno. Parece que está cayéndose

a pedazos", dijo.

# CAPÍTULO TRES - ALEJANDRA

La manija era un símbolo del desastre en que se había convertido mi vida. Afortunadamente, dentro del horno no había nada, así que no hacía falta recuperar algo, como sí pasaba en mi vida. Estaba ahí, inerte, con la manija del horno en mi mano y con la otra tratando de cubrir mis ojos para evitar que las lágrimas salieran o el sujeto detrás de mí las viera.

Por si fuera poco, el sujeto detrás de mí, el dueño del taller vecino, se mantenía allí, contemplando mi miseria. Pensé que había sido suficiente con toda la presión de no poder solicitar un crédito bancario, la inspección del local y la fecha límite, y ahora él estaba viendo todo lo que me pasaba y mi falta de previsión. Al menos me lanzó una mirada que me estremeció. Su rostro tenía una expresión sutil de deseo.

Seguía con la manija en mi mano, no había tiempo para arreglar el problema, y mi cerebro me recordó que no debía comprar hornos usados en tiendas de poca reputación.

Lo supe porque mis pensamientos no pudieron dar paso a nada más: unos segundos después, el sonido de las campanas me advirtió que ya había nuevos clientes esperando.

Mis experiencias pasadas, sobre todo la más reciente, me habían recordado rechazarlo desde el mismo momento que lo vi entrar por la puerta de mi pastelería. En mi presente no había tiempo para otra persona. Así que cuando salí a atender a los otros clientes, dejé a Carlos en mi cocina, y cuando regresé para decirle algunas palabras, ya se había marchado sin que yo me diera cuenta. En mi mente calibré la posibilidad de que se me percibiera como una perdedora o una mujer sin madera para los negocios. Por otra parte, sentí que eso era mejor para mí.

Carlos era un hombre atractivo, sin duda alguna. Un hombre joven y alto, con pectorales bien formados y músculos esculpidos. También me impactaron su cabello oscuro, que le daba un aire misterioso, y su barba perfectamente recortada. Se notaba que esa anatomía no era fruto del azar sino del trabajo duro y horas de grasa y sudor. Sus hermosos ojos eran azules como el mar. Fui

lo primero que vi en él, porque eran de un azul tan profundo que cualquier mujer sucumbiría ante tanta belleza resumida en una mirada.

Agradecí que ya no estuviera en mi local, porque un hombre como ese me seduciría rápidamente. Ya me había pasado.

Después volví a la cocina para ver cómo podía solucionar lo de mi horno. El sonido de las campanas de la entrada volvió a sacudir mis oídos, por lo que pensé cuáles opciones podrían sustituir ese sonido. Algo más ligero. Cuando salí para ver quién era, Carlos estaba ahí. Tenía una caja de herramientas en su mano y con la otra me saludó.

"Creo que puedo ayudarte. Tal vez no sea tan difícil como parece", dijo al levantar su caja y señalármela.

"No es necesario".

Sonrió como si realmente quisiera ayudarme, así que acepté. "Pues ya llegué. Si tienes una caja con mejores herramientas que esta, podrías convencerme, pero no creo que la tengas".

"Está bien. No me gustaría quitarte tiempo valioso. Espero no molestarte". Lo dije porque seguramente tendría alguna moto que reparar.

"Daniel puede hacerse cargo. Le comenté lo que pasaba". Carlos caminó hacia mí y luego entró en la cocina. La temperatura del horno ya había bajado tanto que se podía trabajar en él, así que lo abrió.

Me sentí como una inútil, pero solo permanecí a su lado mientras él empezaba. Peor me sentí cuando agregó: "Si necesitas algo, dímelo".

Me señaló su caja como si fuese un tesoro. Pensé que sus manos podrían también jugar con mi cuerpo, pero de inmediato me recliné por esos pensamientos. "Todo lo que necesito está aquí", dijo.

Carlos abrió su caja para iniciar el trabajo. Revisó el horno, y yo no pude separar mis ojos de sus hombros y su pecho musculoso. Aproveché para salir a atender otro cliente que llegaba. El chirrido de las campanas lo anunciaba.

Otros clientes llegaron pronto, por lo que estuve bastante ocupada en unos treinta minutos. Finalmente, pude volver a la cocina. Carlos ya abría y cerraba mi horno para chequear que todo estuviera en orden.

Vi que la puerta estaba en perfecto estado o al menos estaba tan bien como una

usada. Como una usada que yo hubiera podido comprar en otra tienda. La rapidez y la eficiencia de Carlos me impactaron. Tanto, que recordé otra vez la idea de sus manos pasando por mi cuerpo. "Vaya. ¿Ya terminaste el horno?", le pregunté.

*Alejandra, joderás todo si tienes relaciones con tu vecino. El vecino de al lado, recuerda. Deja de pensar como una tonta.*

"Ya te lo había dicho, no era tan difícil. Solo necesité desinstalar el panel frontal, pero ya está todo como nuevo. Diría que ahora está todavía más presionado", dijo mientras volteaba y sonreía, feliz de haberme ayudado. Cerró su valiosa caja de herramientas.

Mi fin de semana había transcurrido casi por completo con el inspector, justo después de que estuve más ocupada que nunca. Ya había aprendido a hornear pocos pasteles, y eso me había ayudado. "Me alegra que me lo digas. Siempre que una cosa me sale bien, otra se estropea", le comenté

Me sentí empapada cuando rió con fuerza.

*¿De dónde salió este tipo?*

*Está demasiado bueno.*

"Disculpa. Es que tenías algo de azúcar en tu mejilla" dijo Carlos cuando se acercó a mí y tocó mi mejilla con delicadeza. Sentí como mis pies se congelaban sobre el piso.

"Bueno, siempre tengo azúcar en mi cara o algo más pegajoso. Es un trabajo ideal para la gente a la que le gusta ensuciarse". Entendí que decía palabras que podían entenderse de otra forma. Sentí una vergüenza que se tradujo en un fuerte rubor en mis mejillas.

"Ya veo". Guiñó su ojo izquierdo. "Hoy y mañana estaré un poco ocupado, pero el miércoles u otro día podríamos salir y tomar o comer algo, si te parece bien. ¿Qué dices?".

"Te agradezco la invitación, pero no quisiera salir en estos momentos". Carajo. Me sentí como una ingrata negándome a su invitación después de que arregló el desastre de mi horno, pero luego pensé que estuvo mal si él lo había hecho solo para invitarme a salir.

Me quedé muy sorprendida con su repentina invitación. Mi parte atrevida

estaba animada a aceptar, pero la otra parte, la más racional, me había convencido de no hacerlo.

"¿Tienes novio?". Parecía convencido de que esa era el único motivo de que una mujer se negara a salir con él.

*Deberé hacer un gran esfuerzo para no acercarme demasiado a este tipo, porque está muy bueno y tiene confianza en sí mismo.*

"No", le dije tajantemente. "Estoy soltera y no quisiera una relación por ahora". Se mantuvo en silencio, pensativo, tratando de imaginar lo que yo pensaba.

Su expresión ante mi respuesta bastó para que yo me diera cuenta de que él tampoco tenía novia ni nada que se le pareciera.

"Bueno, sentí que debía invitarte. Si cambias de opinión, házmelo saber", dijo luego de un rato, encogiendo sus hombros.

"Agradezco tu invitación. Te informaré si cambio de planes. Y, sobre todo, muchas gracias por ayudarme con el horno". Sonrió con alegría de nuevo, y aunque esperé que me diera un beso en la mejilla, no lo hizo. Solo se marchó rápidamente, lo que me hizo pensar que quizás había sido un poco ruda con él al rechazarlo. Carlos se veía como un buen hombre, y su invitación era honesta y educada. Me molesté conmigo misma por negarme, pero no quería ahondar en detalles, solamente responderle con la misma amabilidad.

Honestamente, nadie más me había invitado a salir en mucho tiempo. Sin embargo, yo sabía que no podía salir con él por el hecho de que hubiera llegado, se hubiera ofrecido a arreglar mi horno y lo hubiera hecho en pocos minutos. Luisa pasaba todo el tiempo con Manuel, habían construido ya una vida juntos. Pasar tiempo con ella, de todas formas, no podía compararse con estar un rato con un hombre tan atractivo y educado como Carlos.

Carlos salió de la pastelería mientras yo lo veía con tranquilidad. Finalmente, me sentía relajada después de pasar esos momentos con él. Ya era hora de volver a atender a mis clientes, aunque después de ese fogoso encuentro me costaría. Mi mente solo podía pensar en su deliciosa boca tocando mis labios... o el resto de mi cuerpo mientras estaba debajo de él.

*Alejandra, estás pasando los límites. Detente en este momento.*

Yo no permitiría que esos aventurados pensamientos, que cuando era adolescente llevaba a cabo y me metían en problemas, me arruinaran otra vez. Me parecía una idea muy mala, terrible, como las que tuve en ese momento de mi vida. Fui presa de esas ideas malas durante un buen tiempo. Pero era muy joven. Mi madurez me permitía saber que si me volvía no lo permitiría.

Salí y me preparé para atender a los clientes. Esa parte de mi trabajo me encantaba, cuando muchos ya habían comprado trozos de pasteles y al probarlos se sentían felices con el sabor.

Entonces me pareció inevitable. Recordé a Carlos otra vez, cuando volví al horno. Lo recordaría cada vez que fuera al horno a preparar algún pastel o a retirarlo. Carlos era justo el hombre ideal para mí. Ese era un gran inconveniente, porque mi promesa de no acercarme a ningún hombre martillaba mi mente y las consecuencias de mi actitud en el pasado.

Los motorizados no querían madurar ni comprometerse en una relación. Para ellos, lo más importante en la vida eran sus motocicletas y lo demás quedaba muy atrás. Las mujeres como yo eran prácticamente asuntos sin importancia. Yo no me había dado cuenta de eso, a tal punto que a mi ex le había comprado su motocicleta, poniendo mi nombre en los registros del banco. Ya sabía cuál era la razón del interés de mi ex porque yo me incluyera. Me hizo a mí lo mismo que le había hecho a su exnovia, traspasar su deuda bancaria. Y Carlos era uno de más de esos hombres motorizados.

Sentí que el amor había tocado mi puerta varias veces, pero siempre fui engañada o desilusionada. Ahora, sentía que debía comenzar desde cero, sin dejar que nadie llegara con malas intenciones. Debía conocerlos en profundidad antes de mostrar mis sentimientos, porque esa no fue la única vez que me habían roto el corazón.

¿Podría estar con alguien, sentirme bien a su lado, incluso hacer el amor, y no tener que soportar la carga de una relación que no quería tener?, pensé mientras cerraba mi tienda luego de vender todos los pasteles y ver la hora. Luego apagué las luces.



# CAPÍTULO CUATRO - CARLOS

Estaba tan agitado que mi abogado tuvo que poner su mano en mi hombro y decir palabras tranquilizadoras en mi oído. Me relajé y escuché las palabras de la jueza, pero solo porque mi abogado me calmó. Si él no me hubiera hablado, me habría levantado para golpearlos, como haría cualquier persona en mi situación.

"Señor López, mi principal preocupación es el estilo de vida que usted lleva, que podría afectar el crecimiento normal de su hija, quien está en pleno crecimiento. La madre de la niña asegura que usted es un hombre promiscuo, que ha estado con muchas mujeres. Aunque entiendo que usted ha sido un buen padre, preocupado por mantener a su hija en un lugar adecuado y me alegra saber que su madre tiene la voluntad de colaborar para que las cosas fluyan adecuadamente entre ustedes, creo que, dadas las circunstancias, lo mejor para la niña es que permanezca con su madre. Considero que la mejor decisión que puedo tomar es permitir que su hija esté un mes con su madre, como período de transición, para que así la niña pueda ir acostumbrándose a vivir con su mamá a tiempo completo, sin traumas".

Vi cómo la posibilidad de estar con mi hija se alejaba. Apreté mis puños y mis hombros se tensaron.

"He comprobado que su madre se ha mantenido sobria, tiene un empleo estable y su casa es un lugar óptimo para el crecimiento de una niña. Esas son los motivos por los que la niña estará con su madre a partir de ahora. Ella quedará con la custodia total y usted podrá visitarla. Podría reconsiderar mi decisión a mediano plazo, solo si contrae matrimonio. Lo digo porque sé que la niña tiene que estar en un hogar sólido y tranquilo", dijo la jueza después de tomar algo de agua.

Ese fue el fin del discurso de la jueza. Ya había decidido en mi contra. Se convenció con el rostro edulcorado de Ana, que solo le mostró lo que le convenía.

Celeste estaría con ella mientras yo no me casara. Generalmente los jueces deciden a favor de las madres, sean solteras o no. Y sin son juezas, lo hacen

con mayor frecuencia. Era una opción que mi abogado me había planteado, pero quise demostrarle que amaba a Celeste y quería estar con ella. Pero no fue así.

Abandoné la sala de audiencias y mi abogado me acompañó. Me habló sobre lo que haríamos a partir de ese momento. "Revisaré los papeles que nos entregó la jueza a ver qué podemos lograr. Debemos demostrar que Ana no es tan buena como la jueza cree. Sin embargo, creo que lo mejor para ti es aceptar esta decisión y seguir la corriente para que ganemos algo de tiempo".

Celeste no era alguien importante en la vida de mi exesposa. Ella siempre quedó en un segundo plano. En su vida estaba primero el alcohol y después Celeste y yo. Después de años de alcoholismo y noches terribles, me separé de ella, y eso la molestó. Entonces decidió demandarme por la custodia total. Era su forma de vengarse. Solo eso. Ana salió de la sala después y me miró con una sonrisa amplia en su cara, como si se burlara de mí. Era como en el pasado, cuando estábamos juntos, bien, y ella hacía algo solamente para que yo me molestara. Mis pensamientos se sacudieron cuando mi abogado tocó mi hombro. Lo hacía por ella. Me acerqué a ella con mi frente en alto, con ganas de decirle muchas cosas, pero convencido de lo que decía mi abogado. "El viernes a las cinco pasaré por tu casa. Quiero que Celeste esté lista".

Ana rió a carcajadas. Quise agregar alguna frase hiriente, pero sabía que la jueza podría tomar represalias. Mi mandíbula estaba tensa. Caminó despacio, provocándome, pero mi abogado, con años de experiencia en estos asuntos, me tomó por los hombros hasta que ella encendió su auto y se marchó.

Todo el tiempo estuve presente en la vida de Celeste, lo que Ana nunca había hecho, pero era yo quien recibía el castigo en lugar de ella. Mi abogado caminó conmigo hasta el estacionamiento después de que ella salió. Me hablaba sobre las estrategias que podríamos implementar, pero todas parecían ser callejones sin salida. Lo único viable parecía ser pasar un fin de semana cada quince días con Celeste, cosa que a todas luces me parecía muy poco tiempo.

"Pero queda otra posibilidad: que te cases. Puede que la jueza falle en tu contra si te ve con una mujer a tu lado. Debo preguntarte: ¿tienes una relación?".

Encendí mi camioneta., pero en el fondo deseaba haber llevado mi

motocicleta. Me encantaban las motos, y no solo eso, también me relajaban. El rugido del motor, la sensación de estar cerca del asfalto, mis manos sobre el volante. Todo eso me hacía sentir poderoso y al mismo tiempo calmado, incluso más que un té o un masaje. En un momento como este, en el que mi exesposa me separaba de mi hija, necesitaba esa sensación como nunca antes, pero tenía mi camioneta, así que la encendí y fui a casa. "En este momento, no. Creo que sería más fácil que se congele el infierno antes que yo conozca a una buena mujer acá con la que pueda casarme. De todas maneras, muchas gracias por tu recomendación". Se despidió de mí después de estrechar mi mano y desearme toda la suerte del mundo.

Celeste, a pesar de su edad, entendía que algo sucedía a su alrededor, aunque yo no lo había dado los detalles. No quería aturdira con la idea de que ahora viviría con su madre, la misma que había estado ausente una buena parte de su vida. Había estado en casa de mi madre desde la noche anterior. Quería estar con ellas unos minutos, abrazarla y besar sus mejillas, pero no quise mostrarme tan preocupado delante de ella.

El pensamiento de dejarla con su madre me entristeció. Supe que Celeste podría sentirse decepcionada de mí.

Decidí ir a mi taller, y vi que Alejandra estaba molesta y cansada, aunque yo no sabía por qué. Estaba afuera, de su tienda, con el capó de su auto levantado. Estacioné mi auto y lo apagué. Iba a ofrecerle mi ayuda. Su cuerpo estaba inclinado sobre el motor de su auto. Vi su delicioso trasero y sus curvas humeantes. En circunstancias normales, mi pene se habría levantado de inmediato, pero con la situación de mi hija era imposible.

"Hola. ¿Quieres que te ayude?"

"Bueno... No sé qué le pasó a mi auto. Cuando lo encendí temprano estaba bien, pero ahora no enciende", dijo sobresaltada tras oír mi saludo repentino. Se posó sobre un borde del auto. Vi sus ricos pechos sudorosos.

Limpié el exterior de la batería del auto para verificar la fecha de caducidad. "¿Tiene algún ruido?", le pregunté.

Alejandra respiró profundamente. Si era la batería, podría resolverlo rápidamente, a diferencia de mis problemas familiares. "Hace un ruido extraño cuando intento encenderlo", dijo.

La vi y noté de nuevo su cansancio. "Necesitaré electricidad", dijo.

"Quizás tú sí puedas encenderlo", dijo. Encogió sus hombros y me entregó sus llaves. Era como la hubieran derrotado en una guerra.

"Me parece que lo que necesitas es un auto nuevo", dije cuando las luces de alarma se encendieron al girar la llave.

"Carajo". Noté que bajó su cabeza y suspiró profundamente. "Las malas noticias no dejan de llegar".

"Entiendo lo que dices, pero sería buena idea que fuéramos al taller. Buscaré la pieza para arreglarlo".

"¿Arreglas autos también?", me preguntó con inquietud.

"No suelo hacerlo, pero sé de autos. Conozco gente que también los arregla, así que podría conseguir tu pieza. Vamos a ver qué encontramos". Giré para que fuéramos a mi taller. Ella sacó sus cosas de su auto y lo cerró con seguro. Reí con su movimiento. "Ese auto no se moverá de ahí".

Alejandra disimuló una sonrisa. "Sí, lo imagino". Caminó a mi lado mientras suspiraba. "De todas formas, no creo que funcione. Lo único que me reconforta es que mi pastelería va por buen camino. Con el dinero que gano tal vez pueda comprar otro auto".

Cuando llegamos a mi taller, fui hasta mi oficina y ella siguió mis pasos, asombrada por las motocicletas que colgaban en la pared. "¿Construyes motocicletas también?", preguntó. Daniel ya había arreglado mi motocicleta pendiente y también su propio trabajo. Valía la pena pagarle su sueldo.

"Sí, algunas veces". Le pedí sentarse y ella se acercó a la silla. Revisé los contactos en mi celular y llamé a un amigo.

Alejandra se notaba muy preocupada. "Me gustaría saber de cuánto dinero estamos hablando", me dijo con inquietud. Yo entendía su preocupación. Comprendía cómo el mundo podía venirse encima cuando se trataba de dinero. Empecé mi taller desde cero, sin nada en los bolsillos, y había valido la pena. Muchos ya lo consideraban el mejor taller de motocicletas de mi ciudad.

Lo había hecho por Celeste. Quería tener el dinero suficiente como para no tener preocupaciones económicas. Además, quería comprar una casa para que ella creciera, en una zona tranquila, para que ella estuviera feliz. Y así lo hice.

Estaba dispuesto a cambiar todas mis cuentas bancarias por la seguridad de estar más tiempo con mi hija, aunque tuviera mucho dinero.

"Haré lo que pueda para ayudarte", le dije. Me miró con asombro y suspiró de nuevo. "Este amigo al que estoy llamando me debe un favor".

"Carlos, estoy muy agradecida, pero nada de esto es necesario", me dijo al negar con su cabeza. Le pedí que hiciera silencio cuando mi amigo contestó su teléfono. Pudimos conversar sobre la pieza y llegar a un acuerdo. Alejandra no pudo agregar nada.

Terminé la llamada y empecé a contarle a Alejandra. "Listo. Encontré la pieza y la traerán mañana. Ahora dependes de mí. Creo que deberíamos tomar algo y luego podré llevarte a tu casa". En su cara apareció una expresión de inseguridad. No estaba totalmente convencida. "Alejandra, yo también he tenido un día para el olvido. Necesito un trago ya".

"Pues también me caería bien un trago. Y Carlos, muchas gracias de nuevo. Te pagaré algún día", dijo cuándo le comenté sobre mi día. Se abrió un poco más e incluso me mostró una linda sonrisa.

Salimos de mi taller. "No tienes que hacerlo. Me siento útil cuando ayudo a los demás", le dije. Mi mente pensaba en las miles de formas en las que ella podría pagarme el favor, y no precisamente con dinero.

# CAPÍTULO CINCO - ALEJANDRA

*Solo tomarás una copa. Tranquila.*

*Sí, Alejandra, repite eso hasta que lo creas, pensé. Me sucedía lo contrario. ¿Esto estaba pasando porque era un hombre bondadoso o porque tenía otros planes? Después de lo que me había pasado con mi ex, una parte de mí quería descubrirlo para demostrarme a mí misma que todos los hombres eran unos patanes. Quería tomar una copa con Carlos para conocerlo, saber sus intenciones y profundizar en su personalidad. Primero me había ayudado con mi desastroso horno y luego con mi accidentado auto. ¿Y luego?*

Fuimos cerca del río, a unos kilómetros de la represa. "Me gusta este lugar. Tiene una buena parrilla. Puedes comer si tienes hambre. Yo invito", dijo cuando llegamos a un pequeño restaurant llamado El Fogón - Parrilla y Bar.

"Aceptaré, pero con la condición de que paguemos la cuenta entre los dos", le dije. Me había invitado a un trago y ahora quería que cenáramos. Me pareció que cambiaba de planes muy rápido, pero mi estómago rugía por el hambre.

Recorrimos el lugar en busca de una mesa, hasta que encontramos una al fondo del majestuoso restaurant. Entendí de dónde venía su nombre. Se podía ver desde allí el fuego de las chimeneas de las viviendas a la distancia. Era la única luz que las familias dejaban encendidas mientras los padres y los hijos se abrazaban hasta que el sueño empezaba a dominarlos y las apagaban. Al otro lado, el bosque que rodeaba la represa iluminaba mis ojos y me transmitía una atmósfera de calma. Las copas de los árboles cerraban el hermoso panorama.

Era como si ese restaurant estuviese en otro mundo, en un lugar mucho más vistoso y colorido que esa pequeña ciudad en la que vivíamos. "Qué linda vista", dije mientras miraba el paisaje.

"Conozco a los dueños y son personas muy agradables. Además, a Celeste le encanta este lugar".

¿Celeste? Me pareció extraño que no hubiera nombrado a alguna mujer. Ahora

me parecía obvio que había una chica, pero la camarera se acercó a nosotros para pedir nuestras órdenes, por lo que no tuve tiempo de preguntarle quién era esa persona.

Era una chica agradable y no tenía reparos en mostrarle una sonrisa genuina a Carlos. "Qué gusto verte de nuevo. ¿Te traigo lo de siempre?".

"Hola, sí". Carlos giró para presentarme. "Ella es Alejandra, mi amiga. Es la propietaria de una pastelería que acaba de abrir al lado de mi taller". Ella me saludó con una amable reverencia. Carlos me preguntó cómo prefería mi carne.

"Me gusta bien cocida, por favor", le dije.

Pedí mi plato y mi bebida, pero no podía dejar de pensar en Celeste. ¿Por qué no llevaba anillo entonces? Quizás quería evitar que yo me enterara de que ella era su esposa. "¿Y tu hija? ¿Aún está molesta conmigo porque no le serví más helado la última vez que vino?", le preguntó, y Carlos sonrió felizmente. Recordar a su hija lo animaba, sin duda. Nuestra camarera escribió rápidamente nuestras órdenes en su pequeña libreta.

"Ahora está en casa de mi madre, pero no es rencorosa como yo, así que puedes estar tranquila. Yo sí quiero que me des más helado, y si no lo haces, te odiaré".

Nuestra camarera rió. "Se lo diré a mamá. Alejandra, fue un placer conocerte". "El gusto es mío", le dije, y ella saludó a modo de despedida.

Vi los poderosos ojos de Carlos, que también se posaban sobre mis ojos, y supe que ya no podía evitar hacerle preguntas. "¿Tienes una hija que se llama Celeste?", le pregunté. Era el momento de poner en orden mi cerebro, con toda la nueva información que estaba recibiendo.

"Así es. Tengo una hija de seis años. Es la dueña de mi corazón. Es lo mejor que tengo y siempre tendré".

Le pregunté, con mi corazón detenido y mi respiración entrecortada por la tensión,

"¿eres casado entonces?".

"No estoy casado. Mi único amor es Celeste. Pero sí está mi exesposa detrás de mis pasos, buscando cómo dañar mi felicidad". Su sonrisa disminuyó ante

mi pregunta. "Debo hacer algo para que eso no suceda". Bajó su mirada y suspiró.

Nuestra camarera llegó con las bebidas. Mientras pensé cómo responderle de forma educada, él bebió algo de su cerveza. "Me gustaría saber qué sucedió el otro día, cuando te negaste a mi invitación", me preguntó mientras se recostaba. Me miraba con impaciencia, aguardando mis palabras.

"Me prometí a mí misma no volver a salir con hombres como tú, sin ofender". Respiré profundo y estiré mis brazos.

Pensé que, aunque había tratado de ser educada, cualquier hombre se sentiría molesto por mi expresión, pero él no parecía estarlo. "¿Hombres como yo? Supongo que no hablas de hombres como yo para referirte a padres solteros, porque apenas están enterándose de lo de mi hija. ¿A qué te refieres cuando dices hombres como yo?".

"Hombres como tú, tipos malos y rudos que andan todo el tiempo en sus ruidosas motocicletas, a las que les dedican más tiempo que a su esposa o a su familia. Conozco a esos hombres porque salí con ellos y la pasé mal. Sentí que valoran más a una máquina de correr que a mí, que soy una buena mujer, humildemente hablando". Nuevamente se veía tranquilo.

"Pareciera que ya sabes todo sobre mí", dijo mientras tomaba otro trago de su cerveza. Tomó lo que quedaba de su bebida y luego quedó en silencio. Esta vez sí lo habían ofendido mis palabras. Unos segundos después inclinó su cara para decirme algo más cerca. "Me parece bien que yo pueda valorar mis máquinas de correr hasta el punto de que puedo vivir gracias a ellas y hasta invitarte a cenar, pastelito".

La vergüenza se paseó por mis mejillas. "Carlos, disculpa mis comentarios", le dije. Yo me sentí un poco avergonzada por lo que le había dicho y mi actitud hasta el momento. A fin de cuentas, él no tenía la culpa de mi pasado.

"No te preocupes. Hay libertad de expresión, podemos decir lo que pensamos, pero yo me abstengo siempre de opinar sobre las personas en función de su trabajo o lo que hagan para sobrevivir. A mí me preocupa mi hija, y por eso siempre tomo en cuenta la forma en la que la gente se relaciona conmigo y con los demás". Interrumpió sus palabras y me lanzó una sonrisa, para luego continuar. "De todas formas, yo también tengo algo de culpa. Cuando supe que



eras una pastelera... no quisiera decir nada más. Tú me entiendes". Carlos rió a carcajadas y yo también reí. Me acerqué un poco a él.

Llevé un trozo de carne a mis labios mientras él hacía lo mismo. Luego sonrió.

"Entiendo lo que me dices. Lo dejaste claro. Y sí, soy una completa idiota por dejarme llevar por mis prejuicios y mi pasado atroz. A estas alturas me parece que eres un hombre bueno. Además, he probado tantos pasteles esta semana que ya casi no siento hambre, pero me parece que no debo perder la ocasión para comer esta carne que se ve tan rica y callarme la boca".

"Eso me parece bueno, el hecho de que te abras con sinceridad, aunque digas cosas erróneas. Y mi vida está muy complicada en estos momentos. No puedo preocuparme por agradarte".

"No dije que no me agradaras, Carlos. Honestamente, siento mucho temor de ti". Llevé otro pedazo de carne y se sintió más agradable y jugoso. Hacía tiempo que no degustaba un plato de carne tan delicioso.

"Lo que deja claro que no me conoces a fondo", dijo mientras encogía sus hombros y su cara mostraba la misma expresión de calma que me había mostrado antes. Él comió algo de su carne y tomó un sorbo de cerveza.

Carajo, este hombre es fabuloso y sexy. Debí haberme negado a venir.

"Sí, en eso te doy toda la razón. No te conozco. A decir verdad, tus palabras me sorprenden mucho". Cada vez que Carlos sonreía, una chispa se encendía en mi corazón y se dispersaba por mis venas. Era evidente que lo que yo sentía por él era atracción. Adicionalmente, vi las motocicletas que había reconstruido en su taller, lo que me permitía darme cuenta de su gran trabajo y profesionalismo. Esa parte de su personalidad me pareció encantadora, así como el hecho de que se preocupara por sacar a su hija adelante él solo.

Me gustaba más de lo que cualquier hombre pudo haberme gustado en algún momento. Me convencía y me hacía pensar con cada frase que me decía, y lo más importante, no me alteraba con sus comentarios.

"Podría invitarte a salir nuevamente. ¿Qué me dirías?".

"Tal vez me negaría, pero...". Sí, completó el chispazo de fuego que atravesaba mi cuerpo, pero mi cerebro se negó a seguir la corriente. "Estoy concentrada en mi pastelería, que consume casi todo mi tiempo. Tendría que

rechazar tu invitación. No me siento emocionalmente preparada para empezar una relación seria". Allí estaba otra vez su expresión calmada, que me hacía sentir que era reconfortante poder decirle lo que pensaba sin temor a que él se molestara o se fuera. No podía negarme tajantemente, pero tampoco podía mostrarme como una mujer molesta después del rato agradable que estaba pasando con él. Carlos se había esforzado por tratarme bien, con lo que me dejaba claro que no era un patán. Era como si me invitara a descubrir las partes de su vida y su personalidad que yo no conocía. Y yo quería conocer esas partes antes de enamorarme para luego desilusionarme o que mi pastelería me ocupara más tiempo.

"Carlos, si soy sincera, aún siento que estoy en el fondo y me cuesta salir. Mi última opción para levantarme es esta pastelería. Para mí es todo o nada, porque todo lo que tenía lo invertí allí. Y he tenido múltiples problemas, algunos de los cuales ya has visto, que solo espero que no haya más para poder sobrevivir otro mes. No sé qué pasará conmigo y no quiero que nadie se entierre en este lodazal personal".

Sentí que mi vida estaba rota en mil pedazos, como los pequeños trozos de carne que Carlos tenía en su plato. "Claro", se limitó a decir. "Igualmente debería hacer yo, enfocarme en Celeste. De todas formas, me gustaría que saliéramos de nuevo, como amigos, sin compromisos". Me hablaba de una forma tan educada y gentil que yo sentí que no estaba a su altura.

¿Lo invito a pasar?, pensé cuando salimos del restaurante tras terminar nuestra cena, y llevarme a mi casa, pero luego entendí que si lo hacía inevitablemente haríamos el amor, y ya mi lengua desbocada había dicho suficiente como para llegar a ese punto.

# CAPÍTULO SEIS - CARLOS

Me dirigí a mi casa después de dejar a Alejandra en la puerta de su casa tras nuestra cita.

*¿Fue una cita? No creo que lo haya sido después de todo.*

Alejandra me había parecido una mujer muy hermosa, joven e inteligente. Tenía decenas de atributos y podría estar con el hombre que quisiera. Era una chica sincera: había enfatizado que no tenía pretensiones de iniciar una relación con alguien. Aparte de ello, parecía manejar sus emociones mejor que yo. *Mucho* mejor que yo. Pero hubo algo en su actitud que la delató, aunque ella había intentado fingir que no sentía nada de eso. Estaba loca por mí y quería que yo la poseyera. Sabía muy bien cuando una mujer estaba caliente por mi presencia, y ella mostró esa mirada en varias ocasiones cuando le hablé.

Alejandra me atraía mucho, sus curvas, sus tetas, su culo; todo me atraía. Podría haberla cogido en el mismo restaurante para que olvidara todas sus preocupaciones y se sintiera mejor. *Pero es mejor llevar todo con calma. Eso sucederá en el momento oportuno.* Quería también tener el dinero suficiente para ser una persona independiente, con lo que me sentí identificado. Además, eso la hacía más atractiva y sensual. Por primera vez, quería estar con una mujer no solo por su cuerpo, sino también por su personalidad.

Tuve que levantarme para tomar una larga ducha, porque pensé tanto en el cuerpo de Alejandra esa noche que no pude dormir. Su boca se aparecía en mi cerebro, al igual que sus tetas y su mágica cara. Subí la temperatura del agua y llevé mi cuerpo bajo el chorro para que el calor dentro de mí desapareciera. Pero mi pene siguió muy erecto. Estaba a la espera de Alejandra, pero ella no estaba ahí, y yo tenía que expulsar el semen dentro de mí.

Alejandra seguía dentro de mis pensamientos, aunque pensé cómo podría olvidar el asunto y bañarme. No podía

Entonces cerré los ojos y relajé mis hombros, mientras imaginaba los labios de Alejandra sacudiéndose sobre mis bolas. Mi mano llegó por instinto a mi pene. Imaginé toda su boca recibiendo cada centímetro de mi erección, su

garganta saboreando mi sediento pene. También vi sus cabellos castaños presionados por mi puño mientras me chupaba las bolas y sus tetas chocando con mis muslos.

Todo mi cuerpo se estremecía con la imagen de Alejandra. Abrí los ojos un momento y vi cómo mis bolas estaban tensas. Toqué la pared con mi otra mano para sostenerme mientras las tetas y el cabello de Alejandra seguían colmando mis pensamientos. Seguí tocando mi pene, cada vez con más rapidez, hasta que liberé todo mi semen y mi cuerpo se llenó de placer. Fue uno de los orgasmos más placenteros de mi vida.

Alejandra seguía en mi mente, a pesar de que unos momentos después recuperé el aliento. Volví a ubicarme bajo el agua y entonces lo supe. Había llegado el momento de estar con Alejandra. Sentía algo genuino por ella y quería que lo supiera. Además, quería probar su *pastelito*.

\*\*\*

Daniel entró en mi oficina y me saludó, chasqueando sus dedos para que yo reaccionara y abandonara mis insistentes pensamientos. Me costaba concentrarme incluso en sus saludos. Ya casi no podía trabajar.

Daniel sabía cómo me sentía porque me conocía hacía mucho tiempo y estaba dispuesto a oírme cuando yo se lo pedía, pero esta vez Ana y la posibilidad de que me separara de mi amada hija me sacaban de mis casillas y me impedían concentrarme.

"Carlos, parece que hay muchas cosas que te preocupan. Estás muy distraído. Se te nota", dijo.

"Daniel, honestamente te digo que es la primera vez que no veo luz en este túnel. Celeste se siente tan mal que no ha parado de llorar desde el sábado. Me contó que le pidió permiso a Ana para llamarme, pero la muy hija de puta se negó. Le dijo que no debía quitarme tiempo porque estoy trabajando Lloró tanto que sus ojos se inflamaron cuando llegó a casa de mi ex".

Daniel me conocía a mí tan bien como conocía las intenciones oscuras de Ana.

"Carlos, debe haber alguna laguna legal, algo con lo que puedas engañar al sistema, así como está haciendo Ana. Busca un modo de hacer algo, cualquier

cosa", me dijo.

"He pensado algo, pero no sé si pueda darme resultado. Hasta me da miedo contártelo".

El plan estaba en mis pensamientos hacía horas, lo suficiente como para convencerme de que todo saldría bien. "*¿Te da miedo?* Carajo. Entonces es una cagada". Daniel se sentó frente a mí, en la silla de mi escritorio. Llevó su mano a mi hombro para calmarme y habló con tono pausado. "Carlos, seré sincero contigo como siempre. No seas cobarde. Toma las riendas de este asunto. Hazlo para que tú y tu hija salgan de este montón de mierda. Hazlo por Celeste. Ella te necesita". Daniel sabía cómo hablarme para convencerme.

Fui hacia la puerta de la oficina con rapidez. "Creo que tienes toda la razón. Si me quedo aquí no lograré nada. Deséame toda la suerte, porque la necesitaré. Voy a pedirle matrimonio a Alejandra si todo sale como lo planeé". Tiré la puerta y escuché frases alteradas que venían de la boca de Daniel.

No quería ser descortés con él, pero tenía que actuar cuanto antes para lograr que todo saliera bien. Por mi hija. Entonces fui a la panadería y vi a Alejandra. De inmediato descubrí la desagradable razón de la sonrisa alegre que me mostró al verme.

"¿Qué me importa si esta tienda es una basura? Debiste haberme dicho que tu pastel, si puede llamarse así, se derretiría en mi auto. Me parece que deberías prepararme otro, por tu grave omisión", dijo un estúpido con traje anticuado que se dirigía a ella de mala manera, frente a todo el mundo.

Alejandra se mantenía de pie y firme en sus comentarios, a pesar de que su garganta ya se quebraba. "Con gusto lo haría, y por el mismo precio, pero debes entender que la crema gelatinosa se derrite con temperaturas altas como las que hemos tenido estos días. No hace falta que yo le explique el pronóstico del tiempo a mis clientes", le respondió.

"¿Entonces soy un idiota por no saber la temperatura? Te digo que si no me das mi dinero todos sabrán cómo me trataste. Tu negocio se irá por el inodoro después de que lo haga". Giró y encontró mi cara sobre la suya. Retrocedió unos pasos y me mostró una expresión de miedo.

"¿Qué pasa contigo? ¿Te sucede algo con la señorita?", le dije mientras lo miraba de pies a cabeza.

"Oh... No, no", dijo con su voz entrecortada mientras corría para salir por la puerta.

"Alejandra, ¿te sientes bien?". Su rostro mostraba su pesar. Quise abrazarla.

"Estoy bien. Era solo otro pendejo que olvidó el sol radiante que tenemos sobre nuestras cabezas. ¿Por qué no entienden que el calor es tan fuerte que derrite el hielo?". Suspiró profundo y bajó su cabeza. "Ya hoy van dos pendejos como él. Y, por si fuera poco, temprano cayó al suelo unos de mis estantes y cinco pasteles quedaron destrozados, además de decenas de galletas. Ya empecé a preparar de nuevo todas esas tortas, pero a este paso necesitaré ayuda".

Sonó la campana que anunciaba a un nuevo cliente. Ella se apuró a atenderlo. Fui a la puerta de la cocina y vi cómo sacaba del horno los nuevos pasteles. Sentí cómo olían. Tanta dulzura, tanta azúcar. Llegó a mi nariz y sentí que estaba en el paraíso.

"Supongo que eso es un pastel de manzana".

"Así es. También hay uno de melocotón. Una señora vendrá por ellos". Llevó el pastel de melocotón sobre el mostrador y respiró cansada.

Lucía un tanto desarreglada, y yo quise terminar de desordenar su cabello y quitarle toda su ropa para tumbarla debajo de mí. "Alejandra, puedo ayudarte si necesitas algo", le dije.

"Ya me dijiste que no quieres salir conmigo otra vez, pero me gustaría que nos viéramos esta noche", le dije, recordando lo que había ido a preguntarle, y decidiendo avanzar para no ponerme más nervioso. Sentí que ya tenía suficientes preocupaciones.

"¿Quieres que conozca a tu hija?", me preguntó. Sonrió levemente.

"Más bien planeaba prepararte la cena de hoy. Celeste no estará en mi casa, porque mi madre la llevará luego".

Levantó sus cejas y me vio como si fuese un extraterrestre. Luego rió. "Vaya... ¿también cocinas?", dijo.

"De hecho, cocino muy bien. He recibido buenos comentarios, no solo de Celeste". Dije esas palabras con solemnidad y orgullo, pero ya ella estaba

muy seria.

Cruzó sus brazos. "¿Y esperas que vaya a comer para después tener relaciones conmigo?". Se acercó a mí y levantó su cara. Era una expresión desafiante, como si esperara mi respuesta. Pensé decirle que sí, que ese era mi plan, pero luego recordé que podría patearme las bolas por tanta sinceridad y desistí de la idea.

Vi su cuerpo con malicia y luego suspiré. "Reconozco que me gustaría, pero ese no es mi plan, Alejandra". Contemplé sus ojos. "Quiero que vayas para proponerte algo. Algo que nos beneficiaría, en más de un sentido".

Mientras se acercaba y me miraba con inquietud, me preguntó: "¿Cómo podría beneficiarme yo?".

"Esta noche lo sabrás". Escribí mi dirección en un trozo de papel sobre el mostrador. "Te esperaré a las ocho. Esta es mi casa".

"¿No estarás haciendo todo esto solo para hacerme el amor?", dijo mientras llevaba sus dedos a su barbilla.

"Que no lo permita Dios". Sonreí luego de unos segundos y llevé mi mano a mi pecho. "Sería una experiencia que querrías olvidar".

Su sonrisa era tan cándida que me quedé sin palabras. "No lo creo", me dijo mientras sonreía. ". No niego que me pareces atractivo, pero que no se te infle el ego. Si haces otro comentario sobre sexo, no diré nada más". Nos quedamos en silencio, como si ninguno supiera qué decir.

Noté que sus ojos eran de un azul mezclado con un leve tono miel. Me acerqué más, y vi que el calor la hacía sudar. Sus mejillas estaban sonrojadas. "¿Entonces podré cocinar tu cena?", me preguntó.

"De acuerdo. Iré. Pero quiero que quede claro que lo hago porque me siento intrigada con tu proposición". Volvió a la cocina para preparar las galletas que aún no había cocinado.

"Me parece perfecto, porque sé que ya te sientes atraída por mis encantos, así que me gustaría darte algo caliente para que te lo comas". Me golpeó juguetonamente en mi hombro, aunque contuve la respiración mientras aguardaba su bofetada sobre mi mejilla, pero no lo hizo.

"Veo que no pierdes tiempo". Ambos sonreímos y ella recogió su cabello.

Trató de mover la rejilla de enfriamiento, pero era inútil. Yo sabía que no tenía dinero, pero debía reemplazarla.

Frente a mí estaba Alejandra, la dueña de ese local y la responsable de su funcionamiento, moviendo una gran cantidad de masa en una batidora tan grande como ella. Sin duda, se esmeraba en preparar sus pasteles. Era una experta con sus manos, así que las imaginé sobre mi cuerpo. Me fijé en todos los utensilios de su cocina y me pareció que había hecho un esfuerzo encomiable. Era una pastelería que valía la pena.

"Por favor, pásame ese frasco de vainilla", me pidió. Entendí que Alejandra necesitaba ayuda, así que sacudí mis pensamientos ansiosos. Por eso había planificado todo. Para ayudarnos a ambos. Especialmente a ella.



# CAPÍTULO SIETE - ALEJANDRA

Justo cuando estaba maquillándome, Luisa me llamó. "Esta no es una cita, según lo que dices, así que no entiendo para qué te maquillas. Pudiste haberte ido después de cerrar la pastelería y ahorrar gasolina". No sabía qué ponerme, así que había demorado mucho para prepararme para cenar con Carlos.

Luisa actuaba de un modo muy tacaño y estaba molestándome con tanto ahorro.

"Sí, excelente idea. Solo que quería tomar una ducha después de hornear cincuenta pasteles y atender a mil personas".

Escuché sus risas en el teléfono y la oí comer con su tenedor. Era desagradable oír sus mordiscos, y ya los había escuchado durante los últimos quince minutos. "Necesitarás otra ducha después de que termine la cena".

"Parece que tú tampoco pierdes tiempo para hacer chistecitos. Ya te dije que voy por negocios. Carlos comentó que quiere plantearme un negocio para que ambos nos beneficiemos. Quizás quiere organizar un evento y desea que yo prepare la comida. Como te dije, son negocios, él mismo lo dijo, aunque no sé qué debería preparar para un grupo de motociclistas. De todas formas, espero que sea algo bueno, porque necesito dinero para reparar el estante que se cayó al suelo de la cocina. Se estropeó tanto que lloré como nunca por la impotencia". La última causa de mi nerviosismo era que aún no había podido contratar a otro ayudante, pero no podría postergarlo muchos días más. Necesitaba ayuda de alguien para poder manejar el local. Y sí que había llorado, aunque no solía hacerlo, pero en esas condiciones me sentía aturdida.

"Alejandra, entiendo que no te ha ido muy bien, sobre todo con la pastelería, pero estoy segura de que todo mejorará. Y será más pronto de lo que crees. Lo único que te pido es que sigas con tu frente en alto y tomes con calma lo que voy a decirte. Creo que ha llegado el momento de que empieces una relación. Incluso cuando llegue esa persona, lo sabrás, aunque luego sientas que no todo es tan hermoso como debería ser".

"Entiendo perfectamente lo que dices. Hoy lo viví. Todo se derrumbaba ante mis ojos y yo no podía hacer nada. Las galletas, aunque te parezca increíble, rebotaron. Te lo digo en serio. Una galleta rebotó y fue al fregadero y otra

salió hacia el mostrador".

Luisa se sorprendió con mi revelación. "Carajo, Alejandra, es la primera vez que oigo eso. No lo sabía. Pero recuerda lo que te dije: debes dar un paso con una persona, decidirte. Nunca podrás estar con alguien si no lo intentas".

Me puse mis zapatos y giré para verme en el espejo por última vez antes de salir. "En eso creo que tienes razón", le dije. Busqué el papel con su dirección que me había dado. Su letra era tan hermosa que la envidié. "Luisa, ¿por casualidad sabes dónde queda Llano Verde?".

"¿Por qué quieres saberlo? Está cerca de las piscinas. Son las casas que rodean el campo de golf y las canchas de tenis".

"Allí es donde vive". ¿El mecánico vivía al lado de un campo de golf? Imposible.

"Es bueno saber que tiene dinero. Es un lugar agradable".

"Oye, sé que te interesa su dinero, pero recuerda que tiene una hija". Le comenté a Luisa sobre la niña. Ella me aseguró que sería una niña muy dulce, pero que debía poner los pies sobre la tierra, y que tuviera presente que siempre habría otra chica en la vida de Carlos. Pensé que Luisa estaba yendo por senderos extremos en nuestra charla, así que decidí cerrar la conversación.

"Igualmente parece un buen hombre, aunque tenga una niña. Es el hombre ideal para ti. Es atractivo, adinerado y te trata bien".

Yo no sabía qué negocio me plantearía Carlos, así que primero debía saber qué tenía entre manos. Quería saber cuál sería su nueva sorpresa. Ya sabía que era un hombre con muchos ases bajo la manga. Y, sobre todo, un tipo decente. Luisa, por su parte, pensaba de esa manera y no tenía problemas para decírmelo, pero en ese momento yo no podía estar segura de nada.

Colgué el teléfono y subí a mi auto. Introduje la dirección que Carlos me dio en el sistema de localización. El sistema me guio hasta las cercanías del campo de golf.

La casa apareció ante mí unos minutos después. Era una casa vistosa, pintada de blanco, con dos pisos de enormes ventanas y un árbol creciendo en el centro del jardín. En las ventanas, unas cortinas rosadas se agitaban con el

leve viento. Había un agradable ambiente de hogar, con un silencio relajante y unas pequeñas plantas justo en la entrada.

El espacio interior era lindo y cálido, con una mesa para cuatro y una gran alfombra. Nada de mujeres en trajes de baño ni grasa en las esquinas, como había pensado al salir de mi casa. Era un lindo hogar, como el de las revistas de decoración, un espacio encantador para su hija. Carlos salió a mi encuentro. Me invitó a pasar.

Fui a la cocina detrás de él y dejé mi bolso en un sofá. "Esta es una casa maravillosa. Me encanta".

Unas fotos de Celeste y sus dibujos escolares decoraban la nevera. Me cedió una silla para que tomara asiento. "Me alegra que te guste. Por favor, siéntate", dijo. "Tú también luces maravillosa en ese vestido. Espero que te guste la comida tailandesa".

"Gracias. Espero que no me sorprendas ahora diciéndome que eres tailandés". Lo miré fijamente y él sonrió a carcajadas mientras me apuntaba con su dedo índice.

Él vestía casual, y yo me sentí tranquila de no haber buscado algo tan formal para la ocasión. "Si lo fuese, te lo diría. Sería una virtud. Pero no, no lo soy". Guiñó su ojo y mis mejillas se llenaron de un rojo intenso. Cada gesto que me regalaba me hacía sentir calor. Además, verlo con su delantal, su camiseta negra que se ceñía a su pecho y sus vaqueros, me encendió.

"Quisiera que me hablaras sobre tu propuesta. ¿En serio es algo de negocios o planeaste traerme para que estuviera contigo aquí y llevarme a tu cama?"

"Sí tengo algo que proponerte. Pero debo asegurarme de que realmente estás interesada. Te contaré de qué se trata y si no te sientes a gusto, ambos olvidaremos esa propuesta y seguiremos como amigos". Tomó todos los vegetales que había picado y los arrojó en una sartén caliente. Después bajó el fuego.

Me senté y le pedí que me contara. "Cuéntame. Soy todo oídos".

Tomó aire y comenzó a hablar. "La verdad es que estoy en medio de una situación complicada. Si no hago algo, podría perder a mi hija". Su voz se quebró y su mirada estaba triste. Tanto, que me acerqué a él y tomé su mano.

Muchas cosas podrían ser complicadas. "¿Complicada? Explícame, por favor". ¿Celeste estaba enferma? ¿Necesitaba transfusiones o un trasplante? Eran tantos pensamientos y todos iban tan veloces en mi mente que no podía imaginar lo que él me contaría después.

"Es por mi exesposa. Me demandó y ahora tiene la custodia total de Celeste. "Me separé de ella y la jueza no me ve con buenos ojos". Apenas pudo contener el llanto al decir esas frases. Giró para esconder su expresión y buscar platos para servir la comida.

No esperaba que me contara esa situación tan personal y no sabía cómo reaccionar ni qué agregar. Era un problema familiar y no sabía hasta qué punto debía involucrarme. Hasta ahora, había sido un buen tipo conmigo y se notaba que quería lo mejor para su hija. Podría testificar a su favor, si me lo pedía. "Carlos, cuánto lo lamento. No lo sabía".

"Yo también lo lamento, Alejandra. No quise ponerme así. Mejor comamos y luego te contaré lo demás". Sonrió, pero se veía desanimado. "Preparé vegetales, arroz y pollo con miel. Celeste adora esta comida. Si ella lo ama, otra chica como tú también podría...".

Sonreí. "Todo esto es para acostarte conmigo, ¿cierto?", le pregunté.

Carlos sonrió suavemente mientras me servía pollo y arroz. "Te diré que sí solo si admites que lo harás". Yo me serví vegetales y empecé a comer antes de responder con alguna frase de la que luego me arrepentiría.

"Sabe bien. No sabía que cocinaras tan rico". Me esforcé por seguir comiendo y Carlos buscó vino en la nevera. Sirvió un poco para los dos.

"Hice un curso de cocina con mi madre. Celeste acababa de nacer, pero tuve el tiempo para aprender. Fui durante un año, preparándome para cocinarle sus comidas favoritas el Día de la Madre. Además, mi madre también quería saber más sobre cocina, así que resolví dos cosas a la vez".

Carlos cada vez me sorprendía más con su empeño en tener una linda vida familiar. ¿Hizo un curso de cocina con su madre? Vaya sorpresa. Comí otros trozos de pollo, y sentí que estaba muy cómoda con él, deseando que esa cena fuese una cita.

Al cabo de un rato, no pude comer más. Estaba satisfecha. Me pidió que saliéramos a dar un paseo en su motocicleta. ¿Yo usaría casco mientras él

conducía y yo me aferraba por la cintura? Sin duda, sería una mala idea.

"Hagámoslo. Tomaré otra copa antes de irme". Serví más vino y me lo tomé.  
Carlos fue a buscar sus botas y las llaves de su moto.

# CAPÍTULO OCHO - CARLOS

Nos dirigíamos hacia la playa en mi motocicleta. En esa zona había un lugar agradable y silencioso, ideal para contarle mi plan. Había ido varias veces a relajarme allí.

Alejandra me tomaba por la cintura y sus cabellos caían en sus hombros.

Había buscado otro casco para ella pues los que yo usaba eran muy grandes.

"Me parece que ya he venido a este lugar", me dijo, con una voz gritona, que se oía aún más alta por su casco.

"Estamos alejados del centro de la ciudad. ¿Estás segura de que has venido?". Aceleré mi motocicleta cuando me acerqué al lugar. Sentí que el asfalto estaba más cerca de nosotros.

"Puede que haya venido dos o tres veces". Sonrió con cierta malicia y miró hacia la izquierda.

"Suele venir mucha gente a darse algunos besos. Debo entender que has venido aquí con un hombre". Solo se lo comentaba para ver qué me respondería. Pero ese no era mi plan con ella.

"Vine aquí con mi exnovio". Me sentí afortunado de no ser ese pendejo.

"No iremos allí, así que aguarda".

Giré y conduje en la otra dirección, buscando un camino que se extendía por toda la orilla de la playa. Avancé por todo ese camino hasta que llegamos a otro. Aceleré de nuevo y divisé las palmeras a ambos lados. Unas inmensas rocas anticipaban la playa.

"Vaya, nunca había llegado hasta aquí. Es un lugar muy, muy hermoso. Me pregunto cómo llegaron esas rocas aquí". Sonrió mientras las señalaba.

"Conducía mi moto un día y llegué aquí. Desde entonces he venido varias veces para relajarme".

Apagué el motor y me aferré a ella para Alejandra se bajaría sin resbalar. Luego la incliné y bajé la palanca. Alejandra caminó hacia las rocas y yo tomé su mano.

"Este lugar es más frío que en el resto de la playa. Es como si hubiésemos viajado a la cordillera. Siente el frío aquí". Sonrió tanto que me contagió. Puso mi mano en una de las rocas.

"¿Te parece que este escondite es mejor que el sitio en el que la gente se da besitos de amor?". Quería decirle que en ese momento tenía la intención de sentir otras cosas, pero puse mi mano.

"Pues sí, es mil veces mejor que el otro. También siento que tengo una compañía mejor".

"Perfecto. Me alegra saber que después de todo eres una chica de naturaleza irreverente y rebelde, aunque no me gustaría saber los detalles de lo que hacías por esta zona". Quitó mi mano de la fría roca y me vio como si me desafiara.

Sonrió y su mirada retadora seguía en su cara. "Permíteme decirte que cuando era más joven hice cosas muy locas. Más locas de lo que podrías pensar de mí".

En mi mente la imaginé más joven, libre de tensiones, sin ataduras, haciendo miles de cosas alocadas y sin temor a mis invitaciones. "¿Guardas algunos secretos? Puedes contarme alguno, si quieres". Giré y me mantuve contemplando su linda sonrisa. Puse mi codo en la piedra a mi lado.

"Te contaré una de las cosas que hacía, pero luego seré yo quien te pregunte lo que quiera". Ya no le preguntaba cosas. Ya no tenía miedo. Se había adueñado del momento, y eso me encantó.

Encogí mis hombros. "De acuerdo", le dije. Esperé atentamente su revelación, aunque sabía que no sería nada extremo.

Giró y empezó a correr hacia una de las rocas gigantescas, justo donde el agua de la playa mojaba la arena. Detrás, unas pequeñas palmeras conservaban su tamaño mediano, suficiente como para protegerse del sol y esconderse de las miradas curiosas. "Estuve por aquí y nadé desnuda la última vez que vine". Giró y me miró con satisfacción. "Te toca".

"Un momento. Aún no has nadado desnuda. Me parece que debes hacerlo para convencerme de que sí lo hiciste", le dije mientras me acercaba a ella y la miraba fijamente. Me golpeó juguetonamente.

Se acercó más a mí y me miraba a los ojos fijamente. Solo unos centímetros nos separaban. Quería hundir mis labios en los suyos. Era lo que había querido hacer desde que la había visto por primera vez, en su pastelería, lavando las ventanas. "No voy a nadar desnuda. Ahora te toca contar algo", me dijo.

Abrió su boca para preguntarme algún secreto, pero la besé y no pudo hacerlo. Alejandra también me besó, y yo velozmente la giré. Quedó de espaldas contra la piedra. La besé de nuevo, esta vez más profundo. Escuché sus sugerentes gemidos y vi cómo acercaba su cuerpo al mío. Me abrazó y llevé mis manos a su blusa para tocar sus tetas. Era otra de las cosas que siempre había querido hacer desde que la conocí, sumergirme en sus tetas. Ella se inclinó para que yo sintiera más placer. Sus piernas estaban adheridas a las mías. Yo pegué mis caderas a las suyas y le demostré el tamaño de mi erección, haciendo que la palpara con sus muslos.

"Desde que te conocí he querido besarte", le dije suavemente en su oído.

"¿Por qué me trajiste? ¿Qué quieres de mí?". Retrocedí tan rápido que ella casi cae. "Por favor, dímelo".

Dio algunos pasos y se ubicó detrás de mí. "No quería contártelo de una forma tan abrupta, pero creo que es mi única opción. Aunque no deja de ser una locura". Me tomó por la cintura como cuando estábamos en la motocicleta.

Había demorado tanto que parecía una eternidad. No sabía si Alejandra diría que sí o si ya se arrepentía de estar conmigo allí y haberme besado. "¿Una locura tan grande como para rechazarla? ¿Tendré que cometer algún delito? Carlos, la intriga me mata. Debes contarme", dijo, suplicando.

Suspiré mientras miraba sus ojos. "La jueza sugirió que Celeste podría quedarse conmigo si yo tenía una relación estable con una mujer". Ella retrocedió. Se notaba pensativa.

Estaba muy sorprendida. Se notaba en su mirada. "¿Me dices que quieres que viva contigo? ¿Eso es lo que quieres decirme?". Traté de acercarme a ella, pero se alejó un poco y tocó sus cabellos.

Tomé sus manos y ella las recibió con frialdad.

"Básicamente, sí. Y, además, casarte conmigo".



Abrió su mandíbula, también sus ojos de par en par y luego tapó su boca mientras se alejaba de mí. "¿Me trajiste aquí para pedirme eso? Te conozco hace poco y ahora me pides que me case contigo para separar a su hija de su propia madre". Me lanzaba esas frases sin fijarse tanto en los sentimientos, con dureza, La idea le parecía una locura después de todo.

"Así es, pero yo te pagaría. Necesitas dinero para tu pastelería y yo te lo daría. Alejandra, eres una mujer con muchas cualidades: independiente, atractiva, con tu propia tienda y con un pasado mucho más respetable que el de mi exesposa. Yo necesito una esposa, y tú serías perfecta. Además, sé que serías una excelente esposa. Es decir, no le contaré a la jueza que nadaste desnuda aquí, solo que..."

Dio algunas vueltas en círculo mientras hablaba consigo misma. "¿Podrías callarte? Necesito aclarar mis pensamientos". Me golpeó el brazo y volvió a pedirme silencio. "Mi hermana me lo había dicho. Me dijo que podría pasar algo así".

Alejandra estaba frente a mí, caminando y hablando como si no hubiera nadie más allí. Después se frenó. "¿Y es bueno o malo para mí?", le pregunté. Parecía que un pensamiento revelador hubiera sacudido su mente. Me miró fijamente y abrió su boca.

"Calma. Aún no sé qué responder". Iba a decirle algo, pero me besó tan fuerte que sentí que un chispazo de fuego salió de su cuerpo y llegó al mío. No sabía si estaba negándose, pero si esa era su forma de negarse, ya quería que me besara para aceptar mi propuesta.

Me llevó a la piedra y yo levanté su cuerpo. La giré y quedé de nuevo sobre su espalda. Parecía que después de todo había tenido suerte. No había dicho que no. Al contrario, parecía que quería estar conmigo.

*Había tenido mucha suerte.*

Haló su camisa, y uno de sus senos salió de su sostén. Lo chupé y lo mordí. También besé su pezón, mientras su mano buscaba furiosamente mi pene en mis pantalones hasta que lo encontró y lo tocó suavemente. Me vio a los ojos con malicia. Después llevó sus piernas sobre mi cintura y podía sentir mi pene, que ya quería romper mis pantalones.

Me pregunté qué pasaba mientras contemplaba el mar de sus ojos. ¿Quería

estar conmigo primero para convencerse o para ver si valía la pena aceptar mi propuesta? "Alejandra, esto no es necesario". Quería evitar que pensara que debíamos estar juntos como parte de nuestro trato.

Otro beso suyo se posó en mis labios. "Sé que no, pero igualmente quiero hacerlo", dijo.

Insistí porque quería que estuviera segura, porque si se acostaba conmigo, no habría forma de arrepentirse luego. "Tenías dudas sobre mí, sobre si salir o no conmigo. Por eso te digo que esto no es necesario", dije mientras la levantaba con mis brazos.

Pero ella me tocaba con tanta fuerza que noté que estaba convencida. "Carlos, sé lo que hago. Después pensaré en nuestro acuerdo. Lo haré, pero ahora...", interrumpió su frase con un beso, "ahora quiero hacerlo".

"Vayamos a mi casa entonces. Lo haremos en mi cama y luego hablaremos". Tenía la intención de que lo pensara mientras llegábamos a mi casa.

Alejandra quizás se negaría luego a casarse conmigo, pero sí estaría conmigo al menos una noche. Lo noté por la convicción en sus ojos. "Perfecto. Pero por favor, apúrate". Le entregué mi casco y subimos con prisa a mi motocicleta. Le pedí que se sujetara con fuerza y ella aceptó. Llevó su mano debajo de mi ropa y apretó mi espalda. Quería llegar tan rápido que incluso pasé algunos semáforos en rojo. Llano Verde apareció por fin ante mis ojos.

# CAPÍTULO NUEVE - ALEJANDRA

Cuando Carlos me planteó lo que quería recordé las palabras de Luisa, la idea de que me quedaría sola si no me atrevía a dar un paso con alguien. Aún no entendía cómo había aceptado ir a su casa, pero quizás había sido el hecho de haberme alejado tanto tiempo de las relaciones lo que me había llevado a hacerlo.

No entendía por qué me había buscado a mí, si su plan era que nos casáramos, cuando seguramente muchas chicas querrían pasar el resto de sus vidas con un hombre tan atractivo como él. Yo sabía que no nos casaríamos por amor, esa era una idea más alocada que casarnos, pero mi instinto femenino se aferraba a esa idea.

No sabía si aceptar o no. Aún dudaba. Pero sí pensaba en limitar ese plan a un simple acuerdo de negocios. Estábamos pasando un mal momento y podríamos ayudarnos.

Apenas estábamos llegando a su casa, pero ya yo sentía como mi vagina se derretía por el fuerte beso que me dio cuando nos bajamos para entrar a su casa. La culpa también había sido de la motocicleta y sus fuertes vibraciones a lo largo del camino.

Alejandro golpeó la puerta con tanta fuerza que se abrió de par en par. La pateó mientras con sus manos me desgarraba la ropa. Me puso sobre su cuerpo, elevando mi cuerpo y después me abrazó y me subió por las escaleras. Llegamos al primer cuarto que encontramos y Sus manos llegaron a los botones de mi camisa. Las mías fueron a la cremallera de sus pantalones. Me arrojó con todas sus fuerzas a la cama.

Suspiró con fuerza mientras retiraba los pantalones de su cuerpo. Su ropa interior también salió. Luego se quitó las botas y yo aproveché para quitarme mis vaqueros, pero me dejé puestas las bragas. Carlos finalmente estuvo libre y contempló mi cuerpo mientras masajeaba su pene.

Humedecí mis labios para besar su pecho y yo lo atraje con fuerza. Después

empezó a tocarme, pero con mucha lentitud, porque ambos queríamos sentir cada hebra de nuestra piel. Puse mi mano sobre la suya y luego él retiró la suya para que yo lo masajeara.

Entonces moví mi mano lentamente sobre su pene. Primero vi su erección, luego levanté la mirada para ver sus ojos y después volví a ver su pene, notando que había gotas de líquido en la punta. Fui con mi lengua sobre esa punta para lamer ese jugoso líquido y sentirlo en mi garganta. Quise probar más, así que volví a chupar su pene para succionar esos jugos. Luego lamí el tronco y después chupé sus bolas, para volver a su tronco y lamerlo lentamente.

Llevé su pene a lo más profundo de mi garganta. "Mierda", me dijo, con un tono de voz muy suave. Me sentí contenta. Le proporcionaba el mayor placer que podía, y por la expresión que descubrí en su rostro, él también se sentía muy contento de recibir tanto placer.

Seguí chupando su erección y él recogió mi cabello con su mano. Con la otra tocó mis muslos, como si me invitara a abrirme para él. Sorpresivamente, sus dedos palparon mi clítoris, una caricia que me arrancó varios gemidos de placer.

Saqué mis labios de su pene y él fue sobre mis muslos para lamer mi cuerpo. Repentinamente besó mi vagina y luego lamió mis labios vaginales. Agitó todos mis nervios, hasta el punto de que mi boca empezó a decir su nombre sin que yo pudiera darme cuenta. "Carlos", dije con hambre de su ser. Sus manos en mi vagina, su pene en mi boca. Ambas partes de su cuerpo estaban estremeciéndome. Era tan excitante que quería prolongarlo. Quería tenerlo dentro de mí, en lo más profundo.

Besó mi vagina sin parar, una y otra vez, mientras se tocaba su pene, provocándose, excitándose. Llevó la gruesa punta de su pene a la entrada de mi vagina. Gemí de nuevo, pero apenas pude reaccionar, porque rápidamente se inclinó hacia adelante, presionando sus caderas contra mi cuerpo. Me veía con malicia mientras seguía empujando dentro de mí. También lo vi, pero estaba más concentrada en sentir toda su erección en mis profundidades. Él se movía con fuerza, pero yo me movía lentamente, acoplándome a él.

"Quiero que grites hasta que quedes sin voz", dijo. "Se siente muy bien penetrarte", agregó mientras volvía a empujar en mi vagina y sonreía

sensualmente.

Él rió y continuó dentro de mí. Me penetró con mucha fuerza y yo apreté su cuerpo con mis caderas. Quería que me diera con toda su potencia. Ya podía sentir cómo sincronizábamos nuestros ritmos y quería recibirlo sin contemplaciones.

"Quiero que digas que también te gusta esto", me dijo mientras volvió a penetrarme con fuerza una vez más, para luego bajar su ritmo.

"No pares", le dije casi como una súplica. Él movió su cabeza como si se negara.

"Dilo". Me hablaba con firmeza y se retiró un poco. Presentí que no volvería a penetrarme hasta con rapidez hasta que no se lo dijera, así que lo llevé más profundo con la fuerza de mis caderas. Él se mantuvo allí sin moverse. "Cuántas ganas tienes", me dijo mientras me miraba con maldad.

Entonces Carlos se movió con rapidez, me levantó con tanta fuerza que sentí que yo era una pluma, se sentó, dejando su cuerpo en la cama y poniendo sus caderas arriba mientras yo me ponía sobre él y rodeaba su cintura con mis muslos. "Así es. Y también me gusta que me penetres", le dije. Mi vagina abrazaba su enorme erección y más gemidos salieron de mi garganta cuando pude sentarme sobre su pene y moverme sobre él.

Yo me sentía tan excitada que puse mi cuerpo muy cerca del suyo, por lo que mis senos cayeron en su cara y él empezó a chupar uno de mis pezones. Llevó su boca sobre la mía, metiendo su hambrienta lengua en mi garganta.

"Me vine", le dije y él escuchó. Sus besos en mis senos y su pene rebotando dentro de mí precipitaron mi orgasmo. Me vine mientras él aún estaba dentro de mi cuerpo y mi cuerpo temblaba. Entonces se reclinó, sin detenerse ni un instante, quedando su cuerpo en el aire y mis manos en la cama mientras él bombeaba con poder. Lo supe. Él también estaba a punto de venirse.

No pasó mucho tiempo para que él sintiera el mismo placer que yo había sentido. Escuché sus gruñidos que anticipaban su orgasmo, y unos segundos después derramó todo su semen en mi vagina sedienta. Quería que dejara en mis profundidades hasta la última gota de su ser, así que moví mis caderas para sacar todo lo que había guardado para mí mientras él seguía gruñendo.

Se retiró de mí, y se acostó sobre la cama. Estaba exhausto. Me pidió que me

acercara a él y quedé sobre su regazo. Con su mano derecha tocó mi mejilla y luego besó mi nariz dulcemente.

Pasó su mano por su cara para limpiarse el sudor y sus ojos quedaron sobre los míos. "Me encantó", dijo en un tono amable y suave. Se retiró un poco para acostarse frente a mí.

Toqué sus mejillas con mis manos. "A mí también me encantó", dijo.

Tocó mis muñecas con sus manos. "¿Qué piensas de mi propuesta?", me preguntó. Estaba expectante por mi respuesta.

Sentía que estaba mal quedar como si actuara por interés o dinero, pero él había sido el primero que había planteado lo de la plata, así que lo mejor era decirle lo que pensaba. "Honestamente, un dinero extra me vendría bien", le dije.

Había sido agradable dentro y fuera de la cama, y seguía siéndolo. "Te entiendo. Además, yo también quiero ayudarte. Este asunto tiene que ver con Celeste y conmigo, pero también contigo". Hablaba con sinceridad. Lo notaba en su tono de voz.

Sabía que difícilmente me daría una fecha exacta por su trabajo, pero quería tener una idea, así que le pregunté: "¿Y cuándo crees que podamos casarnos?".

"Podría ser en unas dos o tres semanas, o antes, si lo deseas".

"Me parece bien dentro de dos semanas. ¿Y yo tendría que vivir contigo?". Suponía que tendría que ser así.

"Tenemos que lograr que todos nos crean, porque solo tú y yo sabríamos lo que realmente estaría pasando, así que vivir juntos sería la mejor opción para ambos".

"¿Y Celeste?", le pregunté.

"Ella no guardaría el secreto. Apenas tiene seis años. Se lo contaría a un compañero de su escuela, o peor aún, a mi exesposa. No me gusta llegar al punto de esconderle algo, pero creo que esta vez será por su bien. Y en cuanto a nosotros, me atrevería a pensar que lo que tenemos tú y yo podría avanzar. Sé que sonará egoísta de mi parte, pero contigo en estas circunstancias me siento muy bien".

"Puede que eso no pase", le dije. Carlos quedó en silencio y encogió sus

hombros.

"En ese caso, quedaríamos como amigos y nos quedaría la maravillosa experiencia que hemos tenido. No pasaría nada". Me besó suavemente. Sentí que recibir sus besos a diario no sería una mala idea después de todo. Y hacer el amor tampoco.

Levanté mis ojos para ver los suyos mientras le preguntaba: "¿Y las relaciones sexuales?". Ahora era yo quien esperaba su respuesta.

"Las tendremos si quieres y cuantas veces quieras".

"¿Y si las quiero todos los días?", le dije mientras le sonreía.

"Perfecto". Rió con mi respuesta y se acercó a mí. "¿Entonces qué dices?".

"Lo haré". Suspiré profundamente. No sabía bien en qué estaba metiéndome, pero sentía que debía arriesgarme. Apenas terminé de hablar y su boca cerró mis labios con un mágico beso. Sentí tanta excitación que llevé mi mano a su pene. Era el momento de hacer el amor de nuevo con mi futuro esposo.

# CAPÍTULO DIEZ - CARLOS

Me sentía más alegre. Era una sensación que no tenía desde que Ana había decidido separarme de mi hija. Celeste estaba haciéndome falta, pues no había podido compartir con ella antes de llevarla a la escuela, pero al haber estado con Alejandra toda la noche, decidí que se quedara en casa de mi madre y durmiera lo suficiente antes de ir a sus clases. Entonces abrí mi taller bastante temprano, con muchas ganas de trabajar y reparar muchas motocicletas. Apenas había dormido la noche anterior, pero afortunadamente no había sido por problemas con el sueño, sino porque Alejandra no me había dejado dormir en toda la noche.

Había valido la pena después de todo esperar por ese momento. Alejandra y yo habíamos tenido sexo intenso durante nuestro primer encuentro, pero la segunda vez fue aún mejor. Alejandra tuvo un orgasmo tan largo que no creí que yo soportaría tanto tiempo. Sin embargo, lo hice.

Daniel sabía que cenaría con ella y le contaría sobre mi situación y cómo planeaba resolverla. Entró y empezó a hablar tan fuerte que me asustó, tanto que una llave inglesa se me cayó al piso. "Amigo, aún no hemos abierto y ya la llave inglesa está en el piso. Eso demuestra que Alejandra la pasó mal anoche".

Subí mis cejas y sonreí. "Para nada. La pasamos genial anoche".

"Vaya, amigo. Cocinaste para ella y como postre te comiste su pastelito. ¿Qué dijo de tu plan? ¿Debo buscar algún traje elegante para tu boda?", me preguntó mientras buscaba una taza para servirse café. Levantó su voz. "Espero que me elijas como padrino".

Debíamos fijar una fecha y solicitar la cita en unas dos semanas. "Lo serías en mi boda, pero esta vez no quiero casarme de una manera tan formal. Haríamos todo en la alcaldía, de la manera más sencilla posible", le informé.

Daniel seguía a mi lado y me mostraba su amistad y fidelidad cada vez que podía. Sin embargo, no compartíamos mucho desde el nacimiento de mi hija Celeste.

"Me gustaría organizar tu despedida de soltero. No salimos hace muchos



meses, y me gustaría ayudarte con eso". Tenía razón.

Pensaba en Celeste, en la soledad que yo experimentaba por la decisión de la jueza, así que una despedida de soltero era lo de menos. Además, no quería que Alejandra pensara mal sobre mí por tener una noche de locura, con mujeres bailando a mi alrededor y agitando sus traseros. Entonces le comenté: "Puedes hacerlo, pero de una manera sencilla. No me van a encarcelar. Solo voy a casarme".

*Mierda.*

Pasé toda la mañana trabajando, y avancé tanto que tenía tiempo para encontrarme con Alejandra. Quise acercarme a su tienda y llevarle comida para que almorzara. Ella lo merecía por trabajar tanto. También quería que conversáramos y nos relajáramos un poco.

Escuché que la puerta delantera se abría mientras revisaba la motocicleta que estaba arreglando para verificar que todo estuviera en orden. Después oí pasos de mujer. Supe que eran femeninos por el traqueteo de los tacones en el piso. Solo una persona tenía esa forma tan escandalosa de caminar. Me levanté, pensando que era Julia. Estaba decidido a pedirle que se fuera de mi tienda y no volviera nunca más. Esperé en el fondo, revisando la moto mientras esperaba a Julia, pero en vez de ello, llegó Ana.

Ana llegó con soberbia y se posó a mi lado. Tenía una chaqueta rosa de tamaño infantil en su mano. Era nueva. Lo supe porque aún tenía los precios en un costado. "¿Carlos López trabajando? Esto sí que es una sorpresa", dijo con ironía.

Daniel y yo habíamos conversado hacía algunos años, que me impidiera matarla si se percataba de que yo estaba a punto de perder mis cabales, así que se ubicó a mi lado para apoyarme. Me descubrí allí, tenso, con mis hombros rígidos y mi corazón acelerado, y pensé que pedirle esa ayuda había sido una excelente idea.

"Carajo. ¿Por qué viniste?", le dije mientras veía la chaqueta. Luego la vi, y pensé que debía agradecer que las miradas no mataran.

Vi su cara y me pareció que veía a una serpiente. Incluso pensé que en cualquier momento mudaría su piel. "Guao. Tu tono podría ser más gentil, tomando en cuenta que tenemos una hija", dijo. "Vine porque Celeste dejó esta

chaqueta en mi casa. La dejó a pesar de que le había dicho varias veces que se la llevara para la escuela. No es un secreto que le hace falta una nueva chaqueta. La que le compraste, la negra de estilo rockero del siglo pasado, ya está rota por todos lados".

Solía hacer agujeros en su ropa y otras cosas para sentirse mejor con su vestuario. Eso me parecía bien, por lo que nunca quise convencerla de no hacerlo. "Celeste tiene unas cuantas chaquetas. Si actuaras como su madre y la conocieras mejor, sabrías hace tiempo que su favorita es la negra. Además, no está rota por el uso. Ella misma hizo esos agujeros para estar a la moda", le escupí.

"Sí, sí, como digas. De todas formas, habla con ella. Dile que debe obedecerme cuando esté conmigo. Habla de forma muy grosera para su edad. Puede ser que tú no la castigues por eso, pero ese no será mi caso".

Caminé unos pasos y vi sus ojos, desafiándola. Daniel puso su brazo entre nosotros y su mano sobre mi pecho. Si no hubiera estado allí, podría haber pasado cualquier cosa.

"Déjame decirte una cosa: si te atreves a tocar a mi hija, te arrepentirás. Por mí, puedes irte a la mierda. Pediste la custodia total, así que actúa como una mujer madura".

"Eso suena como una amenaza". Ella rió a carcajadas y me dio la espalda. Sentí que acababa de salir de un bar. Había un fuerte olor a alcohol barato saliendo de su boca. Escuché otros pasos de mujer en la entrada mientras trataba de calmarme, pero era imposible.

"Mírame a los ojos y óyeme bien, zorra sin sentimientos: no te quedarás con mi hija. Primero te mataré antes de entregarte a mi hija. Solo a ti se te ocurre venir aquí después de tomar toneladas de licor barato a decirme cómo debo proteger a mi hija". Daniel me alejó de ella y Ana soltó otra sonora carcajada.

"Carlos, ¿dónde estás?", dijo Alejandra buscándome. Tenía una cajita en su mano y una expresión de sorpresa en su rostro.

"Qué chica tan linda. Vino con un regalito para ti. Veo que no has cambiado nada. Siempre buscas a las peores mujeres, ¿no?".

Yo respiraba entrecortadamente, con ganas de pedirle a Alejandra que se fuera. Ella no supo cómo responder. Caminó con elegancia y puso su mano

sobre mi hombro, viendo a Ana con molestia.

Ana seguía allí como si no sintiera la tensión. "¿Sucede algo?", preguntó Alejandra mientras seguía viéndola.

"Carlos y yo hablábamos sobre nuestra hija". Ana quería transmitir tranquilidad, así que suspiró y cruzó sus brazos.

"En ese caso me alegra haber llegado. Lo que tenga que ver con Celeste tiene que ver conmigo. Ya soy parte de su vida", dijo Alejandra, también con la intención de parecer calmada.

Ana la vio con sorpresa y luego me miró. "¿Cómo que eres parte de su vida?", preguntó.

Mientras besaba el cuello de Alejandra y tomaba su mano, le respondí. "Ella y yo nos casaremos".

"Tú me aseguraste que jamás te casarías", dijo Ana, con su mandíbula abierta de par en par.

"Celeste *es* mi hija. Estuve con ella desde que nació y nunca la he abandonado. Recoge tus cosas y lárgate. Te pido que no vuelvas más. Mi hija nunca ha necesitado nada de ti y eso no cambiará, hagas lo que hagas. Cuando te dije que jamás me casaría, lo que quería expresarte era que jamás me casaría *contigo* o con alguien como tú. No podría casarme con alguien que le dé más importancia al alcohol o a otra adicción que a su hijo o hija".

"Lo mejor que puedes hacer es llevarla a tiempo a la escuela. Yo le daré la chaqueta", dijo mientras ponía la pequeña chaqueta en su hombro derecho. Vio mi taller mientras salía. "Tu taller se ve bien. Me alegra saber que tienes dinero como para mantener a tu hija". Fue su última frase antes de salir.

"Disculpa, Carlos, no pude...", dijo Alejandra. Respiró profundamente cuando vio que Ana finalmente salía.

Besé su boca y no pudo terminar su frase. Cuando me separé de ella, sentí sus mejillas calientes y su piel erizada. Daniel salió para que quedáramos solos.

"No tienes que decir nada. Al contrario, te agradezco lo que hiciste", le dije antes de darle otro succulento beso. Luego se separó de mí para decirme algo.

Recogió su cabello y me mostró unas pequeñas tortas. "Traje pasteles para ustedes", dijo.

A pesar de que sabía que ella no estaría fuera de su tienda mucho tiempo, le pregunté con curiosidad: "¿A quién dejaste en tu pastelería?".

Puso la cajita en mi escritorio. "Temprano vino mi hermana a ayudarme".

"Me alegra. Tu hermana es de gran ayuda, lo sé. Justo iba a salir para preguntarte si querías que te pidiera algo para el almuerzo. Suelo salir a comprar algo, y si no voy yo, le pido a Daniel que lo haga. También quería ir a conversar contigo sobre los arreglos para nuestra boda. Espero que sea algo sencillo, pero me gustaría hacer una lista". Busqué en el piso todas las herramientas que había dejado regadas tras la llegada de Ana. Las puse en mi caja de herramientas.

Tomó una herramienta que quedaba en el piso y me la entregó. También la puse en la caja de herramientas.

"Podríamos hacerlo esta noche, cuando cerremos las tiendas", dijo, y se acercó a mí. Sus ojos azules tan hermosos como el cielo me robaron el aliento. Sus manos pasaron de mis hombros a mi abdomen, hasta que tocaron mi cremallera.

"Me parece bien". Besé sus labios y sonreí.

# CAPÍTULO ONCE - ALEJANDRA

Supe que Carlos había estado muy tenso. Afortunadamente, Daniel estuvo allí para frenar cualquier arrebato de molestia, pues él pudo haber hecho cosas terribles si hubiera estado solo. Aunque no me parecía un hombre agresivo, pero la actitud provocadora de Ana y el hecho de que la situación extrema incluyera a su única hija, no sabía qué podía pasar. Por mi parte, me sentí terriblemente nerviosa tras cruzar esas tensas palabras con Ana.

Ella me parecía una persona vergonzosa. Y su aspecto era tan horrible que incluso un monstruo sentiría temor al verla.

"Vaya, hermana. Tus mejillas están rojas como una fresa y tienes lápiz labial en el mentón. Supongo que lo besaste", dijo Luisa cuando entré a la pastelería. Vi que terminaba de atender a un cliente. Ellos se retiraron del local tras recibir unas galletas de chocolate.

"Quizás lo hice".

Le había dicho que la idea de contarme un plan era solo su manera de invitarme a cenar, pero que en el fondo solamente quería tener una cita conmigo. Me lanzó su frase "te lo dije", que me desagradaba mucho, pero incluso ese recordatorio era mejor que escuchar su reacción si lo contaba que me casaría con él por dinero. Pero Luisa aún no sabía que nos casaríamos.

"Lo sabía. Fuiste a llevarle pasteles solo para verlo". "Él te atrae. Confíésalo". Sonrió y me golpeó suavemente en el hombro. Fui a buscar algunos pasteles en la cocina y la escuché a pesar de la distancia.

"Si eso fuese cierto, igualmente trataría de no ilusionarme". Lo decía con sinceridad, porque estaba convencida de que nuestro acuerdo estaba por encima de mis deseos sexuales o mis sentimientos. Tenía que tener claro que no habría nada más entre nosotros.

"Es obvio que siente algo por ti. El tipo vino y arregló tu horno. Después arregló tu auto. Más tarde te invita a cenar y te prepara la cena".

Sí, seguramente yo le *atraía*, como aseguraba Luisa. Pero debía detener mis pensamientos, porque mis mejillas de nuevo estaban enrojecidas y tenía que

evitar que Luisa me viera así. Yo también había sentido algo por él, sobre todo cuando su pene estuvo en mis profundidades. Recordé esos momentos y sentí tanto placer que mis muslos me dolieron. Terminé de cocinar un pastel pendiente y le pedí que continuara atendiendo a los clientes que seguían entrando.

Justo cuando Luisa se desocupaba finalmente para irse, Carlos terminó de trabajar y cerró su taller. Los presenté en el estacionamiento y ella se fue a su auto, mientras me sonreía y me hacía un gesto de aprobación.

Ella encendió su auto y se marchó. "¿Tu hermana sabe que estamos juntos porque llegamos a un acuerdo?", me preguntó Carlos.

"Si le cuento lo de nuestro matrimonio, enloquecería y me arrancaría el cabello. Así que no lo sabe. Le conté que ibas a proponerme algo, pero que solo habías dicho eso para tener una cita conmigo. ¿Alguien de tu familia lo sabe?", le pregunté, pensando que tal vez su madre ya lo sabía.

"No. Mi madre sabe que he salido con una chica. Quizás si se lo cuento no le parecerá algo tan extraño. Solo Daniel lo sabe". Me miró a los ojos y se quedó en silencio, como si buscara las palabras correctas para expresar su idea.

"Quieres hacerle creer que has salido con una chica que es tu novia, con la que te casarás para resolver tu problema y así no habrá nada extraño, porque no quieres que tu madre crea que te casarás con una completa desconocida". Lo vi para comprobar su reacción. "¿Ese es tu plan?". Ambos sonreímos y él se recostó. Se notaba cansado.

Llevó sus piernas hacia adelante y buscó una mesa para que nos sentáramos.

"Hoy trabajé mucho y me siento agotado. No solo por mi largo día, sino porque anoche no pude dormir porque una chica no me lo permitió".

Busqué la caja que había guardado para él y se la entregué. "Vaya. Cuánto lo siento. Evitaré hacerlo la próxima vez que cenemos", le dije.

"Por mí no hay problema si lo hacemos de nuevo. ¿Qué te parece?". Puse mi mano en la mesa y la tomó de inmediato.

Él revisó el interior de la caja. "Podría estar de acuerdo contigo". Retiré mi mano.

Posó su nariz sobre el pastel de manzana. "¿Qué tenemos aquí?". Lo había

preparado especialmente para él y su hija.

Carlos cerró la caja con el pastel. Cerré la caja registradora y apagué las luces del mostrador. "Es una torta de manzana que hice para ti y tu hija".

"Si sigues así, sentiré que nos consientes demasiado. Estoy seguro de que Celeste amará tu torta. Te lo agradezco mucho. Nos gustan tanto las manzanas que incluso sembramos un manzano, pero el clima no permite que crezca. Es un árbol lindo y grande, pero no da frutas".

Él lucía muy feliz cada vez que la mencionaba. "Qué triste", le dije, mientras me sentía contenta por saber que Carlos sembraba árboles frutales con su hija y construía casas para ella en esos árboles. Empezaba a preguntarme si yo también me sentiría feliz de compartir con ella y si me daría la bienvenida y se alegraría con mi presencia. "Siento miedo de saber lo que pasará cuando me conozca, aunque en el fondo quiero hacerlo".

Carlos se puso detrás de mí. Me apretó con más fuerza mientras yo contaba los billetes y las monedas, para ponerlos luego en la billetera que el banco me había regalado hacía mucho tiempo. Me abrazó y sentí sus cálidos besos en mi sien. Sonreí con sus movimientos sinuosos, le permití tocar mis senos y besar mi cuello una y otra vez. Después fuimos a la cocina. Dejé la billetera con el dinero en una alacena y me senté a su lado. Puse sus brazos en su cuello y sonreí.

"El hecho de que quieras conocer a mi Celeste me hace sentir muy bien", dijo entre sonrisas.

Siguió besando mi cuello y luego llegó a mis senos. Gemí y no pude pensar nada más. Dejé de sentirme nerviosa cuando la excitación sacudió mis pezones. "Me parece que debo hacerlo si viviremos juntos", dijo.

Puso tres dedos en mi clítoris, sin importarle mis vaqueros, y yo acerqué mis muslos a su pene. Subió sus labios y los chocó contra los míos.

Cada caricia que me daba era más excitante que la anterior. "¿Te cuento un secreto? Me desperté pensando en ti y luego lo hice todo el día".

"Pensé en ti también. Todo el día". Tanto, que sentí cosquillas en muchas partes de mi cuerpo". Decía las cosas con un tono suave, tratando de agitarlo.

"¿Por ejemplo, aquí?", dijo, y tocó mi clítoris con más intensidad. Sentí una

onda de placer por todo mi cuerpo.

Mi placer se incrementaba. "Justo ahí", le dije.

"Anoche estabas vestida de una forma muy sexy. Sentí que tenías muchas ganas por tu forma de hablarme. Fue muy excitante".

Puse su cuerpo cerca del mío y toqué su cabello. "A mí me encantó".

Retiró sus dedos y puso su cabeza sobre mi vagina. Chupaba mi vagina y su cálido aliento enviaba más ondas de calor a través de mi piel. "Haré que te sientas cómoda a mi lado siempre", dijo.

Tener relaciones sexuales en la cocina de mi pastelería no era lo más correcto, pero las sensaciones de placer que él me proporcionaba despertaban unas ganas enormes de estar con él allí mismo. "Este no es el mejor lugar para hacerlo", le dije, con dudas.

"Entiendo. Pero no deja de parecerme una buena idea. Podrías hacerlo conmigo mientras preparas tortas de chocolate", dijo mientras sonreía y se levantaba. Llevó sus ojos sobre los míos.

"No te burles de mí. Estoy excitada".

Se alejó de mí con una sonrisa, pero atraje su cuerpo con mis piernas. "Vaya. Eso quiere decir que tengo cosas pendientes contigo", dijo.

Él se sintió tentado, así que me besó suavemente. "Tenemos una lista que hacer para nuestro matrimonio", le dije desistiendo de la idea.

Encogió sus hombros. Se movió alrededor de la cocina y luego volvió a ponerse frente a mí. "Puedes hacer esa lista y arreglar lo que te parezca bien".

Quería que él participara en la redacción de la lista. No quería que tuviera la percepción de que yo me aprovechaba de su lamentable situación familiar o de su dinero. "Si es así, serías tú quien estaría consintiéndome a mí", le dije.

"No sabría cómo darte las gracias por querer casarte conmigo, así que esta es mi forma de agradecerte, aunque no será suficiente".

Llevé mi mano a mi mentón, como si tuviera mucho que pensar. "Me quedaré con la peor parte, estoy de acuerdo contigo". Sonreí mientras llevaba mis manos a su pecho. "Es un chiste. Solo quiero cosas básicas. Quiero que me digas si te parece bien".



"Tengo dinero suficiente, así que puedo cubrirlo. Había ahorrado para ampliar mi taller, pero después de varios traspies no pude concretarlo. Puedo destinar ese monto para ejecutar este plan". Besó mis manos suavemente. "Lo hago por Celeste y por ti. Ambas lo merecen".

Si ese era su plan, no quería que lo cancelara por mí. "¿Y por qué no amplías tu taller?", le pregunté.

Se separó de mi cuerpo y asentó otro cálido beso en mi frente. "Por nada importante. De hecho, me gustaría que lo olvidaras. Podríamos cenar juntos mañana con Celeste. Así podría presentártela".

Caminamos de la mano y bajé lentamente del mostrador. "Me parece bien".

Pronto conocería a Celeste. Mis nervios volvieron a mi cuerpo. Pero la idea de la ampliación de su taller quedó en mi mente, a pesar de que él me había pedido que la olvidara. Pensé que en otra ocasión podría preguntárselo con más calma. Mientras llegaba ese día, trataría de pasarla bien con él.

# CAPÍTULO DOCE - CARLOS

"Ya concluí mis labores. Todo está al día y hasta saqué la basura del depósito", dijo Daniel para decirme que quería irse temprano. Estábamos almorzando juntos cuando me lo pidió.

Me deshice de la envoltura de mi hamburguesa. "Tranquilo, Daniel. Pásala bien", le dije.

Bebió otro trago de gaseosa y comió lo que quedaba de su almuerzo. Tomó los restos y los lanzó en el pote de basura. "Te doy el mismo consejo, amigo. ¿Qué planeas hacer para olvidar un poco el trabajo?"

"Alejandra cenará conmigo y Celeste esta noche. No podrás verla porque mi madre la llevará al taller cuando salga de la escuela".

"Puedes decirle que le llevaré unas muñecas que compré para ella e iré a saludarla después".

Daniel sabía qué cosas le gustaban a Celeste, incluso más que yo. "Estará feliz. Se lo diré".

"Nos vemos. Luego me cuentas cómo te fue". Salió y en un instante escuché el rugido de su motocicleta. Después de unos minutos, el ruido del motor desapareció en la autopista.

Decidí tomarme un tiempo para solicitar a mis proveedores que me enviaran algunas piezas para la semana siguiente y revisar algunos documentos del taller. Después de unos minutos, escuché unos pasos en la entrada.

Ya me había olvidado de su existencia, pero debía haber sospechado que eventualmente me buscaría de nuevo. Era Julia. Su excitación la obligaría a hacerlo. Movié su trasero con soltura sobre mi escritorio y sonrió.

Llevaba un ajustado vestido dorado que la hacía ver como un leopardo... con hambre. "Guapo, qué gusto verte de nuevo. Espero que ya no estés molesto", dijo mientras enredaba uno de sus rizos en su dedo índice. Puso su pie sobre la pared y me contempló con malicia.

"Para ser sincero, no estoy molesto. Solo estoy muy ocupado y me gustaría que no volvieras". No quería saber nada más de ella, así que le hablaba con

gentileza, pero también con mucha firmeza.

Pero ella no hizo caso. Al contrario, se acercó más a mí, esperando que yo la atrapara con mis brazos. "Guapo, cuánto lo lamento. Solo quería demostrarte que lamento mucho lo que pasó". Sus dedos acariciaron la blusa en la parte que cubría sus pezones y pasó su lengua por su boca. Después tocó mis hombros y suspiró.

"Seguramente lo sientes, pero creo que...".

No pude completar mi oración. Un beso de sus labios cerró mi boca. La retiré de mi cuerpo, aunque me costó mucho.

"Ya estoy saliendo con una chica. No vengas más, te lo repito". Limpié mis labios con mis dedos y le pedí que saliera con un gesto de mi mano.

Tomé su brazo suavemente y la llevé hasta la puerta. Alejandra esperaba al otro lado. "Volveré. Siempre me lo pides".

"La pasé muy bien contigo. Espero verte mañana", dijo con un tono lujurioso. Se miraron fijamente y luego Julia giró para guiñarme un ojo y tocar mi hombro.

Alejandra se mantuvo fuera, a pesar de que yo tenía la puerta abierta para que ella pasara. Julia finalmente abandonó el taller y ella pudo pasar. "Cállate y no vuelvas", le dije.

"Hay una mujer cada vez más fea cada vez que vengo", me dijo con molestia. Quería compartir un rato con ella, pero no quería que se enojara conmigo, y menos por alguien que ya yo no quería ver.

Noté su mirada inquisidora. "Esa chica no significa nada para mí. Llegó para provocarme, pero la rechacé".

Cruzó sus brazos. "¿Me dirás que no pasó nada entre ustedes?". Nuevamente sus ojos me miraban como si anhelaran una respuesta convincente.

Fuimos a la pared y vimos mi espejo grande, donde podía ver las motos cuando ya estaban listas. "Por supuesto que no. Solo quiero estar contigo", le dije, pero vi mi rostro en el espejo y había rastros de lápiz labial de Ana en mi boca. Alejandra ya salía por la puerta. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, fui tras ella y la sujeté.

"Alejandra, quiere que peleemos y nos separemos. Ella me dio un beso, sí,

pero yo no quería y por eso le pedí que se fuera. Tuvimos algo, pero eso pasó antes de que yo te conociera. Ya le he pedido varias veces que me deje en paz, pero ahora que te vio quiere que te enfades conmigo".

"No te preocupes, Carlos. Es tu problema, no tengo que involucrarme. Solo que eso no era parte de nuestro acuerdo, así como lo era que tuviéramos una relación". Tomé sus brazos con fuerza y mi mirada atrapó la suya. No quería que se fuera tan rápidamente por ese asunto con Ana.

Tomé su mano y fuimos a mi oficina. "Alejandra, ven", le dije suavemente. Tiré la puerta y ella se recostó en el escritorio. Me miraba con cierta molestia, pero también con malicia. Esa mirada era tan poderosa que sentí cómo mi pene estaba levantándose. Busqué en mi chaqueta la pequeña caja que había guardado más temprano.

"¿Qué tienes ahí?". Dudó, pero luego se sorprendió muchísimo cuando abrí la pequeña caja negra y le mostré lo que había: un anillo de diamantes.

Lo puse en su mano. Ella lo detalló con sus ojos y sus dedos. "Quería entregarte este anillo después de presentarte a Celeste".

Sus ojos ahora se mostraban más alegres. "Es muy lindo".

Quería que olvidara ya lo que había pasado y que sus celos quedaran atrás. Quería que supiera que ni Julia ni nadie me convencerían de separarme de ella. Yo era un hombre con el que ella podría estar, sin temor a perderme. "Quiero que te lo pongas".

Puso su anillo y se vio en el espejo. "Sí, es como un cuento de hadas", me respondió con ironía.

Antes de que agregara otra frase irónica, llevé su mano directamente a mi erección. Después besé su boca. Mis labios se movían lentamente, pues estaba más concentrado en atraerla hacia mí y bajar su cremallera. Finalmente logré hacerlo y metí mis dedos entre sus bragas. Ya sentía que estaba empapada. Gimió y sus hombros se tensaron.

Toqué su vagina y empecé a frotar sus labios vaginales mientras trataba de bajar sus bragas y sus pantalones. Sentí más humedad saliendo de sus profundidades. "Sé que no habíamos acordado esto, pero siento que vale la pena hacerlo. Te juro que eres la única mujer con la que quiero estar. Puedes estar segura de eso".

"Entiendo que me serás infiel".

Nuevamente besé sus labios y luego los separé de los suyos. Llevé mis dedos a su boca.

"Portarás este anillo, lo que significa que solo estaré contigo". Metí mis dedos en su vagina y ella soltó varios gemidos de placer. "Y tú, ¿serás solo mía?". No sabía qué me respondería. Podía decir lo que quisiera. Pero sí sentí en ese momento que me respondiera que sí, que no estaría con ningún otro hombre. "Respóndeme". Seguí moviendo mis dedos con suavidad en su cálida y húmeda vagina mientras esperaba su respuesta y ella continuaba gimiendo. "¿Serás solo mía?", le pregunté de nuevo.

Sus manos tocaron mi pantalón y nerviosamente buscó mi cremallera. "Claro que sí".

"¿Quieres estar conmigo? Dilo".

Me besó con furia y encontró mi pene, ya listo para ella. Comenzó a acariciarlo y bajó sus manos hasta mis bolas. "Quiero estar contigo".

"Perfecto. Ahora ven acá". Introduje un poco más mis dedos en su cavidad y presioné su punto g. Estalló en gritos, mojó todos mis dedos y todos sus músculos se tensaron. Presioné más y más, hasta que sus alaridos de placer se volvieron cada vez más fuertes.

"Te digo que te seré fiel, Alejandra. Para mí, será parte del acuerdo. Simplemente te pido que no dudes de mi fidelidad. Estaré a tu lado y tú también estarás a mi lado", le dije al oído con tono suave.

"Lo tengo muy claro, Carlos, pero estamos metidos en una relación inusual.

No sabía qué pensar ni sentir".

"Sí, comprendo lo que dices. Pero solamente quiero estar contigo. Espero que siempre lo tengas presente". Besé sus labios una vez más. Luego fuimos a asearnos.

Salí del baño con mis manos secas y ya Alejandra estaba detrás de mi escritorio. La tomé entre mis brazos y la senté sobre mis piernas. Me abrazó y vio su anillo de diamantes. "Quisiera conservarlo", me dijo.

Sonreí con sus palabras. "Hazlo. Lo compré para ti".

Ella siguió sobre mi regazo un rato, hasta que oí pasos desde la entrada. Era Celeste. Estaba llegando con mi mamá. Sonó mi celular y contesté, al tiempo que ellas entraban.

"¡Papi!", dijo Celeste mientras corría por todo el taller hasta llegar a mi escritorio. Estaba contenta, pero dejó de correr y sonreír cuando notó a Alejandra. Caminó con lentitud y noté cierta vergüenza en su cara. Tomó su mano y la agitó. "Hola. Mi nombre es Celeste".

"Hola. Es un gusto conocerte, Celeste. Mi nombre es Alejandra".

"Mamá, te presento a Alejandra", dije luego, cuando entró mi mamá y también saludó a Alejandra. Le pedí a mi abogado que esperara unos segundos.

Celeste subió a mis piernas y me regaló un suave beso en mi mejilla. "Soy Karina, la madre de Carlos. Es un placer". Dejó una bolsa sobre una de mis sillas y se sentó en otra.

"¿Cómo te fue hoy?", le dije después de besar su mejilla también y tocar su cabello.

"Me fue muy bien. Te trajimos un papel que debes firmar".

El papel estaba en las manos de mi madre. Ella me lo entregó y Celeste tapó su cara con sus manos. Era su manera de reaccionar después de tener algún problema en su escuela. Vi el papel y luego vi a Alejandra, que estaba fascinada con mi hija. Supuse que me habían citado en la escuela porque Celeste había golpeado al niño que la molestaba, pero estaba equivocado. Solo era un papel con una cara sonriente que notificaba que pronto irían de excursión.

"Vaya, caí en tu trampa. Pensaba que habías tenido problemas". Celeste rió y abrazó a mi madre. "Celeste, quiero que vayas con Alejandra a su pastelería. Las veré allí en un rato. Debo hablar con tu abuela".

Yo me quedé allí para contarle a mi madre de mi futura esposa. "¿En serio tienes una pastelería?", dijo Celeste sonriendo mientras tomaba la mano de Alejandra.

# CAPÍTULO TRECE - ALEJANDRA

Fui de la mano de la hija de Carlos hacia la pastelería y me contó sobre todas las golosinas que le gustaba comer. Pasamos la puerta y Luisa quería irse lo antes posible.

"Luisa, ella es Celeste, la hija de Carlos. Celeste, te presento a mi hermana menor Luisa". Se saludaron mientras sonreían.

Celeste era como un ángel en la Tierra, con unos profundos ojos azules ansiosos de conocer el mundo y su cabello rizado desordenado tras una hora de recreo muy movido en su escuela y mi hermana se sorprendió de su presencia. Sin embargo, sus ojos rápidamente se cubrieron de felicidad. Parecía decirme que *era la niña más linda del mundo*. Tenía razón.

"Lo decías en serio. ¡Cuántos pasteles tienes!", dijo Celeste cuando vio mis pasteles en el mostrador. Luego me vio.

"Podrías decorar tu propio pastel", le dije cuando la llevé hacia mi cocina. Allí comimos unos pequeños pasteles, que ya estaban a una temperatura más fría. Luisa se acercó a la cocina y me vio compartir con Celeste. La senté en la silla más pequeña. "Debemos lavar nuestras manos. Después podremos decorarla a tu gusto".

"¡Me encanta! ¡Hagámoslo!".

La tomé con mis brazos para bajar su cuerpecito de la silla y se lavó sus manos en el fregadero. Luego la ubiqué cerca de la mesa de decoración y le señalé mis bolsas de glaseado, donde había todo tipo de decoraciones coloridas para los pasteles. Le mostré cómo podíamos usar los glaseados sobre los pasteles, lo que ella entendió rápidamente. "Presiona bien la bolsa para que salga suficiente por la punta. Lo harás bien después de intentarlo varias veces".

"Me gustaría hacer uno para papá", dijo después de decorar un pastel que parecía una nube.

"Está bien. Haz uno que sepas que va a gustarle. Después los guardaremos para comerlos después de la cena".

Luisa se acercó para despedirse, pero Celeste le entregó el primer pastelito que había decorado, con su corazón deforme. Ví la cara de mi hermana, que parecía tan feliz con la niña como yo. Parecía una niña inocente, cálida e inteligente. Entendí que era la mano de Carlos la que había logrado que ella tuviera esos atributos.

Celeste estaba levantada en la silla y yo la sostenía para que no cayera. "Este de aquí es para papá, este es para mí, y este es para ti". Mi pastelito tenía una A y el de su papi tenía una C. "Papi te agrada, ¿no? La "C" es de "Carlos", dijo después de decorar varios pastelitos más.

Era tan inteligente que me sorprendió. "Es muy lindo tu pastel. Muchas gracias por prepararlo para mí. Y sí, tu papá me agrada. Es un buen hombre". Sonrió con picardía. Sospeché que quería hacerme más preguntas. "¿Qué quieres preguntarme?", le dije con cierto temor. Ella sonrió y movió su cabecita de lado a lado.

Me pidió que la bajara. "Que si quieres hacerte un tatuaje".

"¿Un tatuaje? ¿De qué?". Me preguntó eso y recordé que siempre había querido hacerme un tatuaje en la cintura.

"Uno que diga 'Carlos' y papá se haría uno que diga 'Alejandra'. Así se demostrarían que se quieren". Me sonrió de nuevo y me miró con alegría. Después corrió hacia la entrada y dio la bienvenida a su padre. Él entró sonriendo y la abrazó.

"¿Ya podemos irnos?", preguntó, pero Celeste le pidió que la llevara a la cocina otra vez.

"Te hice un pastelito. Tiene la 'a' de Alejandra". Sonrió cuando se lo entregó. "Serán los postres que comeremos después de la cena".

Salimos después de guardar los pasteles en una cajita.

Celeste quería entrar a una juguetería y buscar un peluche cuando fuimos al centro comercial después de cenar. Carlos me explicó que ella coleccionaba peluches, lo que me pareció un agradable pasatiempo. Celeste buscó un peluche de oso pardo y ella mismo lo vistió. Le susurró algo a Carlos unos



segundos después. Tomó mi mano y fuimos a buscar regalos para Celeste, obsequios que le daría en Navidad y Año Nuevo. Regresamos unos minutos después y Celeste tenía algo escondido en sus manos.

"Muéstrame lo que hiciste", le pidió Carlos. Celeste nos mostró no uno sino dos osos que tenía entre sus manos.

Los había vestido con los colores de su cabello. "Vaya. Son muy lindos ambos".

"Este oso soy yo y este oso eres tú. Pero puedes conservar mi osito". Me entregó el oso que había vestido de color amarillo y me contó que podía vestirlo a mi gusto.

"Gracias, cariño". Sentí que quería llorar por su dulzura. Tomó mi mano y fuimos a una zona en la que podíamos escoger ropa para los peluches y luego nos sentamos para ponérsela. Celeste tenía un delantal, una espátula y una gorra, y luego de vestirlo iba a pintarlo. Yo quería abrazarla.

Celeste parecía estar agotada cuando salimos del lugar. Carlos la cargó y la llevó a su camioneta. Llegamos a su casa, la acostamos y luego nos quedamos nosotros en la sala de estar, también agotados.

"Carlos, es raro en estos tiempos estar con un niño así, tan hermosa, gentil y sonriente como tu hija. Te lo juro, muchos de los que van a la pastelería son totalmente diferentes a ella".

Tocó un rizo de mi cabello que caía sobre mi ojo derecho y después la llevó a mi mano en la que tenía mi anillo. "Lo sé, pero como soy su padre mi opinión es parcializada". "Aún me parece hermoso. No he parado de verlo desde que me lo diste". Recordé que Luisa no lo había visto y me sorprendí. Quizás estaba muy cansada por el trabajo con los clientes.

"Podría ir mañana a solicitar una cita para que nos casemos el lunes. En caso de que Luisa pueda atender tu pastelería, podríamos almorzar temprano".

"Podría pedirle que venga antes a ayudarme. Y si le cuento que almorzaremos juntos, sonreirá de inmediato". Me reí al pensar en su reacción y después estiré mis brazos y mis piernas.

"Dejaste tu auto en el estacionamiento, frente a la pastelería. Dormir conmigo aquí o ir a tu casa son tus dos alternativas. Te llevaría en mi camioneta".

"Creo que podría ir a mi casa en tu camioneta. Celeste podría pensar mal si me quedo aquí. De todas formas, podría volver mañana y comeríamos algo juntos", dije, aunque pensé saltar sobre sus brazos y pedirle que me llevara a su cama. Sin embargo, me pareció inapropiado dormir con él el mismo día que había conocido a su hija.

Tocó mi cabello y acarició mi espalda. Besó mis labios y acercó mi cuerpo. Quise montarme sobre él y desnudarlo. Sus dedos me transmitían tanta calma que quise quedarme con él y dormir allí mismo, entre sus brazos. "Haré tostadas para que desayunemos. Puedes venir temprano".

"Debo irme antes de que el sueño me venza y no pueda manejar". Estiré mis brazos nuevamente y levanté mi cuerpo para salir, antes de convencerme totalmente de no hacerlo.

"Me parece que es tarde. Quédate". Suspiró y me abrazó de nuevo.

"Tu hija sabrá que dormí contigo", dije mientras negaba con mi cabeza.

"No. Hay un cuarto para huéspedes, en el que mi madre suele quedarse cuando viene. Puedes dormir allí y le diré a Celeste que estabas tan cansada que decidiste quedarte ahí. A ella no le importará". Vio mi cara esperando mi respuesta. Sentí que se calmaba mi tensión y al mismo tiempo despertaba mi deseo de estar con él cuando tocaba mi cabello. Era una agradable sensación. No quería que hiciéramos el amor en su hogar, pero estaba dejándome seducir con sus suaves caricias y palabras suaves.

Tomé su mano y la puse sobre mi mejilla, deslizándola lentamente hasta que le llevé a mi mentón. "De acuerdo. Me convenciste. Me quedaré en tu casa hoy. Pero quiero que busques una manta y la pongas sobre mi cuerpo".

Se levantó y yo iba a retroceder, pero él inmediatamente tomó mi cuerpo y me llevó a la cama. "Puedo hacer algo mejor por ti", dijo. Por primera vez desde que lo había conocido, Carlos me había convencido, a pesar de mi voz interior gritándome lo contrario. No permitiría que eso me sucediera una vez más.

# CAPÍTULO CATORCE - CARLOS

Apenas se habían conocido unos días atrás, pero al verlas juntas, vi que la pasaban muy bien cada vez que se encontraban. Me costaba creer que mi futura esposa y mi hija se la llevaran tan bien. Ya podía hacerme la idea de que ellas y yo formábamos una hermosa familia, si bien Alejandra no se había mudado completamente e incluso había decidido quedarse en su casa una vez. En mi casa ya estaban algunas de sus cosas, solo las más básicas, pero mi hija había pasado una noche con Ana y nuevamente me sentí triste. Me animé un poco cuando mi madre pasó por casa de mi exesposa y conversó con mi hija para levantar su ánimo y explicar un poco nuestra situación.

Como Celeste no estaba, Alejandra y yo habíamos cenado una deliciosa ensalada y luego hicimos el amor ruidosamente durante toda la noche. Éramos más libres, así que lo hicimos hasta saciarnos y luego Alejandra se quedó dormida en mis brazos.

Toqué la frente de Alejandra cuando el sol me saludó en la ventana y besé tiernamente su mejilla. "Tienes que despertar", le dije suavemente en su oreja. "Debemos hacer tu mudanza".

Me miró, aún somnolienta. Giró y estiró sus brazos. "Ya me mudé", me dijo, y cubrió sus ojos con una sábana. "No necesito hacer más nada".

"Alejandra, el trato era que te mudarías completamente. Solamente trajiste algo de ropa y un cepillo de dientes. La jueza no debe saber que mi esposa no vive conmigo y que se escapa a su casa con frecuencia, porque hará cuentas y se percatará que nuestro matrimonio es una mentira. Debemos ser más convincentes que ahora".

Apartó las cosas de la cama y me miró fijamente mientras quitaba la sábana de sus ojos y se sentaba. "La jueza no pensará eso. No haya razón para que yo deje mi vida y mi casa. Conozco muchas personas que tienen dos o más viviendas".

"Alejandra, claro que sí lo pensará. No seas tonta. Hay personas del juzgado que se encargan de investigar ese tipo de cosas". Suspiró mientras llevaba su mano a su cintura, desafiante.

"Carlos, solo tengo sentido común. No soy tonta. ¿Qué haré cuando esto acabe y deba recuperar mi antigua vida? Voy a necesitar mi casa después. No la abandonaré".

"No digo que no puedas conservar tu casa. Puedes hacerlo. Solo te pido que no vayas con tanta frecuencia. Y también te pido es que traigas algunas de tus cosas. Si no podemos guardar todo aquí, las pondremos en el depósito". Ya iba en dirección al baño cuando yo terminé de decirle lo que pensaba, pero estaba seguro de que podía oírme por la fuerza de mi voz.

"¿Entonces ese es el fondo del asunto? ¿Te molestó que me quedara en *mi* casa una noche?", dijo desde el baño. Escuché cómo el inodoro bajaba y el agua empezaba a salir por el lavamanos. Me levanté y fui hacia el baño. Toqué la puerta y ella la abrió. Tenía su cepillo de dientes en su boca.

"Alejandra, podrías confundir a Celeste. No puedes actuar así. Aún no entiende por qué no te quedas en esta casa todo el tiempo. Está tan extrañada que hasta me preguntó si su abuela había dormido fuera de casa alguna vez. Te ayudé diciéndole que ibas a ayudar a Luisa. Esta es *tu* casa".

"De acuerdo", dijo, sacando su cepillo de dientes de su boca y apuntándome con él. Empezó a hablar con su boca llena de crema. "No dormiré en mi casa, pero entiende que necesito estar sola en ocasiones. De repente tengo que ser madre de tu hija y tu esposa. Es decir, los amo a ambos, pero es un cambio brusco para mí". Limpió su boca en el lavamanos y luego se secó con una toalla. "Y que quede claro: esta no es *mi* casa. No formo parte de ella. Llegamos a un acuerdo temporal. Acepté porque quiero estabilizarme un tiempo y poner todo en orden en mi pastelería con el dinero que me des. Además, lo hice porque quiero disfrutar los beneficios adicionales".

"Oh, sí, he notado que disfrutas mucho los beneficios adicionales".

"Me gusta que lo hagamos porque sé que es agradable para ambos. Y no me digas que ahora no te gusta que tengamos relaciones. Eso no es obligatorio. Y en cuanto al dinero, tú me ofreciste darme un buen pago por el acuerdo. Además, me sedujiste". Caminó a mi lado, como si yo no estuviera allí, pero tomé su brazo y la sujeté.

"Parece que quieres deshacer nuestro acuerdo". Ella retiró su brazo, pero yo seguí mirándola como si la desafiara.

"No es lo que quiero. Y tampoco quiero dejar de ser quien era solo para que tengas a Celeste y te sientas bien. Por favor, comprende", dijo, respirando profundamente.

Yo entendía que había sido una experiencia muy compleja para ella, así que entendía perfectamente lo que me decía. Lo recordé cuando otro pensamiento atravesó mi mente. Se había ido a su casa porque se había sentido muy sola. Habíamos firmado los documentos y nos habíamos casado el jueves anterior. Y había estado sola la noche de nuestra luna de miel.

Había sido un grave error de mi parte, pero quería que ella notara que ya era una parte muy importante de mi vida. Mis sentimientos hacia ella eran más fuertes. Tanto, que sentía que estaba enamorándome de ella y quería olvidar el acuerdo. "Estuve sola en nuestra luna de miel", me recordó.

Alejandra era como la madre que Celeste merecía, y yo quería que ella se quedase para siempre y fuese como esa madre que nunca había tenido. Lo supe porque su interacción con mi hija me encantaba. Eran como un sueño hecho realidad.

"En este momento no puedo hacer lo que me pides. Enloqueceré si discutimos tan seguido o no nos ponemos de acuerdo", dijo, negando con su cabeza y recordándome sus planes. Giró y abandonó el cuarto mientras yo me bañaba con agua caliente.

Reflexioné sobre todo lo que estaba pasándome mientras el agua caía sobre mi cabello y mis hombros. Compartíamos más que antes y teníamos altas dosis de sexo bueno y salvaje, y ella quería mantenerse allí, pero yo quería avanzar lo más lejos que pudiera. Además, había permitido que me conociera como ninguna otra mujer lo había hecho. Y yo me sentía bien de saberlo. *Mierda.* ¿Estaba enamorado de Alejandra? ¿Y ella? ¿Estaría enamorada de mí?

Casarme no era parte de mis planes, como tampoco lo era tener una hija, aunque sí sentí deseos de ser padre después. Nunca pensé hacerlo cuando era adolescente. Pero casi siempre pensé en manejar mi motocicleta favorita por todo el país, y acostarme con una chica diferente en cada estado al que llegara. Después vino Ana, se embarazó de Celeste, pero a pesar de que me lo pidió, yo no quería pasar el resto de mi vida con ella. No veía la necesidad de casarme con una mujer para poder criar una hija. Pensaba que podríamos vivir juntos, aunque la posibilidad de que mi hija creciera solo con mi compañía

nunca me pareció una buena idea. Sin embargo, Celeste nació y todo en mi vida cambió para bien. Tenía que sacarla adelante por mi cuenta, porque era una bebé, y su madre no movía un dedo por ella. Celeste quedó a mi lado con apenas unas semanas de nacimiento, y Ana venía a visitarme y pedirme dinero para sus vicios. Hasta que un día reaccionó con ganas de arrancarla de mis brazos.

Ante la posibilidad de quedarme sin Celeste, me había casado con Alejandra por mi nerviosismo. Pero ahora mi miedo era perder a Alejandra. No solo la necesitaba. La quería. *Carajo.*

Me cubrí con una toalla después de salir de la ducha. Alejandra seguramente estaría en la cocina, pero la descubrí en mi cama cuando abrí la puerta, con una de mis camisas y sus dedos en sus rizos.

Se levantó, mostrándome su culo turgente. "¿Dejaste agua caliente para mí?", dijo, y sentí el calor en mi cuerpo y tuve la primera erección del día, pero me dejé la toalla.

Señalé la puerta y ella se levantó. Miré hacia otro lado. "Claro que sí. Puedes bañarte", le dije. Ella sabía lo que yo sentía por ella y lo que pensaba, pero tras nuestra discusión, decidí no agregar nada.

"Perfecto", dijo mientras se levantaba. Se quitó la camisa y quedó desnuda frente a mí. Mi pene se levantó más y mis bolas estaban bastante tensas. Caminó burlándose de mí, meciéndose de lado a lado, pero tomé su brazo antes de que siguiera. Noté sus pechos redondos, su cintura estrecha y sus muslos acogiendo su vagina.

"Tendrás que atenerte a las consecuencias si haces este número".

Mantuvo su cara sobre la mía. Me miró como si me retara. "¿Qué piensas hacer?", dijo, y vio mi erección cubierta por mi toalla y me miró de nuevo con su expresión desafiante.

"Te demostraré qué hago cuando quiero algo. Y no dejaré que te vayas".

# CAPÍTULO QUINCE - ALEJANDRA

Abrazar a Carlos era sencillo, a veces hasta inevitable, pero separarme de él no lo era para nada. Me hacía el amor como a mí me gustaba y me hablaba como si supiera exactamente qué decirme, así que no quería alejarme de sus brazos ni por un instante. De todas formas, en algún momento tenía que hacerlo.

Nuestros cuerpos estaban inundados por el calor, con su erección enorme frente a mí. El agua aún estaba caliente y el vapor inundaba la habitación. Mi cuerpo casi cae ante ese monstruo. Él intuyó mi necesidad.

Yo lo quería. Era inútil luchar contra mis ganas.

Carlos suavizó su brazo sobre mí, pero luego tomó mi culo y me golpeó suavemente. Gemí, y luego puse mi mano en su pecho para pedirle que se alejara, pero era como ir contra la corriente de mis deseos. Tomó mis manos y me llevó al fondo de la ducha, como si supiera lo que quería y se adueñara de mi cuerpo. Era como su rehén. Pero como todo rehén, quise huir cuando me introdujo en el baño caliente y me besó con fuerza los labios. Mi cuerpo me impedía escapar, por lo que pude abrir la ducha, pero no pude salir. Separó sus labios y llevó mi cabeza bajo el agua, y luego esa agua mojó mis senos ardientes. Después su mano firme abrió mis piernas y tocó mi clítoris.

"Como siempre, Alejandra, húmeda y lista para mi pene. Me deseas. Dímelo".

Llevé mi mano a su pene, erecto como una asta. "Te deseo. No hace falta que te lo recuerde". Carlos sabía dónde ponerme, qué hacerme, cómo llevarme al límite. Tomé sus tensas bolas, sentí cómo esperaban por mi cuerpo.

No perdió tiempo. Llevó dos dedos dentro de mi vagina y gimió cuando subí mis dedos a su tronco y luego bajaba, tratando de sacar una muestra de su excitación. Salió parte de su líquido y quedó en mis dedos.

"Qué rica estás", dijo mientras metió sus dedos más profundos. Luego los sacó y se movió para penetrarme. Su mirada era de intenso deseo, un hambre salvaje que se incrementaba por mis líquidos. Retrocedió y separó sus dedos

completamente de mí. Los introdujo en mi garganta Carlos tenía una naturaleza salvaje que emergía cada vez que veía mi cuerpo. Un instinto que apareció con más fuerza cuando tomó mi cabello y me pidió inclinarme para que tomara su pene.

Me puse justo donde Carlos quería, arrodillada bajo el agua abrasadora de la ducha. Ahí estaba su erección, frente a mí, lista para mi cuerpo. Toqué su pene mientras lo veía. Él recogió mi cabello con su mano y con otra tocó mi cuello para después subir y metérmelo en la garganta. Su movimiento, muy sutil cuando lo introdujo, con delicadeza y calma, se agitó y mi cabeza me advirtió de su frenesí, llevando su pene más dentro de mí. Él lo introdujo y lo sacó varias veces, hasta que repentinamente lo retiró.

"Voltéate", me ordenó.

Sus manos golpearon con fuerza mis nalgas cuando obedecí y quedé contra la pared. La vergüenza llegó a mis mejillas. Me penetró lentamente, con solo una parte de su pene introducido en mi vagina. Gemí y acerqué sus caderas con mi mano y con la otra me apoyé en la cerámica de la pared. Entonces llevó todo su pene dentro de mi interior, y sentí cómo el éxtasis recorría mi cuerpo. Llevó sus dedos a mi trasero y los mantuvo allí, como si no quisiera que fuese a ninguna parte. Carlos siguió dándome con fuerza, como si su deseo fuese más fuerte que él. Nuestros cuerpos se unían entre el vapor, el agua y el deseo. Luego levantó sus pies y volvió a entrar con fuerza en mi vagina. Sostuve esa enorme erección y sentí que mis paredes vaginales lo comprimían, como si quisiera sacar todo de él. No pude evitarlo. Me vine y miles de corrientes eléctricas recorrieron mi cuerpo. Carlos me mantuvo en el lugar en el que estaba y sacó su pene. Casi pierdo el equilibrio con tanto placer.

Creí que habíamos terminado, pero cerró la ducha. Me preguntó si podía caminar porque giré y lo abracé.

Puse mi cabeza en su hombro. "No creo que pueda dar un paso", le dije mientras respiraba entrecortadamente.

Me cargó y me llevó a la cama, aunque todavía mi cuerpo estaba mojado. Dejó mi cuerpo de espaldas en un borde, pero yo velozmente me ubiqué en el medio y abrí mis muslos para esperar que su erección estuviera dentro de mí otra vez. "¿Aún quieres burlarte de mí?", me dijo. Lo vi, pero rápidamente cerré mis ojos.



Me mostró una expresión de alegría. Estaba satisfecho por mis palabras y por hacerme el amor como amonestación por mi noche fuera de su casa. Se puso en el otro borde de la cama. Jugueteó con su pene y luego buscó mi vagina. Buscó mis ojos y apretó mi trasero. De inmediato me penetró otra vez. Empujó con fuerza hasta que le pedí que me hiciera venirme.

"Veó que sabes cómo vengarte". Mis uñas se clavaron en su espalda.

"Cuando te dije que no te permitiría irte hablaba en serio. No dejaré que te vayas". Rió mientras miraba mis ojos.

Intenté alejarlo, pero él hizo lo contrario, acercando su cuerpo al mío y poniendo mis pies sobre sus hombros empapados. "Tú y yo llegamos a un acuerdo", le recordé.

Me penetró con más necesidad y me bañó con su semen. Gruñó mientras derramaba todo su líquido dentro de mí. "Olvidé ese acuerdo hace rato", dijo.

"¿Olvidaste el acuerdo? Somos esposos. Espero que no hayas olvidado eso. Dices que lo olvidaste, pero yo he cumplido mi parte". No permitiría que las condiciones de nuestro acuerdo cambiaran ni en un millón de años le dije cuando abrió sus ojos después de un rato y notar que me miraba como mi exnovio Esteban. Incluso pensé que actuaba como él, prometiéndome cosas y cuando las lograba se alejaba de mí.

Él se percató de mi molestia y me observó con calma. "Alejandra, yo te amo con todo mi ser. Y estoy seguro que tú sientes lo mismo por mí, aunque lo niegues". Todavía me mostraba parte de su naturaleza salvaje en sus ojos.

Me sentí tan nerviosa con lo que estaba pasando que me levanté, corrí hacia el baño y tiré la puerta con rabia. Quería decirle que me molestaba con sus palabras, pero tenía razón.

"¡Alejandra!", gritó mientras golpeaba la puerta. Las paredes crujieron con sus puños. Me acosté en el piso y me protegí con una toalla. "Puedo entrar si me da la gana".

"¡No lo harás!", le dije entre gritos.

"Alejandra, podremos conversar de esto después. Por favor, sal del baño. No me arrepiento del trato ni lo he olvidado. Solo quiero que avancemos".

Era lo mismo había dicho Esteban, aunque luego se arrepintió. *Avanzar.*

Además, él no tenía una hija que me arrancaba sonrisas, una niña que me convencía de que estar con Carlos valía la pena. Tanto, que no quería perderlos. Ya no solo se trataba de él, sino de ella. Sentí miedo de involucrarme tanto. Esa era la razón por la que había pasado una noche en mi casa. Había querido mantenerme a raya y no dejar que otro hombre como Esteban me engañara y me desilusionara. Y ahora podía perder a Celeste.

Yo ya estaba derrotada, pero no por Esteban, sino por Carlos. Yo estaba en su casa, en un lugar del que él no quería que me fuese, y lloraba como si ya no tuviera la ilusión de ser una chica soltera e independiente. Él había dicho lo que quería, y me tocaba decir lo que yo quería. Sequé mis lágrimas y levanté mi cara. Abrí la puerta y salí corriendo.

"Alejandra", dijo con un tono y una mirada perdida. Me vio guardar mis pocas cosas sin poder decir nada. Tenía mucho miedo.

"Es hora de irme. Creo que no puedo seguir con esto. No quiero que nadie más me lastime", dije al encoger mis hombros y vestirme. "Pero no te preocupes. Te ayudaré con tu hija para que no la pierdas", completé, levantando una mano y dejándola en el aire.

"Parece que no me oíste. No quiero perderte *a ti* tampoco", me dijo. Y parecía que lo decía en serio. Pero era un hombre. Y yo no sabía nada de hombres, excepto por sus engaños.

"Me pides que abandone mi casa para vivir una farsa contigo. Y dices que no quieres perderme para convencerme. Pero cuando la jueza falle a tu favor, ¿qué pasará? Mi familia ni siquiera lo sabe. Mis amigos tampoco. Es una locura".

Me quité el anillo y lo dejé en su mesa de noche. Él abrió su boca, pero no supo qué responderme. Después salí corriendo.

No hizo nada para mantenerme allí, por lo que no me pareció que tuviera muchas ganas de tenerme a su lado.

# CAPÍTULO DIECISÉIS - CARLOS

Dejé que Alejandra saliera de mi casa. No pude dormir en toda la noche y la llamé varias veces, sin resultado. Entonces regresó en su auto. Escuché el motor y me asomé por la ventana. Preparaba mi desayuno cuando ella apagó su vehículo y entró. Introduje otro pan en la tostadora mientras esperé que entrara. Ella se había ido por su cuenta, así que no tenía por qué abrir la puerta.

Pude escuchar que las llaves del auto y las de su casa quedaron en la mesa junto a su bolso después de abrir la puerta con suma lentitud y entrar. Pasó a la cocina y solo se escuchaba el silencio.

"No pude dormir".

Inicialmente pensé girar y gritarle que se fuera y no volviera nunca más. Pero ese pensamiento se evaporó rápidamente, porque luego quise abrazarla besarla y pedirle que se quedara conmigo para siempre. *Yo tampoco pude dormir*, pensé decirle. Pero no lo hice.

"Carlos, me cuesta confiar de nuevo en un hombre. Me cuesta mucho hacer esto".

"Yo pensé que eso era parte del pasado". No quería que discutiéramos otra vez, pero le diría lo que pensaba.

"No quiero que me saques de tu vida cuando ya no sea útil para ti. Pensaste que era parte del pasado porque nos acostamos y tuvimos buen sexo. Sin embargo, no quiero que lo nuestro se limite a eso".

Retiré los panes de la tostadora y los puse en el plato. Después les unté margarina, evitando mirarla. "Entonces pretendes irte ahora para que las cosas no empeoren para ti. Ya veo", le dije.

"Quiero arreglar esto. Me gustaría que me miraras".

"¿Arreglarlo para que después hagamos el amor y luego hagas una maleta para irte?", dije, girando tan rápido que se asustó al ver mis ojos.

"Interpretas mal las cosas".

Me acerqué a ella y puse su cuerpo contra el mostrador. "Claro que no. Las cosas son así: te dije que te amaba y que quería estar contigo, pero solamente pensaste que era mentira", le dije, y continué: "Me parece que vienes a mi casa solo para que pasemos un buen rato. Si es así, desvístete antes de que llegue mi hija, para que no se confunda más de lo que ya está". Puse mi cuerpo contra el suyo y ella se mostró nerviosa. Tomé el botón de su pantalón y ella vio hacia otro lado, intentando controlarse. "Tú lo mencionaste. 'Beneficios adicionales'".

Contuvo su respiración para no llorar. "Tú no me hablaste sobre tu amor. Solo querías demostrar que tienes control sobre la situación".

"Te dije eso para que me respondieras que también sientes algo por mí, porque es lo que creo, así que también te equivocas en eso. Tienes tanto miedo de que te lastimen que eres tú misma quien se lastima. Yo no me iré porque simplemente no quiero irme. Me gusta estar contigo. Hago el amor contigo no porque lo vea como un beneficio adicional, sino porque lo disfruto. Pero a estas alturas, supongo que me equivoqué. Debí fijarme en tus respuestas cuando te negaste a salir conmigo".

Caminó por la cocina y se calmó. "¿Ya terminaste tu charla motivacional?", me dijo, y luego me empujó. "Te conté que tuve una noche de insomnio porque estuve pensando cómo avanzar contigo, porque me dijiste que eso es lo que quieres". Me miró con curiosidad mientras tragaba grueso. "Quiero decir, si eso es lo que deseas hacer todavía".

"Claro que lo quiero. Estoy sintiendo algo fuerte por ti. Se llama amor", le respondí rápidamente. Sus palabras me sorprendieron mucho. Suspiré y estiré mis brazos.

Ella sonrió con nerviosismo. "Yo también siento lo mismo. Deseo muchísimo que lo nuestro funcione. Me da mucho miedo que salga mal".

"Quiero que vivas conmigo. No quiero que corras como una fugitiva. Prométeme que te quedarás conmigo. No tienes que pensar que todo saldrá mal".

"Primero prométeme que no me lo permitirás".

Toqué su cuello y luego sus mejillas ruborizadas. Me acerqué y besé su linda

boca. Quería estar con ella de nuevo en mi cama para hacerle saber que me había hecho mucha falta. Ella tocó mis caderas mientras gemía. Bajé mi boca por su cuello y luego hasta sus senos.

"Discúlpame por no hacerlo la vez pasada". Ella sonrió y tocó mi cabello. Puse su espectacular cuerpo sobre el mostrador.

"¿Qué hubiera pasado si no hubiera regresado?", me preguntó.

Vi hacia la pared, tratando de evitar que notara mis mejillas sonrojadas. Era consciente de que los hombres no solemos expresar nuestros sentimientos. "Te habría buscado si hubieran pasado unos minutos más. Cada quince minutos me sentí tentado a hacerlo, pero decidí darte tiempo, aunque ya sentía que era demasiado".

Recordé que nunca había hecho el amor en la cocina, y me pareció buena idea. Recorrí su cuerpo con mi mirada.

Tocó mi mano y sonrió. "Deberías comer tus panes. Van a enfriarse".

"Lo que quiero comerme es tu cuerpo", le dije, y llevé su cuerpo sobre el suyo. Ella sintiendo la premura de mis dedos y me correspondió, poniendo sus caderas junto a las mías.

Besó mis labios y bajó su cremallera para mí. Se deshizo de su blusa y en su cuerpo solo quedó un par de bragas negras. Fui sobre sus muslos y lamí sus bordes, y después bajé mi mano para acariciar su clítoris. Escuché sus alaridos desde mi lugar. Ya estaba empapada, como siempre, así que dibujé círculos en su vagina y luego la besé suavemente.

"Ven aquí", le dije suavemente, lamiendo su vagina, besándola con lujuria y arrancándole gemidos constantes de placer. Moví mis dedos poco a poco, y después incrementé mi ritmo.

Metí mi lengua otra vez en su vagina para sentir sus líquidos. "Así se hace", le dije.

"Tu cocina me parece el lugar perfecto". Sonrió antes de temblar.

La vi después de decir esa frase y noté el sudor en su cuello. Puso su mano en mi hombro. Me levanté y de inmediato bajó sus manos a mis caderas, arrancando mis pantalones y mi ropa interior. Después tocó mi erección. Metí mi pene en su vagina y ella lo atrapó con sus dedos para que encajara

perfectamente. No perdí tiempo. Me abrazó con fuerza y sus alaridos se repetían en mis oídos. Tomé sus caderas y moví las mías, primero lentamente y luego con más rapidez, para que se viniera con todas sus fuerzas.

"Quiero tener mi pene en mi boca", dijo al borde de mi oreja. Retiré mi pene y la llevé sobre mis rodillas.

Vio mi erección y gruñí al sentir cómo la tomaba con su deliciosa y dulce boca. Puso su boca sobre las bolas y luego subió. Movié sus labios y trabajó en todo mi órgano, y anticipé que pronto me vendría.

"Ya casi me vengo, cariño", le dije, y ella retrocedió, pero no por completo. Mi semen cayó como cascada en su ardiente garganta, llenando sus dientes y su paladar. Chupó otra vez para sacar todo de mí, bebiendo mis líquidos y saciando su hambre con ellos. Me encantó. Mientras succionaba la base de mi pene para comprobar que ya no había nada dentro de él retiré su cabello sudoroso de su cara.

Recobré mi respiración y ayudé a Alejandra a levantarse. Besé su cuello, sus pechos y su cintura. Nos besamos y sentimos nuestros jugos y el sabor de nuestros cuerpos excitados.

Su mano acarició mi mejilla. "Quiero que estemos juntos para siempre", me dijo.

"Podremos hacerlo. Pero necesito que te mudes aquí. No quiero que Celeste se confunda más".

Pensé que su mente navegaba entre dudas o recordaba algo que había olvidado por mucho tiempo. Suspiró largamente. "Mi familia debe saber lo nuestro. Debo contarles".

"¿Luisa aún no lo sabe?".

"No, porque el viernes se fueron de viaje y no quería contarle, pero espero decirles cuando regresen a la ciudad. Y ya que mencionas a Celeste, me hace mucha falta. Debemos hablar con tu abogado. Entiendo que quieres que primero me mude contigo, pero no quisiera que su madre se la lleve de nuevo".

Tenía que quedarme con esta maravillosa mujer para siempre. Lo pensé mientras la abrazaba.

# CAPÍTULO DIECISIETE - ALEJANDRA

Luisa apenas había vuelto de su viaje el día anterior y ya quería mostrarme las fotografías y contarme todo lo que había visto. Habíamos tenido buenas ventas durante los últimos días, así que iba a necesitar constantemente su ayuda. Le contaría todo lo que pasaba en la pastelería. Ya le había anticipado que tenía grandes ideas. Lo que no le había dicho era mi situación con Carlos. Saber eso me hacía sentir mucho temor, aunque esperaba que se emocionara por mi presente.

Oí las campanas de la entrada, que aún no había cambiado, y supe que era Luisa. "Hermana, ya llegué". Rió mientras la veía de arriba a abajo. La vi, comprobando que estaba radiante, más bronceada y con ropa nueva.

La vi de nuevo y sonreí de alegría, pero ella estaba inmóvil. "Hermana, me encanta tu ropa y el color de tu piel. Te ves muy linda".

Tomó mi mano. Estaba feliz viendo mi anillo, tanto que parecía querer contagiarme su felicidad. "¡Te comprometiste!", dijo.

Tartamudeé e intenté calmarme: "Podría decirse, pero... no".

"Alejandra, lo estás o no lo estás. ¿Te comprometiste sí o no?". Su mirada de alegría fue reemplazada por una expresión de nerviosismo. Tocó mis hombros para que yo reaccionara. "¿Qué has hecho durante mi ausencia?".

¿Cómo reaccionaría? ¿Me abofetearía o trataría de convencerme de que me había involucrado en una locura? Tenía que decírselo. No había forma elegante de contarle lo que pasaba. Tomé aire y empecé a hablar, con mis ojos cerrados. "Me casé con Carlos". Omití la parte del acuerdo que había hecho con él y que lo había hecho un día antes de su viaje. Solo tenía que saber que estar con él y su hija me hacían sentir la mujer más feliz del mundo. Debía evitar dar tantos detalles de esa receta alocada.

Noté cómo su rostro se entristecía rápidamente. "No me habías dicho nada".

"Todo fue repentino y no quise que te sintieras mal por mí. Si te lo contaba

regresarías de tu viaje antes de lo previsto o te sentirías muy triste si no lograbas llegar a tiempo".

"Si me hubieras dicho, yo te hubiera sugerido que no lo hicieras. Eso fue lo que pensaste, ¿no?". Asentí con mi cabeza y ella suspiró mientras me miraba fijamente. Tenía razón. "Espero que te sientas bien. ¿Quieres continuar con esto?".

Sonreí con su pregunta. "Qué feliz me siento por ti, hermana. Él parece ser un buen hombre y su hija es un amor". Ella descubrió mi felicidad y me abrazó.

"¿Te das cuenta, Alejandra? ¡Tienes una hija!", dijo sonriendo y llevando su mano a su corazón.

Me sentí tan emocionada que casi lloré.

"Nunca creí que amaría a Carlos, pero te aseguro que estar con él y su hija me hacen enormemente feliz. Y ella no es una hija natural, pero sí una hija adoptiva. De todas formas, la amo como nunca pensé amar a nadie". Tocó mi mejilla y contuvo sus lágrimas.

Me mostró un bolso que había comprado en su viaje y lo vi con alegría. "Y pensar que quería mostrarte mi ropa nueva". Me dijo que después me mostraría su ropa.

"Es un lindo bolso, sin duda". Luisa adoraba comprar bolsos para su colección.

Soltó su bolso y se puso el delantal de la tienda. "¿Y la luna de miel?".

La verdad era que mi noche de bodas había estado muy triste, pero no quise contarle. Sentía tanto temor por lo que pudiera pasar que incluso fui a casa y pensé en desistir de la idea. Era como si hubiera cometido un grave error. "No lo sé. Aún no lo hemos conversado", le dije.

Recordé cómo Luisa me había advertido que quizás las cosas parecerían no encajar al principio, pero afortunadamente, pude sentirme mejor con el paso de los días y me sentía cómoda con Carlos. Antes sentía que iba a pasar un tiempo para que yo me sintiera a gusto, pero yo ya sentía que estaba bien.

Pensé dónde podría ir para que pasáramos nuestra verdadera luna de miel. Había muchos lugares montañosos que me encantaban. Por la ventana vi a Carlos, en el estacionamiento. Se notaba tenso, y me contagió ese nerviosismo



rápidamente. Intuí que quería verme para contarme algo que cambiaría el curso de las cosas. Lo supe y corrí para encontrarme con él. Luisa corrió detrás de mí. Sentí que había algo malo.

"Carlos, ¿Celeste está bien? ¿Qué sucede?". Sentí mi pecho agitado y mi respiración entrando en pánico, pero él sonrió. Aunque yo todavía estaba nerviosa por lo que me contaría, su expresión me calmó.

"Recibí una llamada de mi abogado hace pocos minutos. Ana está en la cárcel de la ciudad. La llevaron a la prisión". Respiró profundo para calmarse.

"¿Por qué la encarcelaron?".

"Tendré la custodia completa de mi hija. Ana tomó mucho alcohol. Unos agentes en una patrulla de Policía vieron que manejaba como una loca. La encarcelaron por manejar en ese estado. Ya es reincidente, así que no podrá manejar de nuevo y volverá a servicio comunitario".

No sabíamos si era la primera vez, pero al menos me sentí tranquila de saber que no pasaría de nuevo, porque Celeste pudo haber sufrido las consecuencias de las acciones de su madre. Pudo haber estado en el auto mientras su madre manejaba.

"Se quedará con nosotros". Eran justo las palabras que quería oír. Lo abracé.

Me abrazó y giró mi cuerpo varias veces. Luego vio a Luisa. "Me alegra mucho saberlo".

Giré cuando reaccioné. Luisa me miraba con alegría. Sospeché que empezaría a decirme que se había dado cuenta de mi matrimonio.

"Daniel está encargado de mi taller. Creo que podemos pasar por la escuela a buscar a Celeste. Tú y yo. Ya le conté a mi madre". Vio a Luisa nuevamente. Miró la hora en su celular, y noté que ya estaba tranquilo.

Luisa entendió que debíamos ir nosotros. "Busquen a Celeste y díganle que su tía Luisa ya quiere verla. No se preocupen. Yo me encargaré de la pastelería". Me abrazó y volvió a la pastelería. Carlos y yo subimos a su camioneta.

Tenía mis manos llenas de azúcar y mi delantal aún puesto, pero eso era lo de menos para mí. Solo me importaba Carlos, Celeste. Mi familia.

"Tu mamá debe estar feliz". Después de saber que había vivido momentos tan duros por la separación de su hijo y su nieta, sentí alegría por ella. Además, la

recibía en su casa y no podía hacer nada para que estuvieran juntos.

Carlos suspiraba largamente, lo que me hizo entender que ya no estaba nervioso por la posibilidad muy alta de perder la custodia permanente de su hija. Estaba de muy buen humor, y la tensión que se veía en sus ojos, que había pensado que nunca se desvanecería, ya no estaba allí. "Sí que lo está. Todos la hemos pasado muy mal, sobre todo Celeste. Quería volver conmigo y ya le costaba dormir. Me muero por ver su rostro de felicidad. Le diré que no tiene que volver con su madre, pero me ahorraré los detalles de su estadía en prisión".

Fuimos a la escuela de Celeste. Muchos niños esperaban que sus padres pasaran por ellos. Celeste estaba con su maestra, quien la tomaba de la mano, y ella sonreía mientras hablaba con sus compañeros. Volteó y acomodó su cabello, y rápidamente descubrió nuestros rostros al otro lado de la calle.

Nos saludó efusivamente, pero un niño que estaba cerca de ella golpeó su hombro. Fue un golpe muy suave. El niño sonrió después de hacerlo. "Veo que tu hija tiene un amigo cercano".

"Me pidió que viniera y golpeará a un niño. Seguramente es ese".

Vi de nuevo para entender mejor lo que sucedía.

Vi a Celeste nuevamente y parecía conversar animadamente con su compañero de clases. "¿Quería que vinieras a la escuela a golpear a un niño? Vaya, entonces Celeste debe gustarle mucho".

"¿Cómo dices?". Tocó su mentón y volvió a ver a su hija. "Celeste me dijo que no quería verlo porque él la amenazó. Que lo detestaba. Me pidió que Daniel también viniera y lo aterrorizara. Ella lo asustó diciéndole que éramos miembros de una pandilla".

Encendimos la camioneta nuevamente para avanzar unos metros y Celeste se despidió a sus amigos. El chico también se despidió y sus caras se iluminaron de felicidad. "Lo dijo porque él le gusta. Pronto te darás cuenta".

"Alejandra, creo que te equivocas". Carlos frunció su ceño.

La maestra de Celeste la acompañó y abrió la puerta de la camioneta. La levantó para que subiera, pero Celeste, que no paraba de sonreír, se acercó a la maestra y tomó su mano. "Señora Meléndez, le presentó a mamá Alejandra".

"Qué gusto. Es bueno conocerla, porque la niña siempre habla de usted. Que tengan feliz tarde todos", dijo, sonriendo mientras me veía. Cerró la puerta después de subirla y Carlos manejó hacia la autopista, haciéndole preguntas a Celeste sobre el chico, pero yo no le presté atención.

No podía pensar en más nada que no fuesen sus palabras. Sequé las lágrimas de mis mejillas. "Mamá Alejandra", me había llamado Celeste.

Carlos vio mi cara y se percató de mis copiosas lágrimas. Sonreí para que él estuviera tranquilo. Carlos y yo sonreímos cuando Celeste nos habló de su nuevo novio Luis.

# CAPÍTULO DIECIOCHO - CARLOS

Estábamos también planificando la expansión de nuestras tiendas. Alejandra tenía un espacio que no utilizaba, por lo que esperábamos hablar con el dueño para adquirir todo el edificio y hacer remodelaciones profundas en la cocina. Además, estaba feliz de ser mi esposa y la madre de Celeste, sobre todo después de que mi hija la llamara mamá.

Además, después de contratar dos empleados para que la ayudaran, uno durante el día y otro durante los días feriados y el horario extendido estaba más tranquila.

Alejandra ayudaba a Celeste con sus deberes escolares. Además, la recogía de la escuela algunas veces y mi madre otras. También le gustaba cocinar sus platos favoritos, así que cuando salía del taller ya había cenado.

A ella le encantaba esa vida familiar. La amaba como nada en el mundo.

Alejandra se esforzaba tanto y se notaba el producto de ese esfuerzo. Nos quedaba tiempo para nosotros, para conversar y tener sexo salvaje como al principio, pero aun así pude notar que la rutina estaba haciendo que nuestra relación perdiera la chispa. Quería mantener el fuego y el amor. No quería que lo nuestro se enfriara.

"¿Adónde vamos?". Aún me gritaba cuando tenía el casco en su cabeza. Su voz gritona me causaba risa. Era algo que no podía cambiar de ella.

Manejé mi motocicleta a toda máquina bordeando la playa. Era una vista agradable, pero me concentraba en el camino. "Lo sabrás cuando lleguemos".

"¿Vamos a El Fogón?". Ya lo había preguntado varias veces, pero yo seguía negando esa opción.

"No lo diré. No sigas intentándolo".

"No me lo dirás, aunque corramos el riesgo de morir en esta moto a toda velocidad. ¿Ya puedo quitarme esta venda?".

Logré convencerla de ponerse la venda en sus ojos después de horas. Cuando

finalmente se la puso, subió a la moto entre gritos y saltos, pero luego le pedí que se sujetara con fuerza y se calmó.

Noté sus manos tensas en mi cintura. Estábamos más cerca. "No. Y si morimos, ya no importará el lugar al que había planeado llevarte".

"Eso no es un chiste. Recuerda que tenemos a Celeste".

Tenía razón en lo de morir. Lo demás me causaba mucha gracia, sobre todo sus nervios.

"Tranquila, Alejandra. Créeme, todo va a salir bien". Apagué mi moto para que se quitara la venda. Sería difícil para ella mantener sus ojos así el resto del camino. "Cariño, ya puedes quitártela".

"¿Llegamos?".

"Casi llegamos, pero puedes quitártela. Escucha, te traje aquí porque soy consciente de que trabajas mucho por nosotros. Tanto, que quizás te sientes agotada".

"No me siento agotada", dijo. Estiré mis brazos y mis piernas. La ayudé a bajar y a estirar su cuerpo también. Vio mi rostro y se quitó el casco. Contempló la playa y sonrió. "Este lugar es hermoso. Y no te preocupes. Estoy bien contigo y Celeste".

"Sí, lo sé. También nos sentimos bien contigo". Besé su boca y acaricié su mejilla. "Alejandra, te amo". Me sentía a gusto confesándole mis sentimientos.

"¿Y ahora me dirás por qué vinimos?". Sentí que pensaba que la llevaría a otro lugar, y no a una playa silenciosa y aburrida. "¿Iremos a nuestro lugar especial?".

"¿Lugar especial?". No sabía que teníamos uno". Parpadeé y sonreí para burlarme de su pregunta. Encogí mis hombros y vi la playa de izquierda a derecha.

Me miró con malicia, pero luego sonrió cuando llevé mi mano a mi mentón. "Sabes que lo tenemos. Y espero que recuerdes cuál es".

"Solo estoy relajando mi cuerpo y dejando que mis oídos se calmen porque ya no tienen que oír tus gritos".

"¿Grité otra vez en la carretera?", dijo. Tapó sus labios con sus manos, pero

igualmente se veía su sonrisa.

Reí con su expresión. "Bueno, sí. De todas formas, creo que fue mi castigo por pedir que vinieras con los ojos vendados".

"Es cierto. Y también te lo mereces por tus comentarios. No me gustaría perderte, y tampoco a Celeste".

Vi que algunas lágrimas se asomaban por sus ojos, así que la abracé. Besé su frente y su aroma a fresa inundó mi nariz. Alejandra era como un pastel con pies, siempre con un agradable olor a dulce. Y su cuerpo tenía la cantidad exacta de crema.

Sentía sus senos rozando mi abdomen y mi pene reaccionó de inmediato, levantándose. Pero me concentré en Alejandra. Pasé mis manos por su espalda para calmarla. "Cariño, discúlpame".

Debía haberla llevado desde el principio a nuestro punto final. Nos besamos otra vez, con más pasión.

Ya ella sospechaba que la llevaría otra vez a nuestro lugar especial, donde la aguardaba una sorpresa. Anochecía. El tiempo jugaba en mi contra.

Retrocedí levemente. Tomé su mano y la ayudé a subir de vuelta a mi motocicleta y después subí yo también. Le pedí sujetarse con fuerza y fuimos a nuestro sitio romántico.

"¿Eso es comida?", me preguntó al notar las cosas y suspirar con sorpresa.

"Así es. Solo esperaba que nadie se lo hubiera llevado desde que vine temprano", dije, y detuve mi motocicleta.

Había llegado poco tiempo antes, pero esperaba que las frutas, el vino y el queso estuvieran frescos y en su lugar. También había llevado pequeños pasteles. "¿Entonces viniste aquí? Apenas han pasado unas dos horas".

"Solo es una muestra de lo que traje para que la pasemos bien. Hay más. Ten paciencia". Juntó sus manos, como si me rogara que le contara. "No. Es una sorpresa que preparé para ti".

Alejandra bajó de mi moto. Yo también bajé para abrir uno de los paquetes que había escondido. "Por si no lo sabes aún, a tu esposa no le gustan para nada las sorpresas. Le gusta saber todo de antemano".

"Veó que planeaste cada detalle". Aguardó impacientemente mientras yo lo abría. Se sentó en una esquina. "Me gusta que hayas hecho esto por mí. Gracias".

Fui a su lado y abrí el paquete con los alimentos. "De nada, cariño. Ahora espero que te guste mi comida".

Llevó una fresa a su boca y la comió rápidamente. "Me parece muy bien. Comeré algo de fruta para calmar mis nervios".

Serví vino para ella y luego para mí. Le propuse un brindis. Chocamos los vasos y luego tomó un sorbo. "Por nosotros y nuestro futuro de felicidad".

Tomé su mano y acaricié su mejilla. Miramos el hermoso paisaje azul que nos rodeaba. Comió otras frutas y tomó otros sorbos de vino. Después vi un impacto en sus ojos, como si acabara de tener una buena idea.

Se despojó de su blusa. Me sorprendió. Me pregunté qué se quitaría después. "Una buena cena y una chica sin ropa. Excelente".

"Voy a bañarme". Tocó mis hombros.

Me saqué mi chaqueta y quedó al lado de su blusa. Rápidamente había una montaña de ropa cuando ella se despojó de su sostén, y sus senos saltaban frente a mí. "Ahora recuerdo que mencionaste que te gustaba hacerlo cuando eras más joven. ¿Te acompaño?".

Quise saborearlos, pero no era el momento para eso. Tenía otros planes, pero este era el comienzo perfecto para ellos y me haría pasar un rato mucho más caluroso. Pensaba hacer otras cosas.

Me paré después de quitarme las botas y luego me bajé los pantalones. Ella sonrió y se bajó de la manta, retrocediendo para ver más de lo que yo estaba haciendo y menos hacia dónde iba. Se detuvo antes de sumergir el primer dedo del pie en el agua y esperó.

Pasé por encima de nuestra pila de ropa y me acerqué a ella, extendiendo mi mano para tomar la suya. Vi cómo sus muslos y su jugosa vagina se empapaban con las olas de la playa cuando sumergimos nuestros cuerpos en la playa.

"Me congelo". Noté los temblores de su cuerpo y me acerqué, tocando sus brazos para calentarla. "Sé que podrás hacerme sentir muy caliente". Me abrazó y también tocó mis brazos.

"Por supuesto que puedo". Entonces la tomé de la mano para que nos adentráramos en el mar. Ella sonreía al verse desnuda y mojada. Cada ola mojaba más y más su cuerpo.

Retiró su mano de la mía e hizo un gesto para que fuésemos a la orilla. "No podré soportar mucho tiempo más".

Reí con su petición. "Sé que quizás volverás a bañarte sin nada de ropa, aunque supongo que cuando eras más joven lo hacías con más elegancia".

Puso su muslo contra mi entrepierna y notó mi enorme pene. "Vine en verano, pero lo que sí puedo jurarte es que contigo la paso mucho mejor. Ojalá te hubiera conocido entonces".

Tomé sus manos y las llevé a mi pecho. "Creo que debes detenerte antes de que estropees la sorpresa que sigue".

"¿Estás rechazándome? Es increíble".

"Es un anticipo de lo que vendrá después".

Me miró fijamente. "Te entiendo, pero no creo que pueda esperar". Sonrió y luego me besó tiernamente.



# CAPÍTULO DIECINUEVE - ALEJANDRA

Simplemente no podía esperar. Me vestí tan rápido como pude y le insistí en que debíamos irnos cuanto antes. Cuando le comenté a Carlos que no podría esperar mucho tiempo más, lo decía totalmente en serio. Dentro de poco amanecería, y pude notar cómo el agua ya se tornaba amarillenta por los primeros rayos del sol.

"Estás tan desesperada porque vayamos que has olvidado que *quizás* debas ponerte la venda otra vez", me dijo. Carlos tomó lo que quedaba de mi ropa y comenzó a vestirse.

Me puse mi sostén y él buscó lo que le faltaba ponerse. Después suspiré e hice pucheros. "No me gustaría ir con mis ojos vendados. Ojalá valga la pena ir así".

Tomó la venda y la puso sobre mi cuello. "Valdrá la pena. Ya lo verás". Lo miré fijamente y la acomodé para subirla a mis ojos cuando me lo indicara.

Recogimos los restos de comida y la basura que habíamos dejado. Me monté en su moto y él hizo lo mismo. Cuando habíamos recorrido ya parte del camino, me pidió que me pusiera la venda.

Sospeché que ya estábamos cerca. Obedecí su orden y me sujeté a su cintura.

Apagó su moto y la estacionó. Bajó y me ayudó a bajar. Quitó mi venda y contemplé el lugar.

"Vaya. Me encanta este lugar. Espero que me digas que nos quedaremos aquí". Vi una pequeña cabaña de madera, muy cerca del mar. Era un sitio apacible y encantador.

Carlos sonrió de felicidad. Movié su cabeza en señal de afirmación. "Sabía que te gustaría. Pasaremos la noche aquí".

"¿Y Celeste?". Imaginé que le recogeríamos al día siguiente en la escuela.

"Hoy estaremos solos. Estará en casa de mi madre toda la noche. Quiero decir, amo a Celeste, pero creo que debemos tomarnos un tiempo para nosotros con

cierta frecuencia. Además, quiero estar contigo y ser la razón de tu cansancio. Mierda, hace tiempo que lo deseó". Me sorprendió su tono. "Solo quiero que estemos tú y yo solos. No lo digo por molestia, disculpa".

Me sentí identificada. Entendía su deseo. Besé sus labios para hacerle saber que no estaba enojada por sus palabras. "Mejor pasemos". Fuimos de la mano hasta la puerta de nuestra cabaña y buscó la llave en su bolsillo.

Abrió la puerta y noté un ambiente acogedor de inmediato. Un lugar silencioso y rural, que seguramente había sido visitado por muchas parejas. Entramos a la sala y noté que era un lugar bastante amplio, por lo que imaginé que habría al menos dos habitaciones, un sótano, la cocina y un cuarto de huéspedes con su propio baño. Carlos me condujo hasta la habitación principal. Era la más grande, con baño propio y un armario. Tenía un balcón que me regalaba una espectacular vista sobre los bosques y el mar.

Carlos estaba quitándose su camisa y después empezó a quitarse sus botas negras. Giré después de suspirar con el agradable panorama. Yo seguía ahí, mirando, con mi ropa puesta. Esperaba que él me quitara la ropa. Lo hizo sin problemas después de quitarse toda su ropa, excepto sus vaqueros. Se acercó lentamente a mí y me quitó mi blusa.

Desabroché su pantalón ágilmente con mis manos. "Amo esta cabaña".

"Conozco a los dueños. Son los mismos del restaurante El Fogón", me contó.

Entendí entonces por qué habían construido las cabañas con madera y el ambiente familiar.

El viento entró por el balcón y agitó mi cabello. Era un viento frío que levantó mis pezones. Carlos lo notó, y rápidamente los besó, primero el izquierdo y luego el derecho, y después empezó a moverse entre ambos. Sentí que lo deseaba. Tomé su mano, con la intención de que entendiera cómo ni necesidad latía en mi interior. Llevó mi mano a mis pliegues, lo que me encantó. Abrí mi vagina con tres de mis dedos, debido a su tamaño, pero valió la pena. Como siempre.

Supo que lo esperaba ansiosamente. Se acercó a mí y me miró fijamente. Él tomó mis caderas para llevar mi cuerpo a la cama. Acomodé mis caderas para esperarlo. Puso sus labios sobre mi boca y luego los bajó silenciosamente por mi mentón, mi cuello y mi cintura. No perdió tiempo para llegar a mi vagina,

pero antes quitó la ropa que me separaba de él, dejándome solamente mis bragas. Me vio de nuevo, esta vez para observar mi piel semidesnuda. Entonces me inundó con su cuerpo.

Recibí su lengua mojada en mi clítoris. Su lengua era ágil, como siempre, y me arrancó varios gemidos instantáneos de placer. Mi deseo me abrumaba. Pensé que me superaría y no podría controlarme ante sus movimientos. Tomé su cabeza con mis muslos temblorosos y un segundo después llevé mis piernas a su cuello. Quería apretarlo salvajemente, como si fuese un animal con ganas de sujetar a su presa. Retiró un poco mis muslos y luego sonrió. "Parece que te gusta", me dijo.

Temblé contra la cama. Era una muestra del placer que sentía. "Amo sentirte así", dije, y clavé mis uñas en su cuello.

Me gustaba cuando me hacía acabar, sin importar de qué forma lo hiciera, pero sentí que esa noche sería distinto "Es bueno saberlo, porque haré que acabes". Pero él quería más. "Quiero excitarte tanto que me hagas cosas que jamás podré olvidar", dijo y luego sonrió. Recordé que él me daba placer y luego yo hacía lo mismo.

Había olvidado nuestro acuerdo con su lengua sobre mi vagina. Solo éramos nosotros, con nuestros cuerpos ardientes de deseo mutuo en una cabaña romántica. Ya no había contratos que recordar.

Metió de nuevo su cabeza en mi vagina. La lamió varias veces, jugó con ella y sus labios abrieron paso a sus dedos. Los recibí con lujuria. Antes de que pudiera meter sus dedos otra vez, sentí cómo mis líquidos empapaban sus dedos y su boca.

"Chupó mis labios vaginales por un largo rato, bebiendo todos los líquidos que salían de mi interior y demostraban mi excitación. Se arrodilló y quedó sobre mí. Perfecto. Ahora estás húmeda por mí". Besó mis labios y sentí mi propio sabor. Entonces me penetró.

Acomodé mi cuerpo para recibir su enorme excitación. Sentí dolor por su penetración, pero al mismo tiempo mucho placer. Él iba y venía sobre mí, primero con lentitud, tratando de entrar lo más profundo que pudiera. Necesitaba tener su pene en mis profundidades y que me tocara con sus manos mojadas. Parecía saberlo, pues llevó sus dedos otra vez a mi clítoris y lo

estremeció.

Él siguió empujando, con más frenesí, y su sudor caía sobre mí. Varios gritos de placer salieron desde mi garganta. Después me vine, y una oleada de éxtasis estremeció cada fibra de mi cuerpo. Él también se vino y gruñó al derramar su semen en mi interior. Recuperamos nuestro aliento y luego nos abrazamos. El sexo nos había dado tanto placer que ahora sentíamos la necesidad de tocar nuestros cuerpos para relajarnos.

Vi a Carlos. Sonrió mientras miraba el techo de madera, como si buscara trasladarnos mágicamente a algún lugar en el bosque. Estaba calmado, tanto que sospeché que estaba dormido, pero me equivoqué. Giró y encontró mi mirada. Empezó a jugar con mi cabello.

"Alejandra Aponte de López, confieso que eres la mujer más hermosa y sexy que he conocido". Mi apellido de casada se deslizó suavemente por sus labios por primera vez. Había decidido llamarme así justo en el instante más íntimo que podíamos tener. Me sentí orgullosa de ser su esposa, como si fuese su reina o su princesa. Y así me sentía a su lado, como si fuese su reina.

"Me gusta cómo se oye eso en tus labios. Jamás pensé que todo saldría tan bien para ambos". Lo decía porque pensaba que no hubiera funcionado nuestro acuerdo inicial si Ana se hubiera interpuesto en nuestro camino. Incluso hubiera estropeado nuestro matrimonio.

¿Carlos se habría arrepentido en algún momento de ese acuerdo o de estar conmigo? La respuesta a mi incógnita llegó segundos después. "Alejandra, te amo". Tuve que respirar profundo para responderle.

"Yo también te amo, esposo de mi vida".

# EPÍLOGO - CARLOS

Celeste ya era una niña más alta y grande. Vivíamos juntos desde hacía año y medio, y como padre, me costaba ver que mi bebé crecía. Si bien Alejandra siempre cocinaba los pasteles más variados y deliciosos para mi hija, nunca habíamos preparado un evento especial para ella. Así que cuando cumplió ocho años y decidimos hacer una fiesta sorpresa para ella. Cualquier niño sería feliz con una madre tan consentidora y buena cocinera. Solíamos ir al cine o al zoológico en sus cumpleaños u otras fechas especiales, o incluso a restaurantes de lujo, pero este año sería diferente. Celeste se veía feliz con su propia fiesta.

Daniel nos ayudó con la fiesta e incluso llegó con una chica. Nos sorprendió gratamente a todos con ella. Su nombre era Carlota. Era una hermosa mujer morena. Era tan linda que en algún momento pensé que era muy linda para él, pero luego sentí que merecía estar con una buena chica. En mi caso, yo era un afortunado también por tener a una mujer como Alejandra, talentosa, inteligente y amable.

Unos minutos después llegaron Luisa y Manuel con su bebé recién nacido. Era mi primer sobrino, lo que me hacía muy feliz. Ya planeaba enseñarlo a conducir, pero a Luisa no le agradaba la idea.

"Vaya, no quiero parecer grosero, pero lucen exhaustos", dijo Manuel. Tomaron a la pequeña criatura y se dirigieron a la cocina.

Como si lo recriminara por hablar demasiado, golpeó suavemente a su cuñado. "Te creo. Al contrario de ustedes, que no lucen exhaustos para nada".

"Dejamos a nuestro bebé con una niñera y nos quedamos una noche a solas. Me pregunto cuándo hicieron algo así ustedes, si es que alguna vez lo hicieron". Le entregó al bebé a su esposa y esperó nuestra respuesta.

Había sido en la cabaña. Yo lo recordaba. Había pasado tiempo de eso y detestaba esa realidad.

Alejandra suspiró. Se asomó para comprobar que Celeste jugaba con sus amigos. "Fue hace tanto que me conformaría con unas horas".

"Pues vayan arriba. Los niños no lo sabrán. Estaremos pendientes de la fiesta mientras ustedes dos se escabullen".

Celeste jugaba divertidamente, ya había abierto sus regalos, comido pastel y nos había pedido que la dejáramos a solas con sus amigos para tener una verdadera fiesta de niños. Parecía una buena idea. No lo había pensado. Miré a Alejandra y ella parecía estar planteándose hacerlo.

Sentí que era una niña espectacular, pero que cada vez era más independiente. Tanto, que quise detener el tiempo para poder compartir más con ella.

"¿Y la ampliación? Supongo que es una ventaja tener ambos locales con sus construcciones muy avanzadas", preguntó Manuel antes de comer un pequeño pastel y llenar su boca de crema.

Quise unir los espacios de las dos tiendas y abrir una sola tienda de estilo retro, más grande. En ese espacio podría servir sus pasteles y galletas y yo podría exhibir mis motocicletas. Nuestros clientes tendrían ambas experiencias y conocerían nuestras habilidades. Me alegré de haber convencido a Alejandra de hacerlo, pues las cosas iban muy bien. "Va viento en popa. Ya falta poco para que terminemos la pastelería y los nuevos mostradores".

La venta de helados fue idea de Alejandra. Los helados le recordaban las recetas de su abuela. También habíamos empezado a vender gofres, que a Celeste le encantaban, especialmente con miel. Alejandra puso su brazo sobre mi cintura cuando terminé de hablar. "Es una buena idea. Funciona como fuente de soda y los clientes piden gaseosas para acompañar mis pasteles. Además, ahora vendemos helados".

Luisa vio a su hijo, que miraba distraído por su corta edad: casi tres meses.

"Mi plato favorito es el pastel de chocolate", dijo mientras su boca se hacía agua.

Lo tomé de los brazos de mi cuñada y lo abracé. Sonrió cuando vio mis ojos. Sus puños estaban muy apretados. Aparentemente el único bebé que yo vería sería mi sobrino, porque yo quería tener otro hijo, que fuese nuestro, pero Alejandra quería dejarlo para después.

"Eres bueno con los bebés", dijo Luisa.

Vi a mi madre al lado de la piscina. Sonreía mientras veía a los niños jugar y bañarse. "Celeste estuvo casi todo el tiempo en brazos de mi madre, pero cuando Ana la abandonó casi tenía esta edad".

Ana había terminado de cumplir su condena, lo que me hacía preguntarme si trataría de ubicarme y quitarme a Celeste otra vez. Ella no se había acercado a mí, pero sentía que tarde o temprano eso sucedería, lo que me inquietaba. También había culminado su servicio comunitario.

Alejandra y yo podríamos tener nuestro propio hijo. Celeste formaría parte de un lindo hogar y tendría un hermano menor. Ningún juez podría alejarnos. Sin embargo, yo no quería tener un hijo para garantizarme un futuro y evitar otra separación. Quería saber qué se sentiría tener un hijo con Alejandra.

La vi y sacudí mis pensamientos. Susurró en mi oído que quería que subiéramos mientras su hermana y su esposo se encargaban de la fiesta. Estaba contenta. Alejandra pidió que nos disculparan mientras yo ponía al pequeño Ángel en brazos de su madre.

Subimos por las escaleras y sonrió. Después me dio un beso fogoso. "Creo que debemos ir al baño", me dijo mientras tomaba mi mano. Supuse que quería tomar todas las provisiones posibles

Besé su frente. "Podemos ir a la cama. Ahí nadie nos vería". Ella se negó a mi petición. Fuimos al baño, como me había dicho.

Vio su cara en el espejo. Puso sus codos en el lavamanos. Después giró y quedó frente a mí. "Admito que me encantó verte cargando a Luis".

"Si tuviéramos un hijo me verías así siempre". Puse mis brazos en su cintura y toqué su nariz con la mía.

Rió con mis palabras, pero después me vio con extrañeza. "Podríamos intentarlo, pero quizás tengamos otra hija".

La sujeté con más fuerza y la imaginé con su vientre lleno y su cara amplia. Sentí cómo mi pene se levantaba. Sonreí de felicidad. Ella también sonrió y luego sus labios buscaron los míos. "Igualmente estaría bien para mí. Después podríamos intentar otra vez para tener un hijo". Hablaba en serio, porque mi objetivo era tener una familia numerosa con ella.

La vi con mis ojos bien abiertos. "Estoy envejeciendo. No creo que pueda

seguir intentando si resulta que es una niña". Frenó sus palabras, como si hubiera quedado al descubierto.

"¿‘Si resulta que’? ¿Quieres decir que lo intentaremos?", le pregunté.

"Ya tienes tiempo intentando embarazarme", dijo mientras sonreía y se sujetaba a mis hombros. Sabía que muchas veces dejé todo el semen que pude en su interior, no solo por placer sino por ese deseo de tener un hijo, y sentí que podía llenarla otra vez de mis líquidos en ese momento.

Miré la erección sobresaliente en mi pantalón. "Parece que mi pene está dispuesto a hacer otro intento". Quería salir de inmediato y Alejandra quería tenerla en su cuerpo.

"Quizás no sirva de nada", dijo mientras mordía sus labios y tocaba mi pene.

"Veo que te gusta provocar. Tendrás que llevarte esa mercancía si empiezas a tocarla". Rió sonoramente con mis palabras. Sabía que quería más.

Besé sus labios y puso una mano en mi pecho, como si ella me pidiera parar. "Por favor, cierra tus ojos".

Me sorprendí, pero rápidamente hice lo que me pedía.

Escuché unos y luego escuché cómo decía sugerentemente *sí*.

Abrí mis ojos, pero no sabía bien lo que vería. Tenía una pequeña prueba de embarazo.

Temblorosamente moví mis manos para ver el examen. Me exalté con sus palabras. Apenas podía leerse, pero después de un rato de nervios, entendí la palabra. Había un pequeño signo rosa de positivo. Alejandra podía estar jugando conmigo, así que le pedí que me lo dijera ella misma. "¿Esto quiere decir que estás embarazada? ¿En este momento?".

Sentí que el piso bajo mis pies se movía. Sonrió mientras movía su cabeza para responder mi pregunta. Abracé a Alejandra y giré su cuerpo, ¿o era ella quien me giraba a mí? Por la emoción no lograba saberlo con exactitud, pero sí sabía que la felicidad era enorme. Estaba al lado de la mejor mujer del mundo, y ahora seríamos padres. Noté el pequeño bulto que sobresalía de su estómago. Era mi bebé.

"Nadie lo sabe. Quizás quieras contárselos hoy".



Inicialmente quise hacerlo, pero decidí quedarme con ella para disfrutar el momento.

# EPÍLOGO - ALEJANDRA

Leer el resultado de la prueba de embarazo le había cambiado la vida a Carlos. Estaba más radiante que nunca. Aguardaba una ocasión especial para contarle, pero entendí que el cumpleaños de su hija era una fecha muy especial. Además, poder estar a solas con él me permitió ver su reacción antes que nadie. Lo había planificado desde que me contó que quería tener un hijo. No estuve segura cuando me lo planteó, porque pensé que solo era un capricho de su parte, pero luego me convenció. Y cuando vi que tocaba mi vientre y lloraba por la noticia, supe que él lo deseaba.

"Alejandra, quiero quedarme contigo un rato y disfrutar este momento contigo. Los demás lo sabrán después. Estoy muy feliz". Me besó y una corriente de electricidad recorrió mi cara y después bajó por el resto de mi cuerpo. "Me siento muy excitado de saberlo, y no sé si eso sea normal".

Sonrió y sus ojos iluminaron mi cara. "Yo también estoy excitada y feliz de que tengamos un bebé, sea niña o niño, no importa". Bajó sus labios y besó mi vientre, para luego encontrarse con mis senos. Sentí un leve dolor. "Mis senos están un poco sensibles ahora".

. Me levantó como si yo fuese una pluma y me llevó a la cama. "Deberé ser cuidadoso entonces", dijo. Me acostó lentamente, se acostó a mi lado y con sus dedos recorrió todo mi cuerpo, haciendo énfasis en mi estómago. Bajó su boca y besó mi vientre y de inmediato se sumergió en mi vagina.

Mi pantalón quedó bajo mis pies y mis nervios apenas me permitieron acercar a Carlos a mí. Casi le rogué que me penetrara. Tomé su pene hambriento y acaricié sus bolas con suaves movimientos. Ya sabía que a él le encantaba que le hiciera eso. Él debía ser cuidadoso conmigo, pero no tanto como temía.

Fui por su pene con deseo, tomando solo su punta, besando lentamente, y después tomando su tronco con rapidez. Escuché sus gemidos y chupé sus bolas tensas. Otro gemido salió de su boca y volví por su tronco erecto. Volví a su cabeza y sentí unas gotas de sus líquidos.

Después regresé a sus bolas e introduje su erección en mi boca. La halé y la solté varias veces, y luego hice lo mismo con sus pelotas llenas de su semen.

Su órgano estaba tremendamente caliente y arrojaba ondas de placer que llegaban a mis labios. Me concentré en lamer su tronco mientras apretaba sus bolas. Succionaba, lamía y besaba en busca de su semen. Otras gotas cayeron sobre mis labios, pero supe que aún faltaba para que él acabara. Bebí esas ricas gotas previas y metí toda su erección hasta lo más profundo de mi garganta. Me dejé llevar, tanto que sentí ganas de vomitar, pero me concentré y lo empujé más adentro. Tragué todo lo que me entregaba mientras tomaba fuerzas para seguir. Otra parte de su líquido bañó mi lengua.

Moví mis rodillas y quedé sobre él, con mi vagina empapada buscando su pene. Ya no podía más. Mi cuerpo gritaba por él. Puse mis manos sobre su erección y la guie a mi entrada. Mis profundidades ya me dolían.

Quedé justo sobre él y las paredes de mi vagina apretaban su erección. Su pene era muy grande, pero yo había logrado acostumbrarme a él y podía recibirlo sin que me doliera. Cabalgué sobre él con potencia, tratando de sacar lo que quedaba en sus bolas y que mi cuerpo pedía a gritos.

Carlos se impulsó hacia arriba y yo hice lo contrario, para que su erección llegara hasta lo más profundo de mi ser y me colmara con su excitación. Mantuve mis movimientos frenéticos sobre él para alcanzar el orgasmo que saciara mi deseo y obtener el semen que quería.

Bajé y subí sobre su pene, con su tronco deleitando mi vagina hasta que presentí mi orgasmo. Sentí tanto placer que mi pecho cayó sobre el suyo, pero no saqué su erección, porque quería dejarla allí. Unos segundos después me vine, sacudiendo mis caderas para liberarlo y experimentar el mayor poder posible. Todo pasó en solo segundos. Me cansé muchísimo y quedé inmóvil, pero levantó mis caderas y me puso de espaldas. Empujó su pene en mis profundidades, llevándome al límite de la excitación. Subía mis piernas y sus bolas golpeaban mi trasero. Su cuerpo quedó adherido al mío y sus movimientos cada vez eran más fuertes y liberadores. Supe que Carlos estaba a punto de venirse.

Sentía más placer que antes, pero también dolor. Pensé que mi embarazo apenas comenzaba y necesitaría mucha energía para el bebé... y también para Carlos. Mis senos me dolían, aunque sus manos tersas paseaban por ellos para relajarlos. Después empezó a chuparlos, lo que me excitó otra vez y me produjo otro orgasmo. Grité con tanto placer que Carlos tuvo que poner su

mano en mi boca.

"Los niños están cerca, cariño", le dije y él sonrió.

"Es tan fuerte que me cuesta controlarme", le dije pensando en mi excitación. Quería que Carlos siguiera dentro de mí para que me diera más placer, pero unos segundos después se vino. Sentí cómo su semen caliente y pegajoso inundaba mi interior. Era como si me transmitiera su placer y me colmara otra vez con su calor. Me besó suavemente, y nuevamente sus labios cálidos me dejaron claro que me cogía de esa forma para satisfacer mis enormes deseos. Busqué acomodar mi cuerpo para recobrar la calma.

"Tomemos una ducha y luego bajamos. Quiero que todo el mundo lo sepa", dijo, y luego tomó mi mano para ayudarme, pero no pude levantarme. Estaba agotada, así que me cargó.

"Si no puedes caminar significa que te hice el amor como debe ser", dijo mientras me ayudaba a ponerme de pie.

Limpió mis piernas de su semen y enjabonó mi cuerpo. "Creo que sí", le respondí. Con sus manos enjabonó mis senos y mi vientre, y luego fue a mi vagina. Sentí un leve dolor al que siguió un infinito placer que atravesaba mi cuerpo. Era la misma sensación que había experimentado de mi orgasmo previo, y me sirvió para que tuviera presente lo que él me hacía sentir.

Terminé de ducharme y él ya estaba casi listo. Cerré la ducha y busqué una toalla, pero él tenía una en su mano y la usó para secarme suavemente. Después la puso sobre mi cuerpo y me acercó a él.

"Vístete con calma. Me vestiré e iré a reunir a todos. Podrás contárselos tú misma. Incluso le permitiré a Celeste que se lo cuente a sus amigos".

"Espero que *quiera tener* un hermano menor. Jugarían juntos y ella sería un ejemplo para él o ella. Ojalá le alegre la noticia". Me gustaba la idea, pero también sabía que ella quizás no se sentiría bien con un bebé tan pequeño, al que le llevaría muchos años.

"Celeste será una maravillosa hermana mayor. Estará feliz". Carlos me habló con tranquilidad, para que yo me relajara, y salió para que yo terminara de vestirme.

Como me pidió, me vestí con calma. Debí tomarme un tiempo para arreglar mi

cabello, pues estaba muy desordenado después de la acción. Cuando terminé, vi que Carlos había dejado ropa limpia para mí. Me la puse y revisé cómo me veía en el espejo.

Carlos había reunido a todos en la cocina. Celeste estaba también, impaciente por regresar a la piscina y darse otro chapuzón. Él me vio de nuevo con esa expresión de calma, para que me sintiera relajada. Se levantó y mostró su semblante firme. Estaba feliz y orgulloso.

"Creo que tuvimos mucha suerte", le dije a Luisa mientras ella sonreía con picardía. Ya esperaba por mí.

"Alejandra quiere contarles algo. Es su regalo de cumpleaños para Celeste", dijo Carlos. Toqué el hombro de Luisa y me acerqué a Carlos. Él puso su brazo sobre mi cintura. Cerró sus labios para que yo empezara a hablar y me vio con expectativa. Era como si hubiera miles de almas esperando que yo contara todo, aunque solamente estaban Carlos, su madre y Celeste, Luisa, Manuel y el bebé. Sentí que las miradas y la impaciencia me abrumaban.

"¿Cuál es la sorpresa?", dijo Celeste mientras saltaba alocadamente, esperando que le mostrara una gran caja. Pensé que Carlos debió haber sido más cauteloso. Tal vez ella no estaría tan contenta.

"El regalo es que estoy embarazada". Suspiré largamente. Mis ojos estaban cerrados. Mis oídos oyeron los gritos y la algarabía. Abrí mis ojos. Celeste sonreía ampliamente mientras me abrazaba y besaba mi estómago.

"¡Es mi mejor regalo de cumpleaños!", dijo mientras giraba para abrazar a Carlos y luego abrazaba mi vientre nuevamente. "Quiero contarles a mis amigos", dijo saltando.

Comencé a llorar sin parar. "Sal y cuéntales". Celeste salió corriendo a hablar con sus amigos

Luisa comenzó a llorar también. Ambas nos abrazamos y nuestras lágrimas mojaron nuestras caras. "Hermana, felicitaciones por el bebé". Carlos y Manuel sonreían mientras se miraban.

La madre de Carlos se acercó también. Manuel le dio una palmada a Carlos. "Reaccionan así por las hormonas. Ya se les pasará. Mientras tanto, acostúmbrate".

Aunque esa noticia me hizo sentir más unida que antes, yo era parte de esta familia hacía mucho tiempo. Era feliz de saber que Carlos y yo tendríamos un hijo. Plena y muy feliz.

*Fin*